



CALIFORNIA BIBLICAL UNIVERSITY OF PERU

9

**DIALOGO VITAL:
EL CUCHICITO HIGINIO**

**Por Lili Ester Chávez Peña
y Moisés Chávez**





PROLOGO

Diálogo Vital 9: El Cuchicito Higinio es el noveno volumen de la Serie DIALOGO VITAL de la Biblioteca Inteligente.

La Serie DIALOGO VITAL consta de 10 volúmenes diseñados para niños pequeños que tanto necesitan del amor y del calor que nos brindan los animalitos con los cuales compartimos nuestra vida en nuestro planeta.

Señalamos con letras negritas el lugar del presente volumen:

- | | |
|------------------------|--|
| DIALOGO VITAL 1 | ¡Muy bien Muchacho! |
| DIALOGO VITAL 2 | Molly Bottomless |
| DIALOGO VITAL 3 | Nuestra bella Elif |
| DIALOGO VITAL 4 | El Shequel y su pandilla |
| DIALOGO VITAL 5 | Un día con Porcel |
| DIALOGO VITAL 6 | Con vosotros. . . ¡El George Frankenstein! |
| DIALOGO VITAL 7 | OVNIS y Extraterrestres |
| DIALOGO VITAL 8 | Una familia muy normal |
| DIALOGO VITAL 9 | El Cuchicito Higinio |
| DIALOGO VITAL 10 | ¡Todos los perritos se van al cielo! |

* * *

La Serie DIALOGO VITAL, trata del diálogo con nuestros semejantes y hace resaltar nuestra responsabilidad para con los seres humanos, con los extraterrestres, con los animalitos y con los seres virtuales como es el caso del George Frankenstein con quien el diálogo se torna conmigo mismo.

La Serie DIALOGO VITAL consta de los siguientes volúmenes:

Diálogo Vital 1: ¡Muy bien Muchacho! es la historia de un hermoso hámster dorado de mi hijita Lili Ester, al cual ella le puso por nombre, Shadow.

Su epíteto “Shadow Internacional” se debe al hecho de que por varios años me acompañó en mis viajes La Paz-Lima-La Paz, dos veces cada año, para atender mis responsabilidades académicas en la Santa Sede. Es que, si bien el Shadow era de mi hija, el que lo cuidaba era yo. Buena parte de las historias tratan de esos viajes y las aventuras que significaron para nosotros dos.

Diálogo Vital 2: Molly Bottomless es la historia de una hermosa perrita Cocker Spaniel a la cual mi pequeña hija Lili Ester le puso como nombre, Molly, nombre de su artista favorita de rock. Y lo de Bottomless se debe a que le cosió un chalequito chiquito, muy alhajita, y como se olvidó de coserle un calzoncito, la perrita parecía una sensual belleza brasilera *bottomless*.

Diálogo Vital 3: Nuestra bella Elif deriva su título de su historia inicial sobre Elif, una hermosa perrita Poodle que llegó a nuestro hogar en circunstancias providenciales.

Elif es un nombre que llevan las mujeres más bellas de Turquía. Simplemente no hay una Elif que no sea linda. Así, nuestra Elif es la Miss Universe de los perritos y su nombre en turco significa “esbelta”.

El resto del volumen incluye historias de perritos, entre los que destaca el Shequel del cual sin duda te enamorarás.

Diálogo Vital 4: El Shequel y su pandilla es un desfile de seres admirables precedidos por Shequel, un perrito cuya historia conmovedora tiene grandes lecciones para todos nuestros lectores.

Diálogo Vital 5: Un día con Porcel deriva su título de su historia inicial sobre una hermosa gatita que vino a formar parte de mi vida. El resto del volumen incluye historias de toda clase de animalitos que solemos tener en nuestras casas como regalones o mascotas.

Diálogo Vital 6: Con vosotros. . . ¡El George Frankenstein! ya no es sobre animalitos sino sobre un ser humano virtual cuyo misterio sin duda querrás develar, porque él es quien está más cerca de mi alma.

Diálogo Vital 7: OVNIS y Extraterrestres es un volumen que trata sobre los seres tan parecidos a nosotros que nos visitan provenientes de las estrellas. De que los hay, los hay; y a pesar de que no he visto a ninguno, quizás yo soy el único ser humano en la Tierra que se ha propuesto orar por ellos, para que nuestro Creador dirija sus pasos milenarios hasta el momento en que nos encontremos de manera personal en la cercana Parusía.

Diálogo Vital 8: Una familia muy normal es la historia de los miembros de mi familia. Pero para uno de ellos hemos preferido escribir un libro entero que viene a continuación en la Serie DIALOGO VITAL: El abuelito Higinio.

Con las relaciones dentro de nuestra familia ilustramos la realidad del diálogo con nuestros semejantes.

Diálogo Vital 9: El Cuchicito Higinio trata de un niño ciego de nacimiento, pero que parecía ver.

Su larga vida hasta la edad de 87 años está llena de lecciones para todos nosotros.

¡Qué Dios lo tenga en su gloria donde esperamos volvernos a ver.

Diálogo Vital 10: ¡Todos los perritos se van al cielo! trata de las características maravillosas de los perritos que Dios ha puesto al lado nuestro para ser nuestros más fieles compañeros. Este volumen nos enseña a ser buenos y amorosos con ellos. Cuando les hablamos constantemente nos llegan a entender. Pero más nos entienden en el plano de la comunicación de sentimientos.

* * *

Las citas bíblicas en la Serie DIALOGO VITAL provienen de la *Biblia Decodificada*, la Versión Oficial de la Santa Sede.

Para profundizar las enseñanzas de las historias cortas de la Serie DIALOGO VITAL visita nuestra casa en internet. Aquí tienes la llave para abrir, y cuando sales, no te olvides de dejarla sobre en el batán que está junto a la puerta, pero bien escondidita debajo del chungo para que nadie la pueda encontrar:



www.bibliotecainteligente.com

En cuanto a *MISIONOLOGICAS*, el Boletín Semestral de la California Biblical University of Peru (CBUP) que publica temas acerca del diálogo con nuestros semejantes, para, para recibirlo escribe a la Dra. Silvia Olano, Secretaria de la CBUP, al email:

cebcarcbup@gmail.com

¡Seas bienvenido al diálogo vital con nuestros semejantes!

Dr. Moisés Chávez,
Editor de la *Biblia Decodificada*
Revisor Principal de la Biblia RVA
Director del CEBCAR Internacional
Director Académico de la CBUP





CONTENIDO:

PROLOGO

HISTORIAS CORTAS

1

¡HASTA LA VISTA, QUERIDO SUEGRO!

2

UNA LUZ EN MEDIO DE LAS TINIEBLAS
Por Lili Ester Chávez Peña

3

EL EXCELENTISIMO DOCTOR
DON PEDRO MORENO

4

LAS BENDITAS LECCIONES
DEL KIMSA CHARANI

7

5

UNA REBENQUEADA CON SUMO AMOR

6

LA APUESTA DE LOS SEIS DIAS

7

EL ASTRONOMO DE VALLEGRANDE

8

LAS CHOLITAS DE MARTE

9

EL DIA QUE LO DEGRADARON A PLUTON

10

LOS CRISTALES Y LAS POMPAS DE JABON

11

EL VALOR DE LAS COSAS

12

EL COMENCOMIENDAS

13

LOS PADRINOS DE MATRIMONIO

14

EL ABOGADO DE MI SUEGRO

15

MOLLY Y LA BIBLIA

16

LOS CURAS Y LOS DIEZ MANDAMIENTOS

17

EL TIO DEL SOCAVON

18

EL KARATEKA PROFESIONAL

19

¡NINGUN TRIBILIN!

8

20
AMORES QUE MATAN

21
EL HIGINIO VISITA A OLGUITA

22
EL SHEQUEL Y SU AMIGUITA
OLGUITA PASTEN

23
ALGO MAS SOBRE OLGUITA





LILI, HIGINIO Y MOISES

1

¡HASTA LA VISTA, QUERIDO SUEGRO!

De manera excepcional, anticipándonos a la apertura de la página web Biblioteca Inteligente de la Santa Sede, de la CBUP, lanzamos el presente volumen de historias cortas relacionadas con la memoria del Sr. Higinio Peña de Cuéllar, el abuelito de Lili Ester, padre de la Dra. Amanda de Chávez y suegro del Dr. Moisés Chávez, que el 8 de mayo del 2017 pasó para estar en la presencia del Señor a los 87 años de edad.

En *MISIONOLOGICAS N° 22*, el Boletín de la Santa Sede de la CBUP —la California Biblical University of Peru— difundido simultáneamente con el presente volumen, *El Cuchicito Higinio*, me refiero a él de la siguiente manera:

¡Hasta la vista, querido suegro!

El 8 de mayo del presente subió al cielo a la presencia del Señor mi suegro y padre de mi esposa Amanda.

Un hombre evangélico ceñido a las enseñanzas de la Biblia en Braille, y que hasta el último momento de su vida, a los 87 años de edad, soñaba en viajar conmigo a Lima Limón para asistir a clases en la Santa Sede de la CBUP.

En sus funerales, el Dr. Luis Alberto Romay, directivo de la ECAMM y de la Santa Sede se refirió a él como “un hombre que en medio de la oscuridad de su vida reveló tener gran luz”.

El fue ciego de nacimiento. Como su hija Amanda le dijo a la doctora que le atendió hasta el último momento en el Hospital Obrero, “él nunca vio; él nunca supo qué cosa es la luz, qué cosa es la oscuridad, qué cosa son los colores, qué cosa son las burbujas o las pompas de jabón.” Sin embargo, su mayor dedicación era la astronomía y la apreciación de las dimensiones del Universo.

Por muchos años él fue representante de Bolivia en las deliberaciones del Pacto Andino, razón por la cual tuvo que viajar muchas veces a Lima, Perú.

En su memoria lanzamos junto con MISIONOLOGICAS N° 22 la presente obra del Dr. Chávez, porque a través de sus historias el Abuelito Higinio seguirá presente con nosotros porque tiene muchas lecciones que enseñarnos a todos en la comunidad de la CBUP.

* * *

El Abuelito Higinio cuenta que recién a los diez años de edad se dio cuenta de que no veía y que era diferente de los demás niños, porque era ciego de nacimiento. Pero no obstante estas limitaciones se abrió camino en la vida y en las carreras política y diplomática que llegaron a ocupar gran parte de su vida.

El Abuelito Higinio destaca por sus inquietudes respecto de la astronomía. El representó a Bolivia en el Pacto Andino, razón por la que volaba de La Paz a Lima casi todos los meses. Pero no son estos viajes aéreos los que le han ayudado a apreciar las distancias en kilómetros y en horas y días, sino sus previos viajes por tierra como dirigente sindical de los fabriles bolivianos, sobre todo sus viajes a pie o a lomo de bestia de Vallegrande a Pampagrande que está, como él decía, “a unas 12 leguas de distancia”.

Otras inquietudes suyas, que afloran como temas recurrentes en su conversación, son los relacionados con la disciplina de los hijos y nietos, los relacionados con la apologética evangélica y con su peculiar interpretación de las Escrituras a las cuales tiene acceso en Braille. Todos estos temas, que él sazona con un humor sano y motivador, hallan expresión en las páginas de la presente antología de historias cortas.

* * *

El presente volumen de historias cortas forma parte de la Serie “Diálogo con nuestros Semejantes”, dedicada a hacer resaltar nuestra responsabilidad para con los seres humanos, los extraterrestres, los animales y los seres virtuales como es el caso del George Frankenstein.

Su título deriva de esta anécdota familiar: El Abuelito Higinio era un enamorado de los “cuchis” (los chanchos), a quienes les llamaba con cariño e incluso apasionamiento, “chuchicitos”. Gran espacio en su conversación y en sus comentarios ocupaban estos hermosos seres vivientes, cochinitos pero hermosos. Y tal era su devoción por ellos, que él mismo se consideraba un “cuchicito”.

Cuando derramaba la comida sobre el piso, debajo de la mesa del comedor, su esposa, Olguita, le echaba eso en cara:

—¡Ay, Higinio! ¿Cuándo vas a aprender a comer sin ensuciar el piso?

Y él le respondía:

—¡Es que yo soy un cuchicito!

El derramaba la comida más que Olguita, también invidente como él, porque al recibir su plato lo primero que hacía era “aventarla” con el tenedor, de la manera que se avienta el trigo en la era con el tridente. Eso hacía dizqué para mezclar todos los componentes de su menú.

* * *

Uno de esos días, cuando empezábamos con más intensidad a sentir su ausencia, yo hallé en un rincón olvidado de nuestra casa una vieja alcancía en la cual nuestra hija Lili Ester ahorra sus céntimos de pequeña. Es un chanchito muy lindo, redondo como una pelota y todo de color rosado como los chuchicitos más refinados.

El chanchito me cayó en gracia, y de golpe me hizo recordar al Abuelito Higinio. Entonces lo tomé con cariño y lo llevé al departamento de Olguita, para que le haga compañía, y de paso haga que nos acordemos de prender y apagar el calefón para ahorrar corriente eléctrica.

En el fondo de mi corazón, yo lo llamo “el Cuchicito Higinio”, pero ante nuestra Olguita nunca le llamo así. Ante ella le llamo “el Chanchito Calefón”, y Olguita lo llama “el Chanchito Calefón Calefón”.

* * *

Cuando le recuerdo a Higinio y miro el chanchito de mi pequeña Lili Ester no puede dejar de venir a mi mente el diálogo de un chanchito, de un chanchito shilico, de Celendín, como yo. Es que me hace que me acuerde los diálogos del pequeño Higinio con su madre. Diálogos que en cierta forma remplazaban la experiencia de ver.

Se cuenta de este chanchito shilico, un chanchito pequeño, que un día se puso a explorar su cuerpecito gordito, y un tanto preocupado a causa de lo que finalmente descubrió, le preguntó a su mamá:

—¡Mamita! ¡Mamita! ¿Por qué tengo un güequito debajo de mi rabito?

Y su madre le respondió:

—Porque si lo tuvieras en la nuca, ¡serías alcancía!

Dicho sea de paso, los “cuchicitos”, eran los únicos animalitos con quienes se identificaba el abuelito Higinio, sea su memoria bendición.

* * *

Diseñé la Serie DIALOGO VITAL movido por la partida de Higinio Peña de Cuéllar, el abuelito de mi hija Lili Ester y padre de mi esposa Amanda, que el 8 de mayo del 2017 pasó para estar en la presencia del Señor a los 87 años de edad. Con este motivo difundimos a petición de nuestros seres queridos su historia, *El Cuchicito Higinio*, seguida de las demás historias de la Serie relacionadas con su memoria.

La Serie DIALOGO VITAL contiene mayormente de historias infantiles. Por lo mismo, se complementa con los volúmenes *Historias de Infancia 1-5* insertos en la Serie SHILICOLOGIA de nuestra página web Biblioteca Inteligente.

También sea dicho de paso que tales historias de infancia son historias de mi infancia transcurrida en mi ciudad natal, Celendín, en los Andes del norte del Perú.

2
**UNA LUZ EN MEDIO
 DE LAS TINIEBLAS**
 Por Lili Ester

Mi abuelito se dispone para salir de casa e ir conmigo al mercado Rodríguez para comprar las frutas y verduras. La palabra que más le emociona y le hace saltar de alegría es: “¡Calle!” ¡Cuánto le gusta la calle, y más cuando lo hace tomado del antebrazo de alguien!

Lo último que hace es tomar en sus manos una bolsa de yute y su bastón plegable, pero luego desiste de llevarlo consigo, porque irá tomado de mi antebrazo.

Esta era nuestra rutina en los días cuando yo no asistía a la escuela. Caminábamos conversando de muchas cosas mayormente sin importancia, pero siempre saturadas de buen humor. Yo me consideraba a mi misma como “la Lazarilla” más afortunada pues guiar a mi abuelo me resultaba de lo más divertido porque sus ocurrencias y su lenguaje picaresco me hacían reír mucho. Pero ese día, no sé cómo, me atreví a expresar ciertas inquietudes que habían germinado y crecido en mi alma desde muy pequeña, aunque en silencio.

* * *

Ya en la calle, le digo:

—Abue, yo he cerrado mis ojos y he probado caminar dentro de la casa y en la calle, como tú, sin ver, pero no puedo. Sobre todo en la calle, con tantos vehículos y tantos peligros, tengo pánico hacerlo, y de inmediato vuelvo a abrir mis ojos. ¿Cómo puedes tú hacer de todo como si vieras, a pesar de que no ves?

El, echando mano de su constante alegría y sentido de humor me dice:

—Es que yo tengo una ventaja sobre todos los demás. . .

Sus palabras me dejan aun más confundida. Pero luego termina de decir lo que quería decir:

—Tengo una ventaja sobre la mayoría de los ciegos: Ellos han perdido la vista, pero yo no he perdido la vista. Yo nací sin ver, y por eso para mí es normal no ver. Y para manejar me he aprendido de manera natural a utilizar otros medios. El oído, por ejemplo. No sé qué me haría si perdiera el oído. Pero hay otros sentidos, a cual más misteriosos, como mis antenitas de vinílico, por ejemplo.

Le digo:

—Pero abue, ¿por qué dices que para ti es una ventaja no ver desde tu nacimiento?

Y responde:

—Porque como yo no sé qué cosa es ver no sufro como sufriría un ciego que sí pudo ver alguna vez en su vida. Ellos encuentran muy difícil orientarse; lo cual no ocurre conmigo. Ellos pueden sufrir pánico por cualquier cosa que ocurre alrededor; cosa que no ocurre conmigo. Ellos se desesperan por ver; cosa que no ocurre conmigo, porque no sé qué cosa es ver, aunque estoy convencido de que es algo muy bello y valioso.

* * *

Seguimos nuestro camino bajo un bello Sol iluminado, y le pregunto:

—Pero, ¿no te ayuda en algo el Sol? A notar rayos y colores, por ejemplo. . .

El responde:

—¡Claro que me ayuda! Me abriga.

—Pero, ¿nada de su luz penetra a tu alma? Siquiera a manera de penumbra. . .

El responde:

—En ese sentido a mí no me ayuda, porque yo no sé que es la luz, ni tampoco sé como es la penumbra, ni tampoco puedo saberlo.

En mi ingenuidad de niña pequeña, le hablo quizás de manera imprudente:

—Qué difícil será vivir todos los días, día y noche, toda la vida en las tinieblas, abue. . .

El responde:

—No es difícil, porque tampoco sé cómo son las tinieblas. ¿Qué cosa son las tinieblas, ah?

* * *

Mi abuelo es un hombre muy elegante. El gasta buena plata comprándose la ropa y los zapatos de mejor calidad. Sabe escoger y tiene buen gusto; por eso le pregunto:

—Abue, ¿pero cómo sabes “ver” los colores, como dices? ¿Cómo puedes escoger entre una tela roja y una tela blanca. ¿Cómo has aprendido a distinguir los colores sin ver los colores? ¿Cómo puede ser eso posible?

El responde:

—Tampoco sé qué cosa son los colores. No sé cómo es el color rojo ni cómo es el color blanco.

Le digo:

—Pero tú los escoges, y siempre aciertas.

Y responde:

—Claro que sí, porque he aprendido sus nombres, y sé cuál nombre va bien con cuál nombre cuando se trata de vestir bien como todo caballero elegante, así para impactar a las cholitas. También sé cuál nombre de color está en mejores condiciones porque desde niño he aprendido a apreciar esas diferencias por las referencias de quienes sé que tienen buen gusto. Por eso estoy atento a los gustos de la gente que sé que tienen buen gusto. A propósito, dime: ¿De qué color es ese par de medias que me han regalado hace unos días. No me las he puesto, porque alguien me ha dicho que son de color. . .

Le digo:

—¿De color caca?

—¡Eso es! Así me ha dicho tu papá. Y supongo que no será un color agradable. Yo no las voy a usar porque la gente se va a reír de mí. Toma, llévatelas para tu papá; quizás a él le gusten. . .

* * *

Llegamos al mercado Rodríguez e hicimos nuestras compras para la noche de Navidad: Tomates rojos, pepinos verdes, pimientos amarillos, papas moradas, choclos blancos, naranjas anaranjadas, chocolate chocolate.

Como las hojas del apio estaban lozanas al tacto, él decía: “¡Qué lindas hojas verdes que tiene!” Pues eso era una de las cosas que había aprendido a apreciar desde pequeño: Que las hojas de las plantas son verdes y que la hermosura de su color iba de la mano con su consistencia y su calidad. Sabe, pues, que cuando las hojas están frescas, su verdor es más hermoso.

—Este apio es de buena calidad —dice, y yo le felicito porque supe escoger de lo mejor—.

* * *

Aunque es anciano, él es muy fuerte y apuesto. Las cholitas en el mercado se deshacen por atenderle y por darle de lo mejor. A él no le engañarían jamás ni con la calidad ni con el peso, porque su gracia y su *sex appeal*, y su dulce sonrisa que le produce un arco perfectamente contorneado en sus labios hacen que todas las cholitas se pongan como el estrado de sus pies y se deshagan con las bromas que él les hace. La gente en todos los rincones se ufanan de conocerle y de tenerle como amigo.

Le dice una cholita:

—Miriusté, le doy con yapa para que vuélvaste.

El responde:

—Te prometo volver. ¿A ver, dónde estás? Estás a treinta pasos de la panadería Figliossi. Aquí puedo llegar con los ojos cerrados.

Le dice:

—Pero, ¿no se perderá?

Y responde:

—¿Cómo me voy a perder? En la Figliossi he trabajado como treinta años.

Le dice:

—¿Haciendo panes?

Responde:

—No. Haciendo política. Yo era dirigente sindical.

* * *

Luego regresamos a casa intentando hablar de otras cosas, como son la calidad, el aroma y la belleza de las frutas y de las verduras que hemos comprado.

Mi madre me dice que cuando él era más joven era peor. . . O mejor, porque se parecía mucho a Clark Gable en “Lo que el viento se llevó”, cuando las alocaba a las mujeres diciéndoles: “I give a damn!”

En todo lugar a donde acudía, desde que entraba se convertía en el centro de la atracción. Particularmente, las mujeres gustaban de su manera de hablar carente de recato, y sin embargo, respetuoso.

En estas cosas voy pensando en silencio, y para disimular mi tristeza y consternación por semejante desperdicio, le digo una frase que él siempre repetía para enseñarme a comer de todo, cosa que nunca aprendí:

—¡Frutas y verduras, para las preciosuras! Y si no comes, ¡guasca!
 Porque él sabía que yo detestaba las frutas y las verduras. Algo anormal, ¿no? Pero ya he aprendido a apreciarlas por su color.

* * *

Otro día llega mi madre a casa, muy preocupada. La maestra de la escuela le había mandado llamar para informarle que yo no podía leer ni escribir bien, quizás debido a que necesitaba lentes. Le pidió que con urgencia me llevara al oculista, porque de otro modo mi rendimiento escolar se vería grandemente afectado. Entonces mi papá y mi mamá me llevaron de inmediato al oculista quien me midió la vista y nos dio en un papelito apuntada la medida de los lentes que me convendrían para que me los alistarán en la Optica Coca.

Cuando empecé a usar los lentes desaparecieron los dolores de cabeza que había estado padeciendo sin que mis padres lo supieran. Entonces surgieron otra serie de interrogantes en mi corazón: ¿Acaso se marean los ciegos como nosotros nos mareamos cuando cerramos un momento los ojos y al mismo tiempo intentamos guardar el equilibrio? ¿Les duele a ellos más su cabeza porque no pueden ver todo el tiempo?

* * *

Una manera de esquivar tantas interrogantes era esmerándome en hacer mis tareas del Colegio.

Cierta noche, con mucho entusiasmo estaba haciendo mi tarea en la sala, y mi abuelito me ayudaba a corregir lo que escribía, porque le preguntaba si era con “V” de “vaca”, o con “B” de “burro”; si era con “Z” de “corazón” o con “S” de “mesón” o con “C” de “canción”.

Pero de repente volví a hacerle esas preguntas que tanto me inquietaban:

—¿Y cómo sabes tú la forma de las letras si nunca has escrito con un lápiz? ¿Cómo sabes cómo usarlas correctamente?

El responde:

—Sí puedo escribir con un lápiz, pero sólo unas pocas letras juntas y un par de palabras, porque si escribo más me saldría del papel. Y en cuanto a la ortografía, no necesitas escribir las letras para saber si están escritas bien o mal. Sólo necesitas imaginártelas.

Le pregunto:

—¿Y cómo haces para comunicarnos algo que tiene más de una o dos palabras?

Responde:

—Depende a quién. Si quiero escribir algo para una persona que sabe escribir y leer bien en Braille, eso es muy simple: Uso mi pizarra especial y sobre ella presiono con mi punzón la cartulina, escribiendo al revés, es decir, de derecha a izquierda.

Le pregunto:

—¿Cómo al revés? ¿Y para qué?

Responde:

—Para que el otro ciego lo lea al derecho. Pero esto que te digo tienes que verlo para poderlo entender. Yo te voy a regalar una pizarrita y un punzón, y te voy a enseñar a leer y a escribir en Braille.

Le pregunto:

—¿Y puedes escribir algo para quien no sabe Braille porque puede ver?

Responde:

—Ah. Eso es un poquito más difícil, pero no imposible. En ese caso tengo que recurrir a mi máquina de escribir que he aprendido a usar con la ayuda de un siervo de Dios. Como tú sabes, muchos que ven pueden escribir sin ver, y después leen lo que han escrito. Pero en mi caso, yo no puedo leer lo que he escrito. Cuando escribo a máquina no lo hago para mí mismo, sino para que otros lo lean. Y con el tacto tengo que calcular las dimensiones del papel y la distancia que hay entre el filo del papel y el margen de lo que escribo, para guiarme.

* * *

De nuevo vuelvo a concentrarme en mi tarea del Colegio, y guardo silencio. El aprovecha este momento para hacer algunas anotaciones en Braille con un pequeño punzón sobre la carátula de una revista.

Al verlo haciendo esto me muero de risa sin que él se dé cuenta de lo que me pasa. Es que en la cubierta de la revista sobre la cual estaba escribiendo estaba la foto de una despampanante modelo en paños menores. Era una de Las Magníficas de Pablo Manzoní, y mi abuelito inocentemente la acariciaba y paseaba suavemente la yema de sus dedos sobre sus senos, para luego continuar acariciándole sus glúteos y sus muslos, y finalmente terminar por sus pantorrillas y sus pies, sin expresar conmoción alguna.

Entonces me pregunta:

—¿Por qué te ríes tan de repente? ¡La que sola se ríe, de sus maldades se acuerda.

Le respondo:

—Porque estás acariciando a una de Las Magníficas de Santa Cruz de la Sierra, y lo haces con tanta suavidad y creatividad para finalmente terminar hundiendo sádicamente tu punzón en medio de sus nalgas. . .

Entonces él también se ríe estrepitosamente y me dice:

—¿Una de Las Magníficas es?

* * *

El suele usar como papel borrador las cubiertas de las revistas viejas porque están impresas en un tipo de papel que se presta para recibir las impresiones de su punzón sin agujerarse. Por eso tira a la basura toda revista, pero conserva las cubiertas, que mayormente contienen fotos de hermosas mujeres desnudas. De modo que cuando se pone a releer sus anotaciones bíblicas y teológicas, desfilan ante sus dedos las más grandes bellezas del mundo, empezando por la sex symbol Rachel Welch, de la cual él comenta:

—¡Cholita boliviana había sido, pues! Y yo que pensaba que era gringa.

Luego comenta que sus padres eran bolivianos, y que hacía poco ella había venido a conocer Bolivia y a sus familiares.

Cuentan que sus padres no le enseñaron a hablar español a su hijita, porque eran unos acomplejados que se las daban de gringos, que sólo entendían English.

* * *

Cuando termino mi tarea, él me da un beso y me manda a dormir. Y salgo de la sala diciéndole, conforme me han enseñado desde muy pequeña:

—Abue, ya apago la luz. . .

Entonces suena el clic del interruptor de la corriente, y él sabe que la luz ha quedado apagada, pero sin inmutarse continúa acariciando a su Magnífica en medio de la oscuridad, o como dice la palabra: “Y todo a media luz. . .”

Pero nuevamente suena otro clic, y entra mi madre, y se acerca a la mesa llevándole un rico chocolate de color chocolate, y un pan color de pan.

* * *

Mi abuelito me cuenta que nació en un hogar muy humilde, y que cierta vez escuchó comentar a su madre acerca de su ceguera.

Me dice:

—A los pocos días de nacer tuve una infección en mis párpados, y ella, para desinfectarlos, siguió el consejo de una curandera que le indicó que me los lavara con el agua en que había hervido ciertas plantas medicinales. Mi madre hizo eso, y al parecer logró controlar la infección. Pero con el transcurso del tiempo, mientras yo iba creciendo, pude darme cuenta de lo que había sido para ella un constante sufrimiento: Su bebito, su único hijo, no podía ver. Su atención no era atraída por algún colorido juguete que fuera silencioso, y al contrario, parecía dirigir su mirada hacia otros objetos.

Le digo:

—¿Quieres decir que por culpa de aquella curandera perdiste la vista, abue?

Responde:

—Ese es otro misterio. ¿Cómo echarle la culpa a la pobre curandera? Nadie sabe si yo podría ver o no, antes de esa curación. Y yo tampoco sé si alguna vez vi o no vi.

* * *

Así pasamos a otra dimensión del diálogo, y le pregunto:

—¿Y cuándo fue que llegaste a saber que no veías?

Responde:

—Mi madre se dio cuenta primero. Ella comunicó su terrible inquietud a los familiares y vecinos, y juntos trataban de observarme y llegaron a la misma conclusión: Yo era ciego.

El prosigue:

—Más adelante, cuando crecía y comencé a andar, doblaron las medidas de protección para conmigo. Pero mi madre nunca me dijo que yo no podía ver o que era ciego. Su silencio respecto de la realidad revela la tensión en que vivía cada momento de su vida.

Le pregunto:

—¿Acaso era necesario que alguien te dijera que tú no podías ver?

Y responde:

—Fíjate que sí, y tuve que aprender que yo era ciego sin saber qué cosa era ser ciego.

* * *

El prosigue:

—Cuando crecí, como todos los niños yo era muy travieso, y hacía todo lo que ellos hacían. No había mataperrada que ellos hicieran, que yo no hiciera. Por eso yo no sabía que existiera diferencia entre ellos y yo. Pero empecé a observar que ellos también se esmeraban por protegerme de cualquier estorbo o peligro. Pero a ellos nunca les oí decir la palabra “ciego”, o nunca se refirieron a mí como que no podía ver. Por eso yo no sabía qué cosa era ser ciego ni en qué se diferenciaba el ver del no ver.

Le pregunto:

—¿Cuándo llegaste a saber la diferencia? ¿Y cómo?

Responde:

—Cierta día, cuando estaban horneando en casa pan para una fiesta, creo que era un cumpleaños, los chicos estábamos jugando y haciendo travesuras en el patio. Ocurrió que la señora que ayudaba a meter las latas de pan en el horno, había desocupado algunas latas calientes y las había puesto sobre el alero de la casa para limpiarlas. Y cuando nuestra pelota de trapo cayó por allí cerca, ellos fueron a traerla y desviaban su camino para no pasar por encima de las latas. Entonces yo, que parecía ser más lento que ellos, le pregunté a mi mamá: “¿Y cómo saben ellos que allí están puestas las latas para desviarse y no pisarlas o caerse encima de ellas?” Y ella me apartó a un cuarto, y llorando me confesó: “Es que ellos pueden ver, hijito, y tú no puedes ver.”

* * *

Las lágrimas nublan mis ojos cuando él me cuenta su historia con tanta naturalidad y sin alterarse, salvo por el sufrimiento que sentía por el sufrimiento de su madre. Y continúa:

—Entonces yo le pregunté; “¿Y por qué no puedo ver, mamita?” Y ella acarició mis párpados y me dijo llorando más intensamente: “Es que tú naciste ciego, hijito, y no puedes ver con tus ojos, como los demás. Por eso debemos protegerte cuando algo puede ocasionarte algún daño o una caída.”

Mi abuelito me cuenta que ante su asombro infantil, su madre lloraba abrazándole y limpiaba sus ojos con un pañuelo antes de volver al cuarto de amasar.

El empezaba a darse cuenta lentamente por qué lloraba, aunque él mismo no sentía ganas de llorar, sino más bien de volver al patio a jugar a la pelota.

A partir de aquel día él comenzó a pensar cómo sería poder ver, como los demás. También pudo darse cuenta que existían para él ciertas limitaciones, a diferencia de los demás niños. Y empezó a depender un poquito de los que sí podían ver, en primer lugar de su madre.

Todo esto ocurrió cuando él tenía 12 años de edad.

* * *

Una vez acostada me quedo alerta y pensativa mientras escucho sus movimientos seguros y ágiles para alcanzar su dormitorio y su cama, y me quedo pensando en él y en el libro, *Corazón*, de Edmundo de Medicis, sobre el cual trataba mi tarea del Colegio.

Yo había escogido este libro para hacer mi exposición en clase, y al leerlo encontré que uno de los capítulos trata de la visita de los niños de una escuela de Torino (Turín) a una institución para niños ciegos.

Repetidamente me preguntó mi abuelo de qué trataba el libro que estaba leyendo y de qué trataba el capítulo que estaba resumiendo como tarea escolar. Pero yo le dije, para desviar el diálogo:

—Trata sobre el primer día de clases en una escuelita primaria en Italia, y describe las travesuras de los niños en edad escolar.

* * *

Después, en mi cama, vuelvo a prender la lámpara de mi cabecera y me pongo a leer de nuevo el párrafo del libro de Edmundo de Medicis donde el alumno Deroso le pregunta al profesor:

—¿Es cierto, señor, que ha sido usted profesor de ciegos?

—Sí, durante varios años —respondió—.

—Háblenos usted algo sobre ellos —le pidió Deroso—.

El maestro empezó:

—Vosotros decís “ciegos”, así como diríais “enfermos”, “pobres”, o qué sé yo. Pero, ¿entendéis bien lo que esta palabra significa? ¡Ciego! ¡No ver absolutamente nada! No distinguir el día de la noche; no ver el cielo ni el Sol, ni a sus propios padres!

Luego les hizo el siguiente reto:

—Probad un momento a cerrar los ojos y pensad si debierais permanecer para siempre así. Inmediatamente os sobrecogería la angustia y el terror. Y sin embargo. . . ¡pobres niños! Cuando se entra por primera vez en el Instituto para Ciegos, durante el recreo, al oír tocar violines y flautas por todas partes, y verles reír, subir y bajar las escaleras velozmente, nadie diría que son tan desventurados. Es preciso observarlos bien. Hay jóvenes robustos y alegres que sobrellevan la ceguera con cierta calma, pero bien se trasluce, por la expresión desdeñosa y fiera de sus semblantes, que han debido sufrir tremendamente antes de resignarse a aquella desventura.

Deroso preguntó si era verdad que los ciegos tienen el tacto más fino que nosotros.

—Es cierto —dijo el maestro—. Todos los demás sentidos se afinan en ellos, porque debiendo suplir al de la vista están mejor ejercitados de lo que están en nosotros. Por la mañana saben si hace Sol agitando la mano en el aire y percibiendo el calor.

Y prosigue:

—Nosotros juzgamos el alma de una persona por los ojos; ellos lo hacen por la voz. Y la recuerdan durante muchos años. Al tacto se dan cuenta si una cuchara está poco limpia. Las niñas distinguen la lana teñida de la que tiene su color natural. Juegan al trompo y por el zumbido lo cogen sin equivocarse. Corren con los aros, recolectan violetas como si realmente las vieses, tejen esteras y canastillas con paja de varios colores. Es conmovedor ver con cuánto gusto se apoderan de los cuerpos geométricos, con qué alegría palpan entre las manos todas las cosas para “ver” como están hechas. Ellos dicen “ver”.

* * *

Entonces pienso con qué exactitud describía a mi abuelo, quien jugaba al trompo, lo levantaba y lo hacía bailar en la palma de su mano, y nos la pasaba a nuestras manos. Y también pensaba en cuántas veces al día él hablaba de “ver”. Cuando se despide de sus amigos les dice: “¡Hasta la vista! ¿Cuándo nos vemos? ¡Te veo el miércoles!

Pero me empieza a sobrecoger en mi cama el terror cuando pienso en qué será no poder ver jamás el rostro de mamá, o no poder ver la carita de nuestros hijitos o nietecitos, o no poder ver la cara de nuestro enamorado o enamorada, o de nuestro amado esposo, o de nuestra adorada mujer. . . ¡jamás!

Estos pensamientos paralizan mi respiración, y me desespero aun más cuando pienso que es más difícil sobrellevar la ceguera cuando uno ha perdido la vista, ya sea por causa de algún accidente, o por la diabetes, o alguna afección del globo ocular.

* * *

No puedo escapar de estos pensamientos, ni puedo dormir a lo largo de toda la noche cuando recuerdo una conferencia que diera mi padre en cierta ocasión cuando dibujó en la pizarra el globo ocular y su conexión con el cerebro, que es realmente el órgano que ve, y no casualmente el ojo como podría parecer.

Mi padre unió el globo ocular con el cerebro mediante el nervio óptico, al cual dibujó, no como una línea recta, sino ondulada, e indicó: “Así como cuando se instalan las cocinas eléctricas en nuestros departamentos, los electricistas no las unen con el enchufe mediante un cordón recto, sino que primero lo someten a varios dobleces, porque saben que en cualquier momento puede ser necesario retirar la cocina de su lugar sin tocar la conexión, ya sea para repararla o para limpiarla, así también Dios sabía que a veces sería necesario sacar el globo del ojo para operarlo, y volverlo a colocar en su órbita sin que se produzca una desconexión entre el ojo y el cerebro, porque si esto ocurriera, eso sería fatal.”

Entonces pienso que Dios ha provisto caminos para la ciencia, y que la ciencia bien podría alguna vez crear los aparatos electrónicos y digitales para que el cerebro pueda ver, ¡sin necesidad de ojos! Pienso que este sería el mayor reto para la raza humana, y podría hacerse realidad en. . . ¡la era mesiánica, porque Jesús dijo que había venido para dar vista a los ciegos!

Cuando llegué a este punto en mis pensamientos, bostecé profundamente y sólo recuerdo que el día aclaraba cuando mi madre me gritó:

—¡Acaba rápido de tomar tu biberón! ¡Nos estamos retrasando para llegar a tiempo al Colegio!

* * *

Otro día el abuelo se propuso enseñarme la escritura Braille, y para incentivar me obsequió una “pizarra” y un punzón para escribir sobre ella.

En realidad se llama “pizarra”, pero es una placa metálica o de plástico duro que tiene una sucesión de ventanitas rectangulares con sus lados largos dispuestos de manera vertical y que sirven para marcar con un punzón hasta seis puntos equidistantes, uno en cada una de las cuatro esquinas, más otros dos en los centros de los lados largos o

“verticales”. Se marcan los puntos sobre el papel que está dispuesto sobre otra placa que tiene canales que sirven para que los puntos intermedios puedan ser ubicados con perfección en su sitio, ya que allí no se cuenta con el apoyo de las cuatro esquinas.

Combinando estas seis posibilidades de marcar puntos mediante la presión del punzón puedes hacer hasta 64 combinaciones distintas de puntos, que equivalen a las letras del alfabeto, más los números y los signos de las matemáticas, a los signos de la música. Y en tiempos modernos se adaptan también para la informática.

* * *

Entonces él procede a enseñarme las letras del abecedario en sistema Braille sobre un tipo de cartulina que no se perfora con la presión de la punta del punzón, sino que permite que se formen en el lado opuesto del papel puntos en relieve a los cuales el ciego puede leer paseando suavemente sobre ellos las yemas de sus dedos.

Quedé tan impresionada por lo que veían mis ojos que me propuse aprender a escribir y a leer en Braille con la ayuda de mi abue, aprovechando de los momentos cuando debía permanecer en su departamento entre la escuela y mis clases en la Academia de Inglés, allí cerca.

Para mí se convirtió esto en un reto y en una gran diversión, pero desde el primer momento me movía el anhelo de poder darle la grata sorpresa de escribir para él algunas cositas que le interesaría leer, como por ejemplo mis historias cortas.

* * *

Un día se me ocurrió preguntarle:

—Decíme, abuelito, ¿quién inventó la escritura en Braille? Porque no lo has inventado tú, ¿verdad?

Y me contó la historia:

—No, no lo he inventado yo. En realidad fue inventado más de cien años antes de que yo naciera. Lo inventó Luis Braille, de allí su nombre.

Le pregunto:

—¿También él nació ciego?

Responde:

—No, pero perdió la vista a los tres años de edad a causa de un accidente. Y desde que empezó a estudiar en el Instituto de Niños Ciegos de París, cuando tenía diez años de edad, se propuso ser algún día un educador dedicado a enseñar a los ciegos. Este noble sueño fue lo que le hizo inventar este interesante sistema, antes de cumplir los treinta años de edad. Y miles y miles de ciegos han sido beneficiados por su invento.

* * *

Otro día me pide que le acompañe al Salón de Belleza Unisex para obtener su oportuno y elegante corte de pelo que hace resaltar la belleza de su cabello blanco plateado de filigrana. Y mientras camina prendido de mi antebrazo, me pregunta:

—Oye, ¿has oído algo nuevo de Marte? ¿Verdad que este año está más cerca de la Tierra y se lo puede ver más grande que de lo común? ¿Cómo se ve?

Le digo:

—Sí, abuelito. Generalmente se lo ve tamaño de un limón, pero ahora se lo ve tamaño de una mandarina, y su color anaranjado como la mandarina también es más brillante.

Me dice:

—¡Pucha! ¡Caray! ¿Así se lo ve? Y dicen que es más o menos de la mitad del tamaño de la Tierra! ¿A qué distancia de la Tierra estará pues? Si dicen que la Luna, que es 50 veces más pequeña que la Tierra se ve desde aquí del tamaño de una bacinica. . .

* * *

Mi abuelito se ha enterado de que yo estoy prendida del Cable TV a la casa de cualquier noticia sobre Marte, porque los planes del Presidente Bush sobre un posible viaje a Marte de seres humanos en nuestra generación se ha convertido para mí en una obsesión. ¡Cómo me gustaría que me enviaran a mí como astronauta!

Mi abuelo presiona bruscamente mi antebrazo y me despierta de mis fantasías para decirme:

—¡Pucha! ¡Caray! Dicen que para la Navidad de este año se asentarán sobre la superficie de Marte dos naves espaciales enviadas por Estados Unidos y por Europa. Pero creo haber oído que ya ha llegado una nave mucho más antes, ¿verdad?

Le digo:

—Así es abue. Hace 30 años el Vikingo 1 y el Vikingo 2 dieron vuelta alrededor de Marte e hicieron descender con éxito dos módulos de amortizaje sobre la superficie de Marte, pero no se ha logrado toda la información que se esperaba de esta aventura. Por eso se va a enviar este año al Spirit y al Opportunity con la misión específica de definir si hay o si ha habido agua en su superficie, y. . .

—¿Y qué más, oye?

—Y si hay o ha habido alguna vez vida en Marte.

—¡Pucha! ¡Caray!

Le digo:

—Aunque yo creo que no hay ni nunca ha habido vida en Marte, porque su atmósfera no tiene capa de ozono para proteger su superficie de las radiaciones cósmicas.

—¡Pucha! ¡Caray! Entonces, debo perder toda esperanza. . .

—¿De qué esperanza hablas, abue? ¿Tú también quieres pasearte sobre la superficie de Marte?

Y dice:

—Me refiero a la esperanza de conocer a mi “ignorada marcianita”. Antiguamente había una canción que me hacía fantasiar mucho con mi cholita marciana. Así decía pues la canción:

*Ignorada, Marcianita:
Espigada, pequeña, gordita
será mi amor.
La distancia nos acerca,
y en el año sesenta
estaremos juntitos los dos.*

*Yo quiero una chica de Marte
que sea sincera.
Que no se pinte, ni fume
ni sepa siquiera
lo que es rock and roll.*

*Yo que tanto he soñado
voy a ser el primer pasajero
que viaje hasta donde estás.
La distancia nos acerca,
y en el año sesenta
estaremos juntitos los dos.*

Y prosigue:

—Más o menos así decía pues la canción, pero no me acuerdo el resto. Pero ya se sabe que definitivamente no existen los marcianos. ¡Qué tristeza! En lugar de mi “ignorada marcianita” me tendré que conformar nomás con mi “ignorada birlochita”, ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Mi abuelo sigue entonando su canción cuando llegamos al Salón de Belleza Unisex de su amigo peluquero, Don Fígaro, que lo atiende de inmediato.

Entonces el tema de la conversación con Don Fígaro cambia de su “ignorada birlochita” al Mallku y al Evo, y al futuro que le espera a Bolivia en manos de cocaleros.

* * *

Una fría tarde de invierno llego a su departamento y encuentro las luces apagadas, como de costumbre, y a su esposa tejiendo un par de guantes en medio de la penumbra. El estaba recostado de espaldas sobre su cama, bien tapado con una frazada y con su cabeza y cara cubiertas con un pasamontañas, pero a su vez recubiertas por la frazada.

Hubiera dicho que estaba dormido, a no ser que en la penumbra veo que su panza se mueve como si sobre la misma se hubiera formado un volcán activo a punto de erupcionar.

Cuando prendo la luz, veo los movimientos de un extraño bulto sobre su vientre, debajo de la frazada, y me di cuenta que el hombre estaba leyendo su Biblia.

Como hacía frío, se había cubierto por completo después de haber puesto el libro abierto sobre su barriga. El movimiento que logré ver era de su mano paseándose sobre el texto escrito en Braille, y se hacía más notorio cada vez que daba la vuelta a la página.

Entonces le digo:

—Pensé que estabas dormido. . .

Y me dice:

—No hace mucho que me metí en la cama, porque no aguanto el frío. Estaba leyendo en el tomo de Deuteronomio y me puse cómodo para leerlo tapado con la frazada para que no se me congelen los dedos.

* * *

Aquella fue la primera vez que le vi leyendo de esa manera, y en cierta forma le tuve envidia, a causa del frío, y también me pareció gracioso.

Y su esposa me dice, riéndose:

—A mí también me estaba dando la tentación de meterme a trabajar dentro de la cama, pero tejer no es tan fácil como leer. Prácticamente es imposible.

Yo me di cuenta que él estaba leyendo su libro metido en la cama y tapado con la frazada. Pero conocedora de su excesivo amor por mi perrita Molly, de ese tipo de amor que alcanza los extremos del odio, quise hacerle una broma. Consciente de que él tanto simula detestar a mi perrita Molly, que entonces todavía era una cachorrita pequeña, le digo:

—¿Sabes lo que pensé que estabas haciendo cuando entré a tu cuarto?

Me dice:

—¿Qué más podría ser a estas horas?

Le digo:

—Pensé que estabas acariciando a mi pequeña Mollicita, aprovechándote de su pancita caliente para abrigar tu pancita de ti.

Entonces el hombre, simulando que estalla en ira porque lo asocié de esa manera con una perra metida en su seno, de un movimiento brusco levanta su frazada hacia el cielo raso, diciendo:

—¡Pucha! ¡Caray!

Y se pone en pie.

Luego me dice, sonriendo:

—¡Ven acá! Tómate un chocolate o una leche con milo, para el frío.

Y se dirige a la cocina a enchufar la caldera.

* * *

Mientras se calienta el agua en la caldera, llega mi papá, y se ponen a conversar, como siempre, de política, que era el único tema en esos días.

El abuelo le dice:

—Estaba escuchando Radio Fides unas horas antes, y no pude soportar las estupideces que estaban diciendo algunos radioescuchas acerca de Hugo Banzer. Es verdad que el hombre se ha malogrado, pero con todo es mejor que todos esos hediondos. No pude soportar tantas estupideces, ¡por favor! Por eso me metí en la cama, pero como no pude dormir de pura rabia, me puse a leer.

Mi papá le dice:

—Le tienes en gran estima a Banzer, ¿verdad? Te diré que yo también, porque físicamente se parece mucho a mi papá Juan, que en paz descansa. Cuando veo su foto, a veces lo confundo con mi papá. Me gusta que lo estimes; en esto sí que estamos de acuerdo.

Mi abuelo le dice:

—No digamos eso, pero te diré que el gringo Goni. . . ¡no le llega a sus talones, oye!

* * *

Eran los últimos años de vida de Banzer antes de que partiera a los Estados Unidos en un último intento para luchar contra el cáncer de que sufría. Entonces le dice mi papá:

—¿Así que eres adenista? ¡Y yo que pensaba que estabas contra todos!

Mi abuelo le dice:

—¡Pucha! ¡Caray! No soy adenista, pero Banzer es un caballero, es un boliviano, y no como ese gringo que ni siquiera sabe hablar español. Sólo porque es dueño de minas de oro en Bolivia está acá; de lo contrario estaría en Miami.

Mi papá le dice:

—¿Y qué te parece el Tuto?

Y mi abuelo responde:

—Banzer lo ha creado al Tuto a su imagen y semejanza. El Tuto tiene futuro, porque es un hombre honesto. Además, es joven e inteligente.

Mi papá le dice:

—A la vista está que eres adenista, por lo menos en este día. . .

El abuelo responde:

—No hombre. A mí me gusta el que vale, carajo, y al que no vale lo tiro a la basura. A Banzer lo conozco personalmente; en cierta ocasión viajamos juntos en el mismo avión y fuimos conversando un buen rato sentados uno al lado del otro. También conocí personalmente a Don Víctor Paz Extensoro, ¡otro caballero! ¡Al pan pan y al vino vino!

Mi papá pregunta:

—¿Y cómo has podido codearte con presidentes.

Mi abuelo responde:

—Porque en ese tiempo yo era dirigente sindicalista. A ellos les convenía tratar conmigo como representante de la clase trabajadora. Pero, ¡para qué te cuento! Yo me daba cuenta quién valía y quién no valía.

* * *

Mi abuelo prosigue:

—Don Víctor, por ejemplo, era una persona excepcional. En el Palacio Presidencial, cuando nos recibió a una delegación de dirigentes gremiales, me trató con mucha amabilidad, oye. Y eso era porque le nacía del corazón, no porque disimulara para obtener pega política.

Mi papi pregunta:

—¿Y de qué conversaste con el Presidente Víctor Paz Extensoro en el Palacio?

El responde:

—No tuvo nada que ver con política. Sólo que se acercó a mí para darme la mano y saludarme. Entonces yo le escuché su voz y me di cuenta que era el Presidente. Y le dije: “Estimado Señor Presidente, yo a usted lo conozco muy bien por su voz; sólo que no sé qué aspecto tiene. ¿Sería usted tan amable de dejarme tocarle?”

Mi papi le dice:

—¿No me digas que te dejó? ¿No te apartaron de él sus guardaespaldas?

Le dice:

—No. Muy amablemente se dejó que yo lo tocara, desde su coronilla, pasando por su frente, su nariz, su cara, su mentón, su cuello y su pecho. Entonces le dije: “Muchas

gracias, señor Presidente; ahora sí puedo decir que le conozco bien.” Y él me abrazó muy amablemente.

* * *

En otra ocasión mi padre y yo hicimos escala en su departamento. Era en tiempo de Carnavales, y acordamos esperar allí a mi mamá para ir juntas a comprar los globos y las metralas de agua que me habían prometido para mi combate de Carnaval.

El abuelo también estaba en la misma onda, pues lo encontramos escuchando a todo volumen, como si fuera rockero, un disco de Wenceslao Cuéllar con coplas de Carnaval. El mismo, a pesar de su avanzada edad, estaba cantando junto con el disco en alta voz.

La casa parecía un escándalo cuando cantaban a dúo:

*El señor cura
qué lo ha de esconder. . .
Porque el señor cura
tiene su mujer.*

Entonces le cuenta a mi padre de los consejos que le daban respecto de las mujeres: “Hay que meterse con viudas, que te esperan con el chancho listo, o matan la vaca para recibirte.”

A tales consejos los contrastaba con los de su madre, cuando le instruía para la vida, sobre todo en lo que respecta a las mujeres: “No te metas con mujer casada; este es el mejor consejo que te doy.”

* * *

Su sala está amoblada con burdos muebles “estilo Pica Piedra”. Y para hacerle una broma hemos colgado en la pared un letrero que dice:

MUEBLES PICA PIEDRA
UN PIEDROLAR LA SENTADA

Muchos de sus amigos videntes leen el letrero y se refieren a él sonriendo.

Sólo porque ellos se reían él llegó a saber que había ese letrero en la pared.

A su departamento acuden constantemente muchas personas en busca de su consejo, en busca de consuelo.

Su teléfono suena constantemente porque la gente, vidente e invidente requieren constantemente de sus palabras de aliento, y a menudo tiene visitas en su casa.

Su segunda esposa, Olguita Pastén, también es invidente, y le ayuda admirablemente en su labor pastoral. Por eso me refiero a él y a ella como una luz en medio de las tinieblas, personas que hace nuestras vidas más llevaderas y significativas, y que nos regalan su tierna sonrisa, su sentido de humor y su alegría de vivir.

3
**EL EXCELENTISIMO DOCTOR
 DON PEDRO MORENO CARAJA**



Comentando con el abuelito Higinio las travesuras de mi hija pequeña, Lili Ester, le digo:

—¡Dios mío! ¡Ella ya no tiene remedio!

Y él exclama:

—¡Hay! ¡Hay! ¡Claro que hay, oye! ¡Todavía estás a tiempo! Porque para el Excelentísimo Doctor Don Pedro Moreno, nunca es demasiado tarde! ¡Yo te voy a mostrar el remedio más efectivo y sin mayores riesgos!

Y su boca se le inunda de sonrisa malévol y de emoción cuando exclama:

—Además, ¡es algo realmente lindo, ché!

* * *

El abuelito Higinio es un fanático de la huasca, es decir, de la rebenqueada, de la corrección de los niños mediante unos hermosos chicotitos que en Bolivia llaman *kimsa charani*, que en el idioma aymara significa “de tres patas”, porque del tronco central salen tres chicotitos extras finamente trenzados. Y creo que es casualmente por el número 3, que él considera “el número perfecto”, que él cree dogmáticamente en su efectividad.

Los kimsa charani están hechos de delgadas cintas de cuero de llama trenzadas, y tienen en el extremo superior o mango un lazo de cinta fuerte para meter allí la mano para darle extra seguridad a su manejo. Es que los muchachos resabidos suelen intentar arrancar el chicote de las manos de su papá o de su mamá para librarse de la huasca.

En conjunto, el kimsa charani tiene un cierto parecido al tridente del diablo, pero es flexible para mayor versatilidad.

* * *

Continuamente le escucharás al Abuelito Higinio alabar los méritos sacrosantos del kimsa charani, y cuenta que en Santa Cruz de la Sierra le llaman “el Doctor Pedro Moreno”. Por eso, dizqué, cuando un niño se pone necio y no obedece, se le amenaza con mandar traer al “Doctor Pedro Moreno”, y muchas veces, el sólo mencionar su nombre sacrosanto basta para ver maravillosos resultados.

Yo le pregunto, muy intrigado:

—¿Y por qué le llaman “el Doctor Pedro Moreno”?

Y responde, henchido de alegría y desbordante emoción:

—¡Ay, caray, oye! Porque “saca lo malo. . . ¡y pone lo bueno, carajo!”

Y comenta:

—¡Lo bueno es el chicotazo, pues oye!

* * *

Entre las ventajas del kimsa charani, el Abuelito Higinio menciona dos:

En primer lugar, el castigo está automáticamente graduado de acuerdo con la edad. Y me viene con el cuento de que hay unos “lindos chicotitos hasta para los culitos de los bebés recién nacidos”.

Su boca se llena de alegría cuando sus manos y sus dedos describen los diversos tamaños de chicotitos: Para los de menos de un año de edad, para los de un año, para los de dos años. . . Y así sigue enumerando los tamaños, como para aquellos que tienen ya la edad de él, los octogenarios, y dice con evidente regocijo:

—¡Hasta para mi edad hay, oye! —y tantea con sus dedos las dimensiones de su culo—.

* * *

En segundo lugar, el kimsa charani ha sido diseñado para su aplicación exclusiva a las nalgas. Y como suele hacer, con sumo placer te señala en las tuyas propias el área exacta y perfecta donde el chicote puede aterrizar en su justa medida, y donde arde más sin temor de que pueda afectar algún órgano vital.

Y añade con aires de experto:

—¡Prohibido pegarles a los niños en la cabeza! ¡Prohibido golpearles en la cara o pegarles en los ojos! Es pecado jalarle a un niño o a una niña de los pelos, porque eso puede tener tristes consecuencias psicológicas. Nunca se le ha de castigar en cualquier parte de su cuerpo. Tampoco hay que usar los puños, o palos u objetos punzantes. ¡Sólo el bendito

kimsa charani hay que usar, pues, oye! Porque duele rico, como para llorar, oye. Pero tras su aplicación en la justa medida, la Lili Ester te lo va a agradecer, pues, oye.

Y para darle a su doctrina un sacrosanto acabado bíblico y canónico, añade:

—Justamente, para eso mismo el Señor ha diseñado las nalgas. ¡Ese es el lugar destinado para la huasca y la corrección. Porque he aquí que se ha comprobado científicamente que las nalgas no tienen alma. Así dice la Palabra, pues. Es que en las nalgas es algo rico, ché. ¡Rico y lindo! ¡Tan rico que de sólo imaginármelo me lleno de lágrimas de emoción!

* * *

A mí me importan un bledo los consejos masoquistas del abuelo Higinio. Pero él se ha propuesto convencerme contra viento y marea de los méritos del Excelentísimo Doctor Pedro Moreno. ¡Como si yo no supiera cómo duele cuando el kimsa charani es aplicado a tu propio culo, en paños menores y sin ninguna consideración.

A continuación dice:

—Lo que te digo es bíblico, y sus méritos han sido comprobados a nivel universal. Aquí en Bolivia, la población aymara conoce sus méritos. Anda, pregúntales, y todos te dirán que “es santo remedio”. Además, su civilización ha desarrollado la técnica del uso del kimsa charani hasta los extremos de calcular su tamaño y contextura para cada edad, y también tomando en cuenta si el culo le pertenece a un muchacho o a una muchacha, pues.

* * *

Estamos hablando de la ciencia de la Chicotología.

Sólo que eso de que el kimsa charani haya sido graduado de acuerdo a una tecnología super desarrollada no me lo trago así nomás. Me parece que el abuelo está fantasiando.

Pero no; él me asegura que en el mercado, por la plaza Pérez Velasco, hay una cuadra entera donde están colgados los chicotitos en exhibición y para la venta, de acuerdo a la edad de los muchachos y de las muchachas que no quieren obedecer a sus padres, que según parece tal es el caso de la Lili Ester.

De nuevo, con sus manos y sus dedos dramatiza el tamaño y la contextura de los chicotitos, y enfatiza:

—Para las guaguas de menos de un año los chicotitos son así de chiquitos. Pero también hay grandazos, oye. ¡Cómo para mi culo también hay!

Le digo, jugando:

—¡Ahora falta que me digas que para mi Shadow también hay!

Me pregunta:

—¿Para quién dices?

—Para su Shadow de la Lili; para su hamster.

Y me dice, molesto:

—¡Ya vas a echar a perder nuestra reflexión puritana metiéndolo a ese tu hamster hediondo!

* * *

El abuelo, que es ciego de nacimiento, pero se moviliza por la laberíntica ciudad de La Paz, la más alta del mundo, como si realmente viera, me conmina a llevarme al lugar, a la cuadra exacta donde venden los chicutitos, para que yo mismo me convenza:

—Allí los vas a ver con tus propios ojos, colgados según la edad y la contextura de los culos que los reclaman.

Yo le creo lo que me dice, aunque exagera un poco. De todas maneras, no estoy dispuesto a perder mi tiempo yendo a la feria de los kimsa charani. Y en cuanto a mi hija, nadie me podrá convencer de que le aplique “el santo remedio del Doctor Pedro Moreno”, aunque saque lo malo y ponga lo bueno. Pero me da una corazonada, y le sorprendo al decirle:

—Está bien, Higinio, ¡acepto tu invitación! Vamos a la Plaza Pérez Velasco, a la feria de los kimsa charanis, para ver si de veras hay para guaguas de menos de un año, y si todos son exhibidos de acuerdo a la edad y la contextura de los culos.

Y me responde, como quién ha logrado un éxito espectacular:

—Yo te voy a llevar, para ser más exacto, al Pasaje Ortega donde los chicutitos están en perpetua exhibición. ¡Toda una cuadra tiene la exposición, pues, oye!

* * *

Por cierto, yo creía que todo esto era nada más que habladuría, pura conversación ociosa. Pero, no pues, oye. . .

Como para matar el tiempo subimos a un minibús, y él le dice al conductor:

—Por favor, nos avisa cuando lleguemos al Pasaje Ortega, a la casa del Doctor Pedro Moreno.

El conductor pregunta:

—¿A su casa de quién, señor?

—Allí donde venden los chicutitos kimsa charani, donde los tienen en exhibición según el tamaño y la edad de los chicos.

Y mientras se acomoda bien en su asiento del minibús, exclama:

—¡No hay como el Doctor Pedro Moreno! ¡Porque saca lo malo y pone lo bueno, carajo!

Las mujeres en el minibús nos miran con extrañeza y se sonríen sin decir nada. Ellas no se pueden imaginar cómo alguien puede encontrar tanto placer en ir a comprar chicotes para ocasionarles dolor a los niñitos, y de una manera tan espectacular.

* * *

Llegamos al Pasaje Ortega, ¡y resulta que así había sabido ser, pues, oye! ¡Allí estaban expuestos los chicutitos, graduados según la edad!

Eran de lindos, que me pareció una artesanía boliviana digna de ser adquirida y promocionada. Era digna de expuesta en mi biblioteca, como materia de decoración, sobre todo pensando en su mensaje.

Me compré uno bien chiquitito, como para mi hamster. Luego me entró la tentación de adquirir como subvenir de Bolivia y del pueblo aymara toda una gama, una colección completa de kimsa charanis.

Entonces el abuelo, lleno de satisfacción por haber tenido éxito en convencerme, le pregunta a la niña que nos atiende:

—¿Y también tienes uno como para mí?

La niña no puede contener la risa cuando él se da media vuelta y le muestra las dimensiones de su culo. Los demás vendedores de abarcas y de otros objetos de cuero y de lana de llama y demás auquénidos se acercan para presenciar el gratuito show del abuelo, cuando lleno de emoción y con una alegría indescriptible da cátedra de Chicotología en la modalidad *kimsa charani*.

* * *

Uno de ellos le dice al abuelo:

—El *kimsa charani* como para usted se llama *wakan tatapa*, porque lo hacen de nervio de vaca. Este tipo de chicotes son usados para los más mañudos, como usted. . .

El abuelo se emociona con esta información, y le pregunta a la niña:

—¿Y tú, con cuál de estos chicotitos castigas a tus guagüitas, pues?

La niña sólo sonríe. Y yo le digo al abuelo:

—Higinio, ella es sólo una niña pequeña. No creo que tenga guaguas. . .

Por último, me sobrecoge la inspiración y termino comprando, no uno. . . ¡sino diez *kimsa charanis!*, de los más chiquitos, bonitos y perfectos, de modo que el abuelo se queda *ópa*.

Y me dice:

—¿Y para qué pues quieres diez chicotes, si para tu Lili Ester con uno sólo basta y sobra, pues?

Y le respondo:

—Masque después te explico.

* * *

Cuando llegamos a casa, Adriana, la vecina de al lado, no puede contener la risa al ver que traigo en mis manos ¡diez *kimsa charanis!* Ella pensaba que volvíamos de dar una vueltecita por El Prado. Y se ríe más cuando pongo en sus manos los chicotitos de puntas suavizadas, especiales para el culito de las niñas malcriadas, y los más toscos, los *wakan tatapas*, para los muchachos mañudos.

Entonces, le entra la curiosidad a la Olguita, la esposa del abuelo, ella también invidente, y me pide los chicotitos para poderlos palpar y acariciar. Y como Adriana, Olguita tampoco puede contener la risa.

Entonces el Higinio nos cuenta que entre los cambas, sobre todo en Santa Cruz, el *kimsa charani* se aplica “por arrobas”. Y cuando le pregunto qué quiere decir con eso, responde:

—Es que la arroba tiene 25 libras, ¡el equivalente exacto de 25 chicotazos!

Le digo:

—¡Qué brutos, para aplicar 25 chicotazos a un ser humano!

Me dice, atragantándose a causa de la risa:

—¡Es que los cambas se lo merecen, oye! Claro que para aplicárselos, se necesita amarrarlos de las manos y de los pies a unas estacas bien afirmadas en el suelo para tal propósito, y se les da haciendo que el kimsa charani ¡bufe en el aire, pues!

* * *

Luego nos refiere esta historia:

—Una vez un cambia se estaba burlando de mí, y yo le dije: Sí, pues, a los cambas pues les aplican el santo remedio del Excelentísimo Doctor Pedro Moreno por arrobos. . . Y de repente él dejó de reírse y de burlarse. Y su amigo que estaba con él le dijo: “¿Ya ves? ¿Para qué pues te metes con él? Paréceme que él es profeta o clarividente. . .”

Mientras Adriana nos sirve un lonchecito, se me ocurre preguntarle al abuelo:

—Sácame de una duda, Higinio. . . Todo cuanto sabes de Chicotología, ¿lo sabes por experiencia propia o es pura teoría y nada más que bla bla bla? ¿Eres chicotólogo de la misma manera que eres chanchólogo o especialista en chuchis, y que en eso nadie te puede discutir? ¿O no?

Y responde:

—¡Ay, ché! Mi mamá nunca me lo ha sabido negar pues. . . De la misma manera que les propinaba chicote a todos mis hermanos, a mí también nunca me lo ha negado, pues. . .

Y me pregunta:

—¿Y tú? ¿También conoces por experiencia propia los méritos del Excelentísimo Doctor Pedro Moreno?

Entonces, con lágrimas en los ojos le cuento mi triste historia, cuando mi mamá me aplicó al pie de la letra los consejos del sapientísimo rey Salomón en su libro de Proverbios 13:24: “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, madruga a castigarlo.”

4
**LAS BENDITAS LECCIONES
 DEL KIMSA CHARANI**



Ese día, el día entero, el abuelo Higinio me dio una conferencia magistral de “Chicotología”, la ciencia de los chicotes y de su uso terapéutico, esperando con fe que yo siguiera sus consejos y los aplicase a mi pequeña hija, Lili Ester, de diez añitos de edad, que en esos días se encontraba estudiando en el Colegio Boliviano Israelita (CBI) que quedaba a escasas dos cuadras de su casa.

Para cerrar con broche de oro, me conmina a llevarme al lugar donde venden los chicotitos kimsa charanis —que en aymara significa “de tres patas”—, para que yo mismo me convenza de la verdad de sus palabras, y me compre uno como para el culito de mi hijita.

Me dice:

—Allí los vas a ver con tus propios ojos, colgados según la edad y el tamaño de los culos de los clientes.

Como para matar el tiempo subimos a un minibús, y él le dice al conductor:

—Por favor, nos avisa cuando lleguemos al Pasaje Ortega, a la Feria del Excelentísimo Doctor Don Pedro Moreno. Allí donde venden los chicotitos kimsa charani.

Y mientras se acomoda bien en su asiento, exclama:

—¡No hay como el Doctor Pedro Moreno! Porque saca lo malo. . . ¡y pone lo bueno, carajo!

Las mujeres en el minibús nos miran con extrañeza y se sonríen sin decir nada. Ellas no se pueden imaginar cómo alguien en su sano juicio puede encontrar tanto placer en imaginar infligir sufrimiento a los chiquititos de manera tan espectacular.

* * *

Llegamos al Pasaje Ortega, ¡y resulta que así había sabido ser pues, oye! ¡Allí estaban expuestos los chicutitos, graduados según la edad de los chicos!

Eran de lindos, que me pareció una artesanía digna de ser adquirida y expuesta en mi biblioteca, como materia de decoración. Por último, me sobrecoge la inspiración y termino comprando diez kimsa charanis, de los más chiquitos, bonitos y perfectos, de modo que el abuelo se queda *ópa*.

Me dice:

—¿Y para qué pues quieres diez chicotes, si para tu Lili Ester con uno sólo basta y sobra?

Y le respondo:

—Masque después te explico.

* * *

En el camino de regreso a casa le explico al abuelo por qué me he comprado diez kimsa charanis, diez chicutitos de los más chiquitos que se pudo encontrar en la feria del Excelentísimo Doctor Pedro Moreno.

Antes le pregunto:

—¿Es verdad que los hacen de cuero de llama?

—Sí, pues. Los más grandes los hacen de cuero y de nervio de toro. Pero eso, ¿qué tiene que ver para que te compres diez chicutitos de un porrazo?

Le pregunto:

—¿Te has enterado de que la llama y los demás auquénidos del Nuevo Mundo son sus familiares de los camellos del Viejo Mundo?

—Así, pues, dicen. . .

—Bueno, Higinio, te contaré que en el próximo mes de febrero estaré en Lima dando un curso en la Santa Sede de la CBUP, y para ese curso necesito estos chicoquitos de cintas trenzadas de cuero de llama.

—¿Así? ¿Y qué curso darás, pues?

—Daré el curso de Arameo Bíblico.

—¿Y qué tiene que ver tu curso de Arameo Bíblico con estos chicutitos?

—Me gustaría ir por partes y cucharadas, para que entiendas. Te mostraré cómo mi curso de Arameo Bíblico tiene estrecha relación con estos kimsa charanis. A continuación te explicaré respecto de las lecciones y el mensaje espiritual de los kimsa charani.

* * *

Le dije que entre mis estudiantes en la Santa Sede de la CBUP tengo diez que son pastores evangélicos, y que para ellos es que quiero los chicutitos.

Me pregunta:

—¿Acaso les vas a meter huasca, oye? ¿Acaso les vas a enseñar Arameo a chicotazo limpio? ¡No, pues, oye! ¿Cómo se te ocurre darles huasca a esos señores reverendos? Además, para los culos de esos pastores estos chicotitos kimsa charani son muy chiquitos. Para ellos necesitas de los más grandes, de esos como para mi culo.

Le respondo:

—No, Higinio. Yo voy a hacerles a ellos algo que tú no te imaginas.

El abuelo presiona fuertemente mi antebrazo para que le revele el enigma, y le prometo que en el camino a casa se lo revelaré, pero que para que él pueda entender las cosas tenemos que ir por partes y cucharadas, o como dice la palabra, “¡paciencia, burro!”

* * *

Aunque parece algo difícil la explicación que el abuelo requiere, hago un esfuerzo y le digo:

—Mira, Higinio, en los desiertos de Israel y en los países vecinos, hay nómadas, beduinos que crían sus camellos, y ellos también suelen hacer de su cuero chicotitos como estos kimsa charanis, y también hacen sogas o reatas, como acá. Como ellos sólo tienen camellos, sus sogas son de cintas trenzadas de cuero de camello. ¿Y sabes cómo les llamaban en arameo a esas sogas de cuero de camello?

—¿Cómo, pues?

—Les llamaban *gamál*, exactamente como llaman al camello; porque “camello” en arameo es *gamál*. En realidad, del arameo provienen la palabra inglesa *camel*, y la palabra española *camello*. ¿Notas el parecido de estas palabras?

—¿Y eso qué importa, ché? ¿Qué tiene que ver eso con tus diez chicotitos que te has comprado en la Feria del Excelentísimo Doctor Pedro Moreno?

* * *

Le explico:

—Tiene mucho que ver, Higinio, porque me ayuda a mostrarles a mis alumnos de Arameo que Jesús no ha dicho “más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja”, sino “más fácil es que pase una soga por el ojo de una aguja”. Es decir, ha hecho un excelente uso del recurso literario de la hipérbole o exageración para ilustrarles cuán difícil es que los ricos que confían en sus riquezas puedan entrar en el Reino de los Cielos.

—¿Así dijo Jesús? ¿Y cómo sabes eso?

—¡Muy fácil, abuelo! Así está escrito en la Biblia en el idioma en que solía predicar Jesús a las multitudes, que era el Arameo. Esta versión de la Biblia en arameo se llama La Peshita.

—¿Y por qué en nuestras Biblias dice “más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja”?

—Porque los traductores al griego tradujeron “camello” en lugar de traducir “soga”.

—¡De veras que el Arameo ayuda a entenderle a Jesús, oye!

—¡Claro, pues, abuelo! Porque una aguja se ensarta con una hebra de hilo que es, estructuralmente hablando, igual que una soga, pero infinitésimamente más delgada.

* * *

Cuando nos acercamos a nuestra casa, el abuelo insiste:

—Pero no me has dicho, oye, ¿para qué te has comprado diez kimsa charanis?

—Sí te dije, abuelo, pero o no me prestaste atención o no me creíste: Son para mis diez estudiantes en la Santa Sede de la CBUP que son pastores evangélicos. . .

—¿Para qué? ¿Para ellos?

—Se trata, nada más, que de un regalito de cortesía, para que los conserven después de haber entendido bien las palabras de Jesús en la Peshita.

Añado:

—Además, ellos pueden colgarlos de un clavito en la pared de sus oficinas pastorales, como símbolo de su autoridad pastoral, porque la huasca nunca estará de más en la tierra, y porque en el cielo ellos mismos no tendrán nalgas para poder recibirla con placer, porque serán como los ángeles del cielo, que son espíritus sin cuerpo.

Añado:

—Además, ellos se sentirán muy honrados al recibir todos, sin discriminación de ninguna clase, estos lindos *souvenirs* de Bolivia. ¿No te parece?

Y el abuelo prorrumpe en carcajadas:

—¡Ah! ¡Era para regalarles! Yo pensaba que era para meterles el Arameo a puro kimsa charani, ¡a chicotazo limpio, carajo! Yo estaba pensando en mis adentros: ¿Cómo, pues, les va a dar huasca éste, siendo ellos unos señores reverendos?

* * *

Cuando llegamos a la parada del minibús que está más cerca de nuestra casa, el abuelo interrumpe y dice:

—Pero, ¿hay alguna lección o lecciones en el hecho de que Jesús se haya referido a una sogá entrando por el ojo de una aguja y no a un camello?

—Claro, Higinio. Porque si se hubiera referido a un camello sus palabras significarían que el volumen estorba para entrar en el Reino de los Cielos. En tal caso, los pastores con púlpito incorporado, los pastores panzones, todos ellos estarían excluidos del Reino de los Cielos.

—¿Y en qué cambia las cosas que se haya referido a una sogá?

Le digo:

—La sogá es un conjunto de fibras trenzadas. . . Jesús no está pues pensando en volumen, sino en valores. Los valores son como fibras trenzadas. Generalmente, los ricos, aparte del valor que podrían adjudicar al Reino de los Cielos, tienen la tentación, más que los pobres, de intentar meter consigo sus propios valores, intrincadamente trenzados e inseparables a los cuales generalmente dan más valor que al mismo Reino de los Cielos.

—¿O sea que los ricos estamos fregados?

—No, Higinio, si aprendemos a considerar el valor del Reino de los Cielos en grado sumo, como una perla de gran precio, que para poseerla uno se deshace de todo lo que tiene, de todo lo demás, de todos sus valores. Y una vez dentro del Reino de los Cielos, uno ya puede tomar en cuenta también otros valores adicionales de manera supeditada y sabia. Muchos ricos así terminan siendo mucho más ricos y a la vez generosos y desprendidos, ¡y se jaranean de lo lindo! Aparte de esto, la ilustración de la sogá es excelente, científicamente hablando. . .

—¿Cómo así, pues, oye?

—Una sogá puede ser convertida en una fibra más delgada que un hilo si eliminas todo su espacio intermolecular que hay entre sus fibras, y seguirá teniendo la misma manufactura y contextura. . .

* * *

El abuelo camina repitiendo la palabra “hipérbole”, “hipérbole”, “hipérbole”. Y le digo:

—Veo que te ha impresionado el uso genial que Jesús hace de la hipérbole o exageración. . . ¿Quieres que te dé otro ejemplo de su uso de la hipérbole?

—¡A ver, ché!

Y le digo:

—Jesús no ha dicho: “Tú que miras la paja en el ojo ajeno y dejas de ver la viga en tu propio ojo. . .”

—¿Y cómo, pues, ha dicho, oye?

—El ha dicho: “Tú que miras la astilla en el ojo ajeno y dejas de ver la viga en tu propio ojo. . .”

Y añado:

—Como verás, entre una astilla y una viga existe relación, porque la astilla sale de la viga. ¡Pero qué comparación de proporción hay entre una astillita y una enorme viga!

Y añado:

—Si me preguntas cómo sé que Jesús dijo “astilla” y no “paja”, te diré, como en el caso de la “soga”, que así dice la versión aramea de la Peshita.

—¿Así? ¿Y cómo, pues, se dice “astilla” en arameo?

—Se dice *gila*. Y en la jerga de Lima Limón, una “gila” es una costilla, una mujer bonita, y por lo general una gila es una astilla que te hace ver estrellas, conforme a la palabra que dice:

*Aquel que bien se casa
con mujer bonita,
ni cien curanderos famosos
el susto le quitan.*

El abuelo se ríe estrepitosamente, y dice, atragantándose:

—¡Y yo que pensaba para qué querrá este loco llevar estos chicotitos kimsa charani para los venerables pastores de la CBUP!

* * *

Le digo:

—Además, científicamente hablando, esta historia acerca de la relación que hay entre una sogá y un camello, que era el único animal de servicio que tenían los beduinos en el desierto, donde no hay ni cuyes ni coches demuestra científicamente que Jesús solía dirigirse a las multitudes en Arameo.

—¿Cómo así, ché? ¿Acaso no lo hacía en Hebreo, el idioma santo?

—Está comprobado científicamente que Jesús utilizaba el hebreo cuando enseñaba a sus discípulos, que como él eran todos judíos, y entendían sus profundas lecciones en hebreo. Pero cuando hablaba a las multitudes lo hacía en arameo, el idioma tanto de judíos como de no judíos. El arameo era el segundo idioma de los judíos, y era muy usado para contar chistes y cosas no muy santas. . . A Jesús le encantaba el Arameo, y a mí también. Yo ya me he leído el Nuevo Testamento en Arameo varias veces. Es un idioma muy sencillo y alhajita. . . ¡todo lo opuesto del español y peor del francés!

—¿Y cómo pues se sabe científicamente que Jesús hablaba en Arameo a las multitudes?

—¡Facil! Su recurso a la analogía de “soga” y “camello”, porque las sogas eran hechas de cintas de cuero de camello es una evidencia de que solía hablarles en arameo. También su analogía de “viga” y “astilla” es evidencia de su uso del arameo, entre otras varias evidencias. Porque en hebreo “astilla” no se dice *gila*, como en arameo, sino *keisám*. Y en hebreo moderno, se le llama *keisám* al palillo mondadientes que usas para limpiarte los dientes después de haber comido. Bueno, aparte de estas interesantes palabras arameas que son muy diferentes del hebreo, el hebreo y el arameo son bastante parecidos, porque son idiomas semíticos. Son idiomas hermanos. El árabe también es un idioma semítico y actualmente es el segundo idioma oficial en Israel como lo era el arameo en los tiempos de Jesús.

—¡Muy interesante, ché! ¿Y tú sabes árabe también?

—¡Claro, Higinio! En tantos años que viví en Israel, algo de árabe tenía que aprender, ¿no crees? También estudié algo de árabe en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Por ejemplo, la palabra “joya” o “alhaja”, en árabe se dice *alajapalagila*. Claro, en el árabe de Lima Limón. . .

5 UNA REBENQUEADA CON SUMO AMOR

Cierta vez, en Celendín, mi ciudad natal, una pandilla de muchachos mataperros y quemasangres le estaba haciendo bromas pesadas a Don Salomón, en la puerta de su sastrería que estaba a dos cuadras de mi casa, doblando la esquina hacia abajo, en dirección del Río Chico.

Para que te hagas una idea de qué edad serían esos muchachos, te diré que yo tendría siete años, y los más grandes no pasaban de diez. Estamos hablando, pues, de niños pequeños.

En esos días, cuando no había luz eléctrica en Celendín, en esa cuadra Don Salomón era el único vecino que tenía su puerta iluminada con una poderosa lámpara Petromax para trabajar de noche en su taller con buena iluminación. Y como la luz atrae a los insectos, todos aquellos muchachos malandrines estaban junto a su puerta burlándose de él. Y dio la casualidad que yo pasé por allí, y me atraieron la luz y los muchachos, así que me detuve de lejos a mirar lo que ocurría. Para nada yo participaba del mal proceder de esos chicos malos, entre los cuales del único que me acuerdo que estaba allí, era del Nelo Quiroz. Es más, estuve sólo un ratito, pues me dirigía cuesta arriba a mi casa, a dormir temprano. Pero en ese ratito pude ver algo de lo que ocurrió allí.

* * *

Ocurrió que, como Don Salomón simulaba no prestar atención a las sonseras de esos mataperros, ellos pasaban de una cosa o de una palabra fea a otra peor. Hasta que por último, uno tuvo la desfachatez de bajarse su pantalón y mostrarle su culo que fue iluminado por la poderosa luz del taller de sastrería con el fondo de la densa oscuridad de la noche celendina.

Don Salomón hizo vista gorda de este performance, y yo no vi nada más, porque me dirigí cuesta arriba a mi casa y a mi cama. Debí haber estado cansado de recorrer las calles y las pampas y de andar por ellas. Es más, lo acontecido no me ocasionó ninguna gracia, y de hecho olvidé hasta el mínimo detalle.

Después de varios días me enteré que en un momento de descuido Don Salomón les había arrojado en la cara una basenica llena de orines que tenía junto a su máquina de coser Singer, y de este modo hizo que los muchachos desaparecieran como por encanto.

* * *

Don Salomón no haría más esa noche, salvo acabar de hilvanar una prenda, apagar su lámpara Petromax, y cerrar y trancar la puerta de su taller.

Al día siguiente se levantó bien de madrugada y se fue a la casa de cada uno de los muchachos que le habían faltado el respeto en la noche anterior. Y por supuesto, no se fue a mi casa, porque el angelito que habla era limpio de polvo y paja.

El hombre se mostró sumamente airado y les dijo a sus padres que si no tomaban cartas en el asunto, él iría a sentar denuncia en el Puesto de la Guardia Civil contra cada uno de los muchachos que estuvieron haciendo tales cosas vergonzosas en su puerta.

De esta manera les conminó a los padres de cada uno de los muchachos: “Esto es lo que ha ocurrido anoche. He averiguado bien, y he llegado a saber que fue su hijo el que se bajó su pantalón y me mostró su culo. Todos los vecinos son testigos de que ha sido él, y no otro. Si usted no actúa inmediatamente y castiga a su hijo, yo voy ahora mismo a sentar denuncia en el Puesto de la Guardia Civil. Usted dirá qué prefiere: ¡O disciplina a su hijo o lo mando meter en la cárcel!”

* * *

Me imagino que a todos los chicos que estuvieron importunándole en su puerta les cayó encima una ejemplar rebenqueada, y los pobres muchachos, para aminorar el dolor del castigo, dizqué decían: “Yo no he sido, mamita. ¡El Roque ha sido! ¡El Roque ha sido!” —es decir, yo, porque mi apodo de niño era “Roque Peloduro”, por el muñeco de un ventrílocuo que llegó a Celendín al cual yo imitaba cuando lo hacía hablar—.

Al escuchar hablar del Roque, a pesar de que yo prácticamente no estuve presente en el lugar de los hechos, porque sólo pasé por su puerta, quizás disminuyendo la velocidad de mis pasos, también fue a mi casa y después de despertar a mi mamá, le dijo: “Su hijo fue el que se bajó su pantalón y me mostró su culo. Todos los vecinos son testigos de que ha sido él, y no otro. Si usted no actúa inmediatamente y castiga a su hijo, yo voy ahora mismo a sentar denuncia en el Puesto de la Guardia Civil. Usted dirá qué prefiere: ¡O disciplina a su hijo o lo mando meter en la cárcel!”

A la vista está que este discurso se lo había aprendido de memoria.

* * *

Don Salomón había estado previamente en la casa de su vecino más cercano, que tenía su sastrería a pocos metros, en la esquina. El era don Mariano Pereyra, quien como buen padre adventista casi lo mata a palos a su hijo, que también se llamaba Mariano, que era un muchacho ejemplar, disciplinado, respetuoso, que comía sin chistar su sopa de habas, que lavaba su plato después de comer, y que también le ayudaba a su papá en la confección. El pobre muchacho, seguramente ni siquiera sabía por qué le trituraron sus carnes a rebencazos.

En cuanto a mí, mi mamá entró de repente al dormitorio y le dijo a mi papá con profundo amor:

—Esto dice Don Salomón, y todos confirman que tu hijo ha sido. ¿Qué prefieres? ¿Qué le dé su maja o que me lo metan a la cárcel a mi hijito?

Mi papá no dijo nada, ni tampoco hizo nada para librarme de la maja desnuda. El solamente se dio la vuelta en la cama y se chucó bien con la frazada, mientras mi mamá sacó de su refugio secreto el rebenque (que era de la modalidad del kimsa charani de los indios aymaras de Bolivia), que estaba hecho a manera de reata, es decir, de cintas trenzadas de cuero de toro, y terminaba en su extremo en cintas sin trenzar, para distribuir el efecto del rebencazo de manera proporcional e incrementada, como dice la palabra: “Con reacción en cadena.”

* * *

Aquel fue el amanecer más doloroso de toda mi existencia:

En primer lugar, porque yo recién me acababa de despertar y, soñoliento, no salía de mi asombro ni sabía por qué me castigaban.

En segundo lugar, porque me dieron como dice la palabra: “¡A culo limpio!” —Porque me sacaron de la cama y no me dieron tiempo para ponerme mi pantalón—.

En tercer lugar, porque en su ignorancia de lo que realmente enseña la Biblia, mi madre evangélica puso en práctica al pie de la letra las palabras del sabio rey Salomón en Proverbios 13:24 que dicen en la versión arcaica de la Biblia Reina-Valera de 1909 que ella tenía: **“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, madruga a castigarlo.”**

—¡O sea que te dio una demostración de su acendrado amor!

—Tomándolo por el lado amable, ¡pos sí!

* * *

Pero el asunto no terminó allí nomás, pues temerosa de que todo lo que me dio no fuera suficiente para librarme de ir al infierno y a la cárcel pública, si acaso me encontraban ese día aplanando las calles de Celendín, se precavió de meterme ella misma en la cárcel de nuestra casa: Me metió en el Cuarto de Amasar, y le puso candado.

Así pasé todo el santo día encerrado bajo llave, sin más ganas como para hacer un hueco en el tapial y escapar por la huerta del vecino de atrás.

Y para colmo de colmos, dio la casualidad de que aquel día era fiesta de guardar, y bajaron cargamontón a nuestra casa en José Gálvez 714 mis sobrinos, el Wili y todititos los Tavera, so pretexto de que “estaban envitáus”. Y me hervía la sangre cuando el Paco Tavera y su escalera de hermanitas pegaban, en turno y según su tamaño, sus ojazos a la rendija de la puerta para contemplarme allí adentro en medio de la oscuridad, como un león en su jaula.

De este modo, en todos los rincones de la ciudad de Celendín corrió la noticia de que yo pobre estaba preso en el Cuarto de Amasar, que para algunos que no escucharon bien no era otra cosa que el Cuarto de Rescate del Inca Atahualpa.

* * *

Esperaba que mi suegro se riera o por lo menos se compadeciera de mí al escuchar esta historia mía, porque la primera vez en mi vida que probé el kimsa charani fue siendo inocente y limpio de corazón.

Pero, no, ché. Eso más bien le incentivó para ampliar sus comentarios bíblicos, y he aquí que dijo:

—¡Claro, pues, ché! Sabio tenía que ser, pues. . .

—¿A quién te refieres? ¿A Don Salomón, el sastre de Celendín?

—Me refiero al sabio rey Salomón, que escribió el famoso libro de Los Proverbios de Salomón. Y lo que hizo tu mamá fue igualmente sabio, porque si te dejaba escapar de la cama, ¡seguro que ya no te podía volver a agarrar para demostrarte su amor madrugando a

darte huasca! Es que así son los muchachos, pues. Por eso los padres tienen que proceder con sabiduría.

Yo le digo:

—Pero, Higinio, ¡te dije que yo era totalmente inocente de aquel culicidio!

Y él responde, sin prestar atención a la ilación de la conversación:

—La misma Palabra de Dios, y de manera especial el libro que escribió aquel hombre sabio y que sabía bien lo que decía, me refiero al Doctor Salomón, la misma Biblia dice que a los muchachos hay que agarrarlos en el momento preciso, es decir, de madrugada y bien abrigaditos en su cama. Si no, ni modo, ché. . . Se escapan y no hay manera de poderlos agarrar en todo el santo día, porque los muchachos corren más que sus padres, pues. . .

* * *

Los vecinos del Pasaje Corneta Mamani se fueron acercando, atraídos por el interesante tema de nuestra conversación. Y le pregunto:

—¿Dónde dice la Biblia que hay que sorprenderlos en la cama, de madrugada?

Responde:

—En Proverbios 13:24 dice el Doctor Salomón —y enfatiza cuando dice “el Doctor Salomón”, como quien lo identifica con el “Doctor Pedro Moreno que saca lo malo y pone lo bueno”—: “El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, madruga a castigarlo.”

Y añade:

—Sabio, pues, tenía que ser, ché. . . ¡Mi amigo, el Doctor Salomón! ¡Es que él sabía bien cómo son los muchachos, pues, oye!

Le digo:

—Higinio, ese texto no hay que tomarlo de manera literal. Es más, sin miedo a la candela del infierno me atrevería a decirte que la traducción de ese texto al español en tu Biblia arcaica, es una traducción deficiente. . .

Al hombre se le sube el indio cuando le digo que su Biblia es una traducción arcaica y deficiente, y responde:

—Pienses lo que pienses y digas lo que digas, sigue siendo lo más efectivo, ¡y te lo recomiendo para tu hija Lili Ester, oye! Además, a quien madruga, Dios le ayuda, ché. ¡Ay, caray! Nada ni nadie se le puede comparar al Excelentísimo Doctor Pedro Moreno. . . ¡porque saca lo malo y pone lo bueno, carajo!

* * *

Esa no sería la primera vez que conversábamos al respecto de lo que pensaba el abuelito Higinio que mi hija Lili Ester estaba pidiendo a gritos: La aplicación de la consagrada estrategia del Excelentísimo Doctor Pedro Moreno, que no es otra cosa que la versión cruceña de la sabiduría del Excelentísimo Doctor Salomón, autor del libro de los Proverbios que forma parte de la Biblia.

Esa no sería la primera vez, ni tampoco la última, porque el abuelo persistía en sus trece, y nadie ni nada le podría convencer de que lo que dice Proverbios 13:24 no significaba lo que él y mi madre interpretaban de manera tan literal y dogmática.

Pero si bien nunca pude hacer que el abuelo Higinio prestara oídos a otra posible manera de interpretar el texto bíblico, por lo menos espero que tú sí prestarás atención a lo que digo a continuación. . .

* * *

En el idioma hebreo, el idioma en que está escrito el libro de los Proverbios de Salomón, en la lacónica expresión *shijaró musár*, que se ha traducido “madruga a castigarlo”, la palabra *shijaró* no es propiamente un verbo, “madruga”, sino un sustantivo utilizado como verbo. Dicho sustantivo solo es *shájar*, “aurora”, la primera fase del día iluminado por la luz solar, cuando la esfera del Sol aún no se hace visible.

De la misma manera, la palabra que se traduce “a castigarlo” tampoco es verbo, sino sustantivo: *musár*, palabra que se traduce, “disciplina”.

De modo que una traducción científica de este texto sería así: “El que ama a su hijo le imparte disciplina desde la aurora de su vida” —es decir, desde temprano en su vida, o en la primera fase de su vida—. Y la disciplina no es necesariamente rebenqueada.

* * *

El corolario de nuestra traducción científica sería el siguiente: La disciplina ha de ser aplicada desde temprano en la vida, porque si empieza a ser aplicada tarde, lo que ha crecido torcido ya no se puede enderezar. Tal es el caso de los niños engreídos, que en inglés se les llama *spoiled*, o “echados a perder”.

Del mismo modo, la disciplina no es necesariamente huasca, rebenqueada, chicotazo, sino que puede ser la palabra oportuna, la enseñanza programada, el consejo sabio, sin que descartemos de vez en cuando la disciplina física, conforme está escrito en el libro de ese sabio, el Moisés Chávez, *Los 500 Proverbios de Moisés* N° 268, que dice:

*La corrección de las almas
se recibe en las nalgas.
Este hecho es testigo
de que hay lugar para el castigo,
para el castigo corrector.*

* * *

Con el Higinio terminamos como siempre: El no me convenció, ni tampoco yo le pude convencer a él. Por tanto, tomé en mis manos la bolsita con los diez kimsa charanis para culitos de guaguas que me compré como *souvenir* y me dirigí a mi casa en Alto Sopocachi acompañado de mi hijita Lili Ester.

En el minibús, contemplo con amor mis diez kimsa charani, y entonces vuelve a mi mente la maja que recibí aquella amarga madrugada. Aquella fue una espectacular “maja desnuda”. Porque en Celendín, “maja” significa “rebenqueada”, “huasca”; no como en España, que significa “mujer hermosa”, como la Maja Desnuda que pintó Goya.

Cuando llegamos a nuestro departamento en el condominio del Pasaje Huasca, que digo Gasco, suspiro hondo y le digo a mi hija Lili Ester:

—De todos modos, valió la pena esa rebenqueada con amor que me dio mi mamá esa fría madrugada en Celendín. Porque si no me hubieran dado mi maja desnuda con rebenque de reata de nervio de toro y a culo limpio, hoy por hoy no tuviera nada qué contar sobre el particular —ni hubiera podido escribir esta historia para tu deleite y el mío—.

6 LA APUESTA DE LOS SEIS DIAS

Ocurrió durante la Guerra de los Seis Días, en junio de 1967. Don Higinio Peña de Cuéllar, se encontraba trabajando en la fábrica Figliossi, en la ciudad de La Paz, Bolivia. El era uno de tres obreros invidentes.

Eran los días de gloria de la Figliossi, la única fábrica de galletas en Bolivia, que además, abarcaba los rubros de harina, fideos, caramelos y bombones con licor. La Figliossi tenía su propio molino y su cadena de distribución, y daba empleo a 400 trabajadores.

Don Higinio trabajaba en la Sección Papelería. Juntamente con sus compañeros invidentes, producían las bolsas de papel madera y de celofán para el envasado de los productos, y dadas sus características de líder nato, se convirtió también en dirigente sindical e interlocutor entre la empresa y los obreros.

Simultáneamente, tenía una vida muy activa en la Iglesia Evangélica pastoreada por el hermano Arturo Arana, famoso “ex fabricante de dioses” que se convirtió al evangelio y fundó las iglesias de la UCE (Unión Cristiana Evangélica), pastoreando la principal de ellas, la “Dios es Amor”, que queda en la Avenida Saavedra, en la ciudad de La Paz.

* * *

Sus compañeros de trabajo se burlaban de su apego a la Biblia y al evangelio, con sus resultados no tan apreciados por la mayoría: Puntualidad, honestidad y responsabilidad.

No obstante que don Higinio era tan hermoso físicamente, una bien sazónada mixtura de Frank Sinatra y Clark Gable, era un hombre de su hogar y de su fe, lo cual lo excluía de las diversiones de los demás: Mujeres, alcohol, drogas, prestes, etc.

Por supuesto, algunos burladores, como los mencionados en el Salmo 1, intentaban hacerle objeto de sus burlas y bromas, pero se daban un contrasuelazo, porque su personalidad hermosa estaba coronada con sabiduría e inteligencia muy por encima de lo común y lo corriente. Por la misma razón, él tenía siempre a la mano un versículo memorizado de la Biblia para cada prueba y para cada ocasión, como cuando alguien pedía huasca a gritos, conforme a la Palabra que dice: “¡Mas bienaventurada cosa es dar que recibir!”

* * *

En la Figliossi, él fue el primero en hacer comentarios acerca de la guerra declarada a Israel en 1967 por cinco estados árabes: Egipto, Siria, Jordania, Iraq e Irán —seis si incluimos también a la potencia mundial que diseñó la decisiva victoria árabe: La Unión Soviética.

La cantidad de sus armamentos y efectivos militares, además de tantos países del mundo árabe, daban a Israel poquísimas posibilidades de salir airoso y asegurar su existencia.

Como todo el mundo, los compañeros de trabajo de don Higinio en la Figliossi, pararon la oreja, y como él era Pro-Biblia y Pro-Israel, lo que equivalía a decir Pro-Judío, fue fácil que se formara ante su postura, otra postura marcadamente contraria y hostil.

Don Higinio decía:

—Israel va a ganar la guerra, carajo.

Sus compañeros de trabajo le decían:

—¡No, pues, oye! ¿Cómo va a ganar Israel? ¡Pero si lo van a hacer papilla!

Y otros iban más lejos, solidarizándose con los enemigos de Israel:

—¡Va a perder! ¡Mejor que desaparezca de una vez del mapa, oye!

El les decía:

—Va a ganar Israel, porque está profetizado en la Biblia.

Ellos le decían:

—¡No, pues, oye! ¡Está claro que le ha llegado su fin!

* * *

Entonces, a los más agresivos de los obreros de la Figliossi, se les ocurrió hacerle una maldad al pobre ciego. Y prácticamente, le rogaron con insistencia, diciendo:

—¡Apostaremos, pues, oye! ¡Apostaremos a quien gana la guerra! Tú apuestas a que gana Israel, y nosotros apostamos a que ganan los árabes.

Las apuestas entre los obreros siempre han sido un medio de distracción, pero se estaba planteando una apuesta muy desigual: ¡Uno contra un montón!

Don Higinio no quería apostar, no por nerviosismo y temor a perder, sino porque, como evangélico, no veía bien las apuestas. Pero a tanta insistencia, aceptó, y acordaron que fuera por un PLATO EXTRA, es decir, a la carta, aparte del menú del almuerzo.

Dicho plato extra, especialmente preparado para los altos ejecutivos de la empresa Figliossi, costaba 30 pesos, mucho, mucho, mucho más que un menú regular. Pero como todos estaban seguros que Israel sería destruido tras una guerra larga, pero decisiva, se hicieron cargamontón para apostar contra él, porque si él perdía, que era lo lógico, él tendría que pagarles su PLATO EXTRA a cada uno de los que se incluían en la lista de apostadores contra él. Sería una pérdida extraordinaria y penosa para un obrero, sobre todo para un hombre ciego.

* * *

Muchos se sumaron a los apostadores diciendo:

—¡Yo apuesto!

—¡Yo apuesto!

—¡Yo apuesto!

El número total de los inscritos era 45, lo que equivalía a 45 PLATOS EXTRAS. Era, para ser honestos, semejante a todos los países árabes contra un estado judío, Israel.

Y don Higinio, confiando en lo que dice su Biblia, aceptó a todos los apostadores, no sin una gran descarga de adrenalina.

* * *

Pero don Higinio puso una condición: Que le dieran cada uno de ellos una ficha equivalente a 30 pesos. Y si él perdía, devolvería a cada uno de los apostadores dos fichas o lo equivalente: 60 pesos.

Como al comienzo todos le presionaron a él, ahora era su oportunidad de presionarles a ellos, y si no aceptaban su condición, no habría apuesta.

Mira, que con gran regocijo, 45 hicieron cola para darle sus fichas de 30 pesos, porque le respetaban y creían en su honestidad a carta cabal.

La apuesta de don Higinio incrementó las ventas diarias de los periódicos en la esquina de la Figliosi, porque desde ese día todos se aparecían a diario con su periódico bajo el brazo, para escuchar las noticias del Medio Oriente. Pero a don Higinio se le ocurrió algo mejor: Llevó un pequeño radio a pilas que todos podían escuchar mientras realizaban su trabajo, sin disminuir el ritmo de la producción.

* * *

Las noticias eran tensas: Egipto le había bloqueado a Israel su salida al Océano Indico por la cuenca del Mar Rojo. El puerto israelí de Eilat estaba totalmente paralizado, anulado. Eso había logrado el presidente egipcio Abdel Nasser al instalar maquinaria destructora en el Estrecho de Tirán para pulverizar cualquier barco israelí que intentara romper el cerco marítimo. Y los tanques y maquinarias bélicas de todos los países árabes se disponían en las líneas del armisticio de 1948, listos para estrangular a Israel por todos los lados. Rusia les había provisto de los aviones más sofisticados de combate: Los Mig 16.

En la tribuna de las Naciones Unidas, Israel hacía esfuerzos desesperados para atraer la atención mundial a fin de evitar la guerra, mientras el cerco alrededor se ajustaba y las estaciones árabes de radio y televisión hablaban ya de arrojar a todos los judíos al mar.

* * *

En la mañana del 14 de junio, las 45 personas que apostaron contra una sola, don Higinio, hicieron cola en las puertas de la Figliossi para recibir 60 pesos cada uno, un total de 2.700 pesos.

Cuando se abrieron las instalaciones de la Figliossi, los más osados se abalanzaron a encender el pequeño radio a pilas que don Higinio había llevado, y se quedaron helados al escuchar las noticias: En minutos, Israel había destruido toda la aviación de Egipto por el sur, de Siria por el norte, y de Jordania por el este.

Los israelíes hicieron algo que jamás los estrategas militares de las potencias mundiales soñaron que pudiera ser posible. En un minuto hicieron correr a nivel mundial la voz de que la guerra estalló, a fin de que simultáneamente todos los países de alrededor encendieran los motores de sus aviones Mig rusos para bombardear Israel. Y los motores encendidos emitían más calor cuando los aviones destructores de Israel llegaban a tiempo para lanzar bombas inteligentes fabricadas para dirigirse sin fallar a todo foco de calor en los aeropuertos militares. Y por si algunos blancos pudiesen fallar, otros aviones israelíes dejaron caer bombas de efecto retardado que se hundieron en las pistas de los aeropuertos militares para explotar en el momento en que algún otro avión, de cualquier tipo intentara despegar.

Así Israel dominó el aire del Medio Oriente y con sus poderosos aviones Mirage apoyó el avance de sus fuerzas de tierra que penetraron dentro de Egipto y de Siria y

replegaron las fuerzas de Jordania hasta detrás de la línea del Jordán, liberando para siempre a Jerusalem de los pies de los gentiles que la hollaron por milenios.

* * *

La victoria israelí dejó al mundo paralizado de asombro y de pánico. Seis días duró el dominar el territorio de los países limítrofes la tierra y tener bajo su control a Jerusalem, pero la victoria en realidad se logró en pocos minutos. De todas maneras, la equivalencia es de un día para derrotar a cada país enemigo, incluido Rusia, el asesor militar de los países árabes. Ya te puedes imaginar la humillación que sufrió Rusia al ver destruidos en minutos los aviones que había fabricado durante muchos años, sin que siquiera pudieran despegar del suelo.

Los apostadores de la Figliossi vieron perdida su apuesta, y entristecidos y furibundos, por 45 días contemplaban a don Higinio disfrutando como rey de sus PLATOS EXTRA, en las instalaciones de lujo de la Figliossi, juntos con los más altos ejecutivos de la empresa.

Un día se servía “lomo montado”. Otro día disfrutaba de un “silpancho gigante”. Otro día era pejerrey, o truchas, o sábalo en escabeche o en salsa angelical. Otro día era un majestuoso “fricasé de cuchi”. Otro día era “plato paceño con abundante queso de cabra”. Otro día era una pizza entera, para él solo. Y a diario recibía de yapa un platazo de caldo de cardán a base de testículos de toro, bien licuados; famoso afrodisíaco boliviano que a cualquiera lo convierte en un toro semental.

* * *

Los hombres y mujeres de prensa se enteraron de este acontecimiento, y le entrevistaron mientras él degustaba los platos más suculentos, con un babero de lujo, al estilo de la “dolce vita”.

El responde:

—Aposté con uno, y cuando se enteraron los demás, 45 se sumaron a la apuesta, porque para ellos el resultado de la guerra era evidente. Sólo un loco o demente podía apostar en otra dirección. Así que tuve que reaccionar “a lo macho”. Sí, Pues, oye. El ganador o ganadora fue mi panza.

—Y sus contrincantes, ¿sólo le miraban de reojo cuando disfrutaba de sus 45 PLATOS EXTRA, o decían algo?

—Decían que soy brujo. De otra manera, ¿cómo es posible explicar que yo supiera quién iba a ganar la guerra?

—Y usted, ¿qué les respondía?

—Yo les decía que ellos son perdedores porque no leen la Biblia. Les decía: “¿Ya ven lo que les pasa por no leer la Biblia?”

Y concluye:

—Ahora me arrepiento en polvo y ceniza de haber aceptado su propuesta de 30 pesos por cabeza. Si yo hubiera propuesto e insistido en 100 pesos por cabeza, hubiera ganado 4500 pesos en seis días. ¡Claro, pues, oye!

* * *

Esta historia muestra elocuentemente algo que caracteriza a los evangélicos de todo el mundo: Salvo rarísimas excepciones, el 99.90 por ciento de los evangélicos somos sionistas como don Higinio, un fenómeno que hay que considerar con más seriedad.

Este fenómeno tiene otro lado de la moneda: Israel no conoce estos hechos, ni tampoco le importa conocerlos. Es algo que nos apena mucho, pero no cambia nuestro afecto.

7
**EL ASTRONOMO
DE VALLEGRANDE**



**El Higinio, Amandita y Olguita Pastén
que tanto aman al mundo**

Gracias a la motivación del abuelito Higinio, yo podría escribir el primer manual de astronomía para ciegos, especialmente para ciegos de nacimiento como él. Llevaría por título, *Astronomía Analógica*, por explicar los conceptos mediante analogías o comparaciones. Analogías es algo que hacen a menudo los comunicadores en los programas de televisión que tratan sobre el Universo, pero no existe un manual de astronomía analógica sistematizado como el que venimos generando en el tiempo y en el espacio el abuelito Higinio y vuestro humilde servidor.

Es posible que no se le había ocurrido referirse a los temas de la astronomía, que ahora copan todo su interés, y quizás nadie hubiera podido tener la paciencia de corresponder a sus inquietudes, hasta que en la gracia de Dios él llegó a mi vida, pues me casé con su hija, una hermosa cholita paceña. Desde entonces, sus interrogantes sobre astronomía han sido para mí un reto y al mismo tiempo una gran inspiración.

* * *

Nuestra conversación sobre astronomía se proyecta inevitablemente a los confines del Universo, a distancias que equivalen a billones de años luz.

Empiezo por responder sus preguntas respecto del Sol, la estrella más cercana a nosotros, alrededor de la cual gira nuestro planeta Tierra.

El pregunta:

—¿De qué tamaño se lo ve al Sol, oye?

Le digo:

—Se lo ve del tamaño de tu cabeza; una bola de fuego que no se lo puede mirar directamente, sino a través de los 100 kilómetros de atmósfera que cubren la Tierra y con filtros adicionales para proteger los ojos. No se lo puede mirar de frente porque te vuelve ciego.

* * *

El Abuelo sigue preguntando:

—¿Y a la Luna? ¿Cómo se la ve?

—Se la ve del mismo tamaño del Sol, porque está muy cerca de la Tierra; pero en realidad es millones de veces más pequeña que el Sol. La Luna es un satélite porque gira alrededor de un planeta, la Tierra. Y juntos la Luna con su planeta Tierra giran alrededor del Sol, que es una estrella.

El hombre, admirado expresa, juntos con su esposa Olga, también invidente, su pánico respecto de las potencias del cielo, y pregunta:

—Y la Tierra, con relación al Sol, ¿de qué tamaño es?

—La Tierra es un millón trescientas mil veces más pequeña que el Sol. En realidad, la Tierra es una pequeña gotita del Sol que ha salpicado y se ha enfriado a lo largo de billones de años. Si tomas la vasija en que te lavas los pies, el Sol tendría ese diámetro, mientras que la Tierra sólo sería del tamaño de una arveja. Imagínate a qué distancia estaremos del Sol como para verlo del tamaño de tu cabeza, y que en lugar de ser fuente de muerte a causa de sus grandes temperaturas sea fuente de vida para todos los habitantes de la Tierra. Eso es porque el Sol se encuentra a 150 millones de kilómetros de la Tierra.

* * *

El abuelo Higinio es un creyente evangélico con sus pies bien asentados sobre su Biblia en Braille, y queda admirado del poder y la grandeza de su Dios. Y se asombra del hecho de que el Creador del Universo haya escuchado a un hombre, a Josué, que le ordenó al Sol diciendo: “¡Sol, detente en Gabaón, y tú, Luna, en el valle de Ayalón!” para que se alargara el día y los hijos de Israel tuviesen tiempo suficiente para deshacerse de sus enemigos, los amorreos.

Yo, que gusto contradecirle en todo, porque como dice la palabra, soy shilico pata fría, y todos los shilicos somos quemasangres por naturaleza, le respondo a boca de jarro:

—¡Eso no ocurrió, Higinio!

Al hombre se le sube el indio y exclama:

—¿Cómo que no ocurrió? Eso es lo que dice la Biblia. . .

En este punto, el hombre empieza a descontrolarse, de modo que le ruego que me escuche con calma.

* * *

Le digo:

—El día y la noche no depende del movimiento de traslación del Sol, sino de la rotación de la Tierra alrededor de su eje.

Con mis dos manos lo tomo de sus hombros y lo ubico frente a mí. Y le dijo:

—Digamos que tú eres la Tierra y estás mirándome a mí, que soy el Sol, entonces yo te alumbro y te abrigo; y es de día.

Le hago girar alrededor de su eje, y el hombre se deja, lleno de emoción por entender estas maravillas del cosmos.

Le digo:

—Ahora que me estás dando la espalda, tu espalda está de día, y tu frente está de noche porque está al lado opuesto del Sol, es decir, de mí.

* * *

Y paso a explicarle lo que ocurrió en Gabaón, después que se asombra cuando le digo que yo he estado en el escenario de los hechos, en Gabaón, cuando era estudiante de arqueología en la Universidad Hebrea de Jerusalem.

Le digo:

—Que el Sol se haya detenido en Gabaón, eso fue una ilusión óptica, una apariencia, y el Universo está lleno de apariencias o ilusiones ópticas. Por ejemplo, es mentira que el Sol sale por el oriente y se oculta por el occidente; eso es sólo una apariencia, una ilusión óptica.

Me dice, inteligentemente:

—¡Pero Dios puede producir tal apariencia, para que el Sol siga iluminando la Tierra y les de tiempo a los hijos de Israel para deshacerse de sus enemigos! ¿Tú no crees eso? ¡No, pues, oye!

Le digo:

—Sí Higinio. Dios tiene poderes infinitos, pero es el primero en ahorrar energía. Por así decirlo, él ahorra luz más que los venezolanos. Yo te voy a referir lo que me explicó una chica israelí, una zabra, respecto de lo que ocurrió entre Gabaón y el valle de Ayalón. Fue justamente cuando visitamos la cisterna de Gabaón en nuestro recorrido por el territorio de la tribu de Benjamín pocos días después de la Guerra de los Seis Días, en 1967. Ella me abrió los ojos cuando me explicó lo que realmente ocurrió.

* * *

El abuelito Higinio me dice asombrado:

—¡A ver qué te dijo la zabra!

—Me dijo que la Tierra en realidad es un cuerpo celeste, es decir, del cielo, que está en medio de la más oscura oscuridad del espacio. Y que si vemos el cielo iluminado de día, es porque la luz del Sol se refleja en las moléculas de la atmósfera de la Tierra y produce ese color azul brillante que se ve incluso antes de que salga el Sol en la mañana —ese momento se llama “aurora” — y después que se ha ocultado el Sol en el atardecer —ese momento se llama “ocaso”—. Los antiguos babilonios creían que esa luz no provenía del

Sol, y que el Sol fue puesto en el cielo sólo para abrigarnos, aunque es verdad que mientras está visible en el cielo, le añade al día el resplandor de su luz.

El Higinio me dice:

—¿Y qué más te dijo la zabra?

—Me dijo que lo que ocurrió fue que Dios hizo el milagro de que las moléculas de la atmósfera reflejaran el resplandor de la luz del Sol por un par de horas más, dando la apariencia de que el Sol se había detenido en Gabaón y la Luna en el valle de Ayalón, escenario de la batalla. Eso realmente es un milagro que el ser humano no puede realizar, al menos por el momento.

Me dice asombrado:

—¿Así te dijo la zabra?

* * *

En la siguiente fase de la conversación me pregunta:

—¿Y cómo es la luz? ¿Qué cosa es la luz?

Y le digo:

—A la verdad, por esto debemos empezar. . .

Esto es difícil sino imposible de explicarle a una persona que nunca ha visto la luz, y por lo tanto no sabe qué es la luz ni qué son las tinieblas, y no puede distinguir la luz de las tinieblas, digamos, no puede saber si el foco eléctrico de su sala está encendido o apagado.

Le respondo:

—La luz es un tipo de energía producida por el movimiento veloz de lo que tu amigo Albert Einstein llama fotones, que los define como “partículas sin masa”. ¡Vaya Dios a entender qué habrá querido decir con eso, porque si son “partículas”, ¿cómo es que no tienen masa? El hecho es que la luz permite que los seres cuyo organismo está condicionado para ver, puedan ver con claridad lo que les rodea. Ahora bien, la luz viaja a gran velocidad; a 300.000 kilómetros por segundo. A esa velocidad, la luz que genera el Sol con sus continuas explosiones atómicas, llega a la Tierra en 8 minutos. Y a los confines del Sistema Planetario Solar, digamos a Plutón, llega en 4 horas, porque la Tierra, como te dije está a 150 millones de kilómetros del Sol, pero Plutón está a 5.900 millones de kilómetros del Sol. A esta distancia acaba el dominio del Sol, y más allá en el espacio hay otros soles, es decir, otras estrellas, que también podrían tener sus respectivos sistemas planetarios, y en conjunto, esos billones de estrellas forman una galaxia. Y en el cielo hay billones de galaxias. . . De modo que una galaxia no es un puñado de estrellas, como dices.

Y exclama:

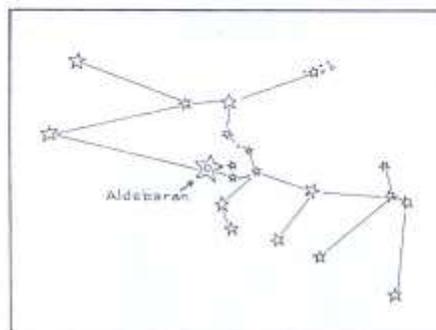
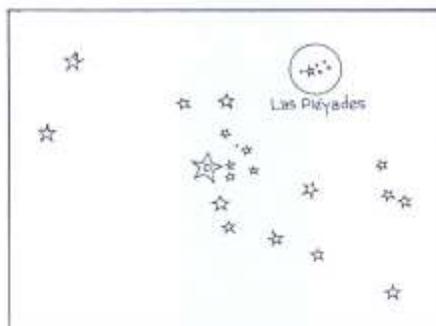
—¡Un puñado de Dios, pues, ché!

Y se jacta de que vive en una galaxia, es decir, en el piso 15 del Edificio “Galaxia”.

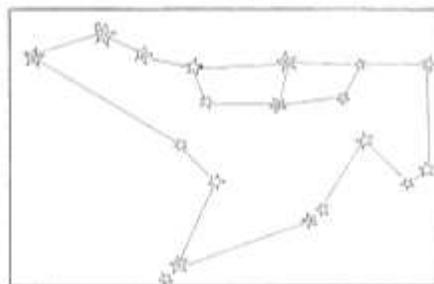
* * *

Otro día el abuelo me espera con una pregunta que le había estado inquietando muchas noches y días: ¿Qué cosa son las constelaciones?

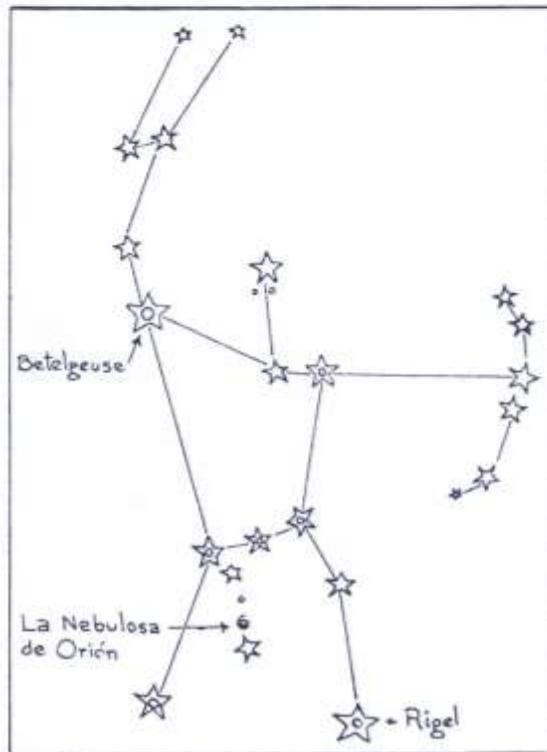
Me dice:



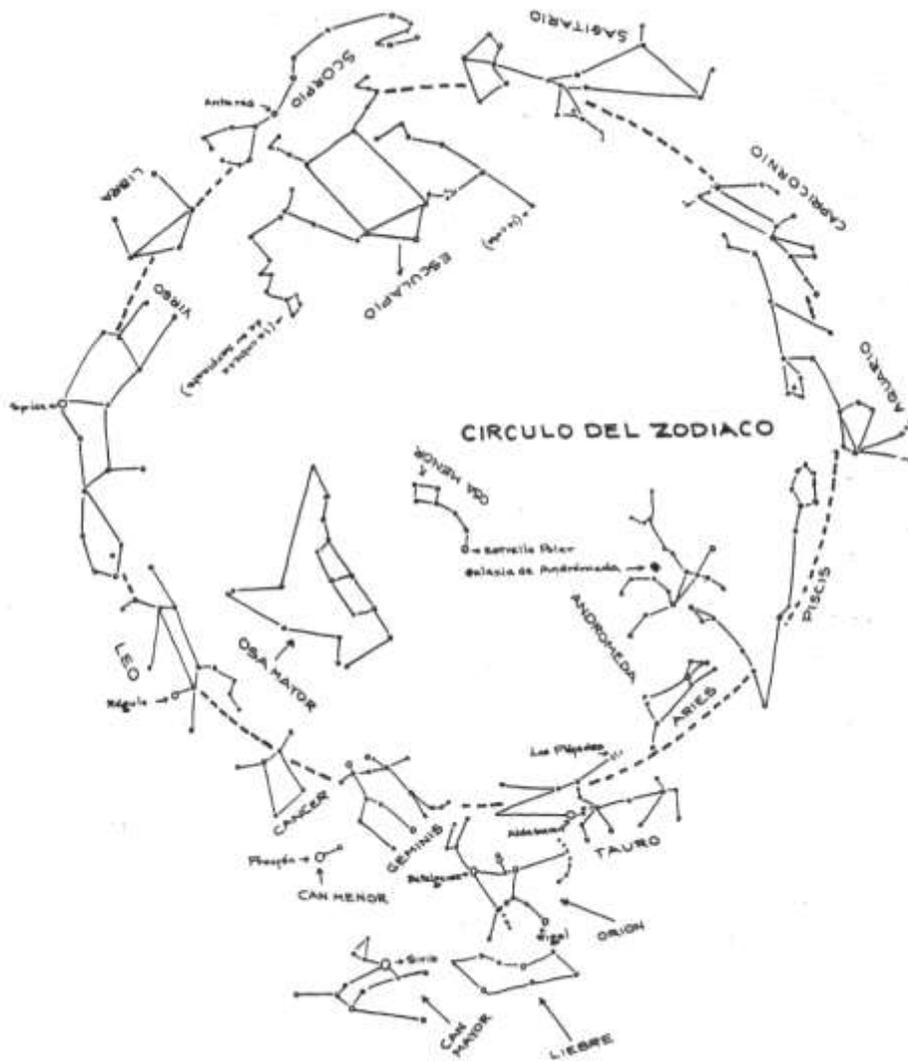
**La constelación de Tauro
con las Pléyades en la punta
de su cuerno izquierdo**



La constelación de la Osa Mayor



La constelación de Orión



Las constelaciones en el Círculo del Zodíaco y otras dentro y fuera del círculo

—Ya me has explicado que las galaxias son especie de Universos múltiples formados por billones de sistemas estelares, y que la Tierra se encuentra en la galaxia llamada Vía Láctea, porque se ve como si Dios hubiera desparramado en el cielo nocturno un puñado de leche en polvo Bella Holandesa que ilumina con su luz. Pero, ¿qué cosa son las constelaciones?

Entonces sobre la mesa pongo boca abajo un gran tazón de forma semiesférica, y poniendo sus manos encima le digo:

—Como te dije en otra ocasión, el cielo encima de nuestras cabezas está lleno de apariencias, y una de esas apariencias es que parece ser una bóveda, aunque en la realidad

no lo es. Por eso se habla de la bóveda celeste, es decir, la bóveda del cielo. De noche, el cielo parece una semiesfera con miles y miles de estrellas visibles al ojo, como si estuvieran pegadas en el lado interno de este tazón. Ahora bien, ¿cómo orientarse en medio de miles de estrellas? ¿Cómo saber cuál es cuál? ¿Cómo utilizar las estrellas del cielo para orientarnos de noche, sobre todo cuando navegamos en el mar? Para eso se requiere hacer un mapa del cielo, formando figuras al unir una estrella con otra con líneas imaginarias; esas figuras son las constelaciones.

* * *

Al abuelo le interesa saber lo que dice la Biblia al respecto de las constelaciones.

El pregunta:

—¿Y es verdad que la Biblia habla de las constelaciones?

—Sí, Higinio, los antiguos astrónomos trazaron muchas constelaciones. De este modo hicieron un mapa del cielo, y las figuras que formaron mentalmente están asociadas con interesantes historias de la mitología antigua. Algunas constelaciones son mencionadas en Job 38:31-33 que dice:

*¿Podrías tú atar con cuerdas
a las Pléyades del cielo?
Y siendo capaz de ello,
podrás desatar, sin duda,
las cósmicas ataduras
que sujetan en el éter
a Orión, el Cazador. . .*

*O hacer reaparecer
las constelaciones en turno. . .
O hacer desaparecer
las crías de la Osa Mayor. . .*

*Puesto que tú manejas
las leyes que rigen el cielo,
¡saca provecho, pues!*

* * *

En lo que concierne a este poema bíblico en paráfrasis libre, como aparece en mi obra, *Hermenéutica: El arte de la paráfrasis libre*, publicado en mi página web Biblioteca Inteligente con el título de *Dios versus Ateos Anónimos*, las asociaciones del poeta son inteligibles a nosotros gracias al filtro de la Septuaginta, la versión griega de la Biblia.

La Biblia habla de las siguientes constelaciones: Tauro, Orión y la Osa Mayor.

La constelación de Tauro

Aunque el poeta no menciona por nombre la constelación de Tauro, es decir, del Toro, menciona las Pléyades que son un grupo de estrellas que pertenecen a esta constelación.

En conjunto, la constelación parece la figura mal hecha de un toro de grandes astas. Y en la punta de su asta izquierda está el compacto grupo de las Pléyades, que siempre llamaron la atención por su belleza.

Dios no le pide al ateo que una con cuerdas todas las estrellas de la constelación de Tauro, sino sólo este grupito de estrellas que caben en la punta del asta del toro o Tauro.

¡Qué tarea tan fácil! ¿Di?

Pero dejemos de lado las apariencias y las figuras imaginarias y veamos la realidad del espacio. Veremos primero que no son siete, sino centenares de estrellas en formación, que están a 350 años luz de la Tierra y dispersas en un espacio de 16 años luz de diámetro. ¡Chúpatesa!

La constelación de Orión

La forma y posición de la constelación de Orión en el cielo eran explicadas por los griegos mediante una interesante historia mitológica: Orión era un gigante cazador de Beocia, en Grecia, que merodeaba por todos los rincones de la tierra acompañado de sus fieles amigos perrunos, el Can Mayor y el Can Menor.

Orión era jactancioso y fanfarrón. Gustaba alabarse diciendo que nadie podía igualársele a él en caza, lo que enfurecía a Diana, la diosa cazadora. Y cierto día, mientras Orión perseguía a una liebre, ella hizo que un escorpión le picara en el tobillo y lo matara.

Pero sucedió que logró hacerlo revivir Esculapio, patrón de la medicina, de quien se dice que derivó muchos de sus remedios del veneno de las serpientes. Y cuando Plutón, el dios del reino de los muertos, se enteró de esto, se preocupó sobremanera. ¡Qué sería de su reino, pensaba él, si todos los muertos pudiesen ser resucitados por médicos humanos como Esculapio o como el Dr. Carlos Casanova Lenti!

* * *

Plutón habló con su hermano Zeus, el dios principal del Olimpo, y éste actuó de inmediato: Arrojó un rayo que mató a Orión, y para mayor seguridad, también a Esculapio. Pero para que nadie tuviera de qué quejarse, en lugar de enterrarlos en Beocia, todos fueron colocados en el cielo en medio de las estrellas. ¡Guau!

Desde entonces podemos distinguir en el cielo, la constelación de Orión, una burda figura de un cazador que lleva un arco en su mano izquierda, y en su mano derecha levantada tiene dos flechas.

Orión tiene un cinturón decorado con tres broches estelares. De su cinturón pende la funda de su espada, decorada por varias estrellas de distinta magnitud y la espiral de la nebulosa de Orión.

También aparecen en el cielo el Can Mayor, con Sirio en el pecho, una estrella de primera magnitud.

Un poco detrás aparece el Can Menor, con su estrella Proción, también de primera magnitud.

También fue puesta en el cielo la liebre que Orión estaba por cazar cuando le mató el escorpión: Esa es la constelación de la Liebre.

En el otro extremo del cielo fue ubicado Esculapio portando su serpiente favorita (las serpientes de Esculapio se convirtieron en el símbolo de la medicina).

Cerca de los pies de Esculapio fue puesto el escorpión: La constelación de Scorpio.

* * *

Pero consideremos la realidad de las cosas: La constelación de Orión tiene dos estrellas de primera magnitud: Betelgeuse y Rigel.

El diámetro de Betelgeuse es de 400.000.000 de kilómetros (400 millones de kilómetros). Se dice que si se hiciera coincidir el centro de Betelgeuse con el centro del Sol, sus bordes alcanzarían hasta la órbita de Marte. En otras palabras, estarían dentro de Betelgeuse, girando en sus respectivas órbitas alrededor del Sol, y distanciados por sus respectivos espacios interplanetarios, Mercurio, Venus, la Tierra y Marte.

Estas son proporciones inimaginables si tenemos en cuenta que nuestro querido planeta Tierra, sería tan pequeño como una arveja comparada con el Sol, que sería del tamaño de su pelota del Kiko, el chico antipático de la serie del Chavo del Ocho en la tele.

—Cabén más de un millón de Tierras en el Sol, ché.

La Osa Mayor

Detrás del nombre de la Osa Mayor está esta historia mitológica:

Erase una vez una ninfa, una deidad llamada Caliste, sumamente sexy, que logró despertar los celos de Hera, esposa de Zeus, pues éste era un faldómano empedernido. Entonces Hera quiso eliminar a Caliste, pero Zeus, la convirtió en una osa para protegerla y continuar con sus aventuras amorosas solapadamente, sin que se enterara su mujer.

Sucedió cierta vez que Arcas, hijo de Caliste, estuvo a punto de matar a su propia madre, creyendo que se trataba de una osa común y corriente. Pero Zeus intervino a tiempo y convirtió a Arcas en un pequeño osito. Para mayor seguridad colocó a ambos, a la madre y al hijo, en el cielo, convertidos en dos constelaciones: La madre es la constelación de la Osa Mayor y el hijo es la constelación de la Osa Menor.

El Universo físico, insondable, es obra de Dios. El Salmo 19:1-4 dice que el Universo tiene un lenguaje inteligible. Y se cuenta que Napoleón Bonaparte vertió su talento e inquietud en el estudio de la Biblia, porque tuvo la osadía de mirar el cielo en una noche estrellada.

* * *

A propósito, Valle Grande es el lugar donde nació el Abuelito Higinio. Es una región y una ciudad en la ceja de selva boliviana. En las cercanías de la ciudad de Valle Grande lo mataron al Ché Guervera. El Abuelito Higinio era muy orgulloso de venir de esa ciudad, a causa de su gente de características muy especiales y mentecatos.

8 LAS CHOLITAS DE MARTE

La siguiente fase de nuestra conversación, con Olguita presente, sumida en el pánico respecto de lo que nos escucha hablar, se concentra en la posibilidad de ir a Marte y volver a la Tierra con vida —siete meses de ida y siete meses de vuelta—, y de que existan seres similares a nosotros en Marte y en otros planetas.

Le digo:

—Definitivamente, en los planetas y satélites del Sistema Planetario Solar no hay seres como nosotros. En lo que respecta a los dominios del Sol, estamos solos.

—¿Cómo? Entonces, ¿no existen los marcianos?

—En Marte, y en los otros planetas más allá de Marte, podría haber vida microscópica, bacteriana, pero no hay seres parecidos a nosotros. De modo que si a tus 86 años sigues soñando con tu “ignorada marcianita”, con “esa chica de Marte que sea sincera; que no se pinte, ni fume, ni sepa siquiera lo que es rock and roll”. Siento desilusionarte, Higinio; en Marte no hay nada de eso. ¡Comprobado!

Gracias a las fotos transmitidas por los robots enviados a Marte desde la Tierra se puede ver hasta los granos de la arena de Marte; se ven las piedras que con que tú te podrías tropezar al caminar. Simplemente, no existe tu “ignorada marcianita”.

* * *

El deja volar su imaginación a otros mundos y pregunta:

—¿Y en otros planetas, es decir, en otras estrellas, habrá gente?

—En los planetas de otras estrellas, sin duda habrá muchas cholitas para escoger. Quiero decirte que hasta ahora se han descubierto 700 de esos planetas, llamados “exoplanetas”, es decir, planetas que están fuera del Sistema Planetario Solar.

Prosigo:

El primer exoplaneta que se ha descubierto está ubicado en el mapa del cielo en la Constelación de Pegasus, y se conoce como el Exoplaneta 51 Pegasi. Fue descubierto en 1995 por Michel Mayor y Didier Queloz, y está a 50 años luz de la Tierra.

A dicho exoplaneta, con la tecnología actual disponible a los seres humanos, con nuestras naves espaciales llegaríamos en 250.000 años de viaje, sólo de ida.

La mayor parte de esos exoplanetas descubiertos son gigantes gaseosos, pero también hay planetas rocosos denominados “super Tierras”, porque son diez veces más grandes que la Tierra. Algunos están a distancias de sus estrellas consideradas zonas propicias para la vida, porque contendrían agua en estado líquido.

* * *

Prosigo:

A esto debo añadir la última noticia de ayer, miércoles 24 de agosto del 2016, respecto del descubrimiento de un exoplaneta que está bien cerquita de la Tierra, a sólo 4 años luz de distancia. Es un poco más grande que la Tierra y debido a la distancia a que se

encuentra de la estrella alrededor de la cual gira, se supone que tiene agua líquida, factor imprescindible para la existencia de vida. Pero 4 años luz sigue siendo una distancia inimaginable.

Imagínate las cosas de la siguiente manera: Desplazándose a la velocidad de 300.000 kilómetros por segundo, la luz del Sol llega a la Tierra en 8 minutos, porque la Tierra está a 150 millones de kilómetros del Sol. Y la luz del Sol llega a Plutón, en los confines del Sistema Planetario Solar, en 4 horas, porque Plutón está a 5.900 millones de kilómetros del Sol. Entonces, ya puedes imaginar a qué distancia en kilómetros se encontrará este exoplaneta que está, no a minutos ni horas luz de distancia, sino a sólo 4 años luz del Sol y de la Tierra.

Se trata de muchos trillones de kilómetros.

* * *

Me dice, un tanto desilusionado:

—¡Ya no ya! ¡A esas distancias nunca podremos llegar!

Y le digo:

—Pero la ciencia está a punto de ver lo que hay en la superficie de esos exoplanetas, y de haber cholitas, que tanto te interesan, sin duda podremos verlas desde la Tierra desplegadas en toda su gloria. Inclusive, desde aquí podremos preguntarles por su nombre y muchas cosas más, como dice el corito del apóstol Leo Dan:

*La conocí un domingo
y hablamos de pasión.
Le pregunté su nombre
y muchas cosas más.*

Me dice:

—Y podrá la ciencia llevarnos a ellas.

—Eso sí que nunca ocurrirá. . . Aunque. . . A lo mejor sí. . . Puede ser. . . ¿Quién sabe? ¡Quiay serrr!

* * *

Entonces le refiero una anécdota verdadera que ocurrió tal como lo refiero a continuación:

Un extraterrestre vino a la Tierra en su nave espacial y aterrizó en una playa desierta de Lima donde se encontró con el Monsherí, conocido cómico de la televisión peruana.

Ocurrió que a cada rato el extraterrestre, tras proferir los sonidos “pip pip pip pip”, acercaba su cara a la del Monsherí y le sonreía de manera estrafalaria, porque simplemente no sabía o no podía sonreír de la manera estrafalaria de nosotros los terrestres.

Le cayó en gracia el extraterrestre y se le ocurrió intimar con él para tener después qué contar, cuando éste haya vuelto a su nave espacial para desaparecer en el Universo infinito.

El Monsherí le preguntó:

—¿Eres de Marte?

El extraterrestre le respondió:

—Pip pip pip pip —a la par que le tocaba el hombro con la punta de su dedo—.

—Y en Marte, ¿hacen el amor?

Le respondió:

—Pip pip pip pip —y le seguía tocando su hombro con la punta de su dedo y con evidente excitación—.

El Monsherí preguntó con indescriptible curiosidad:

—¿Y cómo hacen el amor en Marte?

El extraterrestre volvió a acercar su cara al Monsherí, y le dijo:

—Así: Pip pip pip pip —mientras le tocaba el hombro con la punta de su dedo—.

¡Le había estado haciendo el amor todo el rato, y el Monsherí no se había dado cuenta de ello!

9
**EL DÍA QUE LO DEGRADARON
 A PLUTÓN**

El día que lo degradaron a Plutón no pudo dormir el Higinio, y de hecho le contagió su insomnio a Olguita, su mujer.

Lo que le hicieron los astrónomos al pobre planeta Plutón le dolió en el alma al abuelito Higinio, que sigue afirmando que los planetas son nueve y no ocho.

Me dice:

—El día que lo degradaron a Plutón las mujeres en Estados Unidos hicieron una gran manifestación pública de protesta frente al Capitolio, y lloraron diciendo: “¡Aunque sea chiquitingo, de todos modos me gusta!”

* * *

Le digo:

—Y el perro Pluto, cuyo nombre le fue puesto para celebrar el día del descubrimiento de Plutón, apareció deprimido en la tele, tirado sobre el suelo como un peluche cualquiera.

Me pregunta:

—¿Acaso no es un perro de verdad el Pluto?

—Claro que no; es un peluche o un dibujo animado que surgió a la fama en Disney World cuando Tombaugh descubrió Plutón y describió su órbita, tan errática como los movimientos de ese perro caricaturizado.

Y añado:

—Verlo tan deprimido al Pluto me hizo recordar el día en que lo degradaron al Jumbo, el elefantito enano de orejotas gigantes. Como el Jumbo no servía en el circo para actuar de elefante lo degradaron a payaso. Pero pronto asombró al mundo al poder volar con sus orejas desplegadas como alas. Les salió el tiro por la culata a los americanos que lo degradaron, porque el Jumbo se convirtió en la estrella del circo y dejó de ser un elefantito acomplejado.

Y el abuelo concluye:

—Así va a sorprender al mundo Plutón, aunque lo hayan degradado a “planeta enano”.

* * *

El día en que lo degradaron a Plutón, de “planeta” a “planeta enano”, el abuelo Higinio me esperaba en su departamento con mil interrogantes acerca de Plutón y por qué lo habían degradado a “planeta enano”:

—¿Acaso no es redondo?

—Sí es redondo.

—¿Acaso no gira como la Tierra, alrededor del Sol?

—Sí gira alrededor del Sol.

Para ubicarnos en una plataforma astronómica analógica y motivadora le digo:

—Hablemos primero de nuestro Sistema Planetario Solar. ¿Cuántos planetas conforman el séquito del Sol?

—¡Nueve! —responde en sus trece—: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

Le respondo, cachacientemente, quemasangre como soy:

—Ahora sólo son ocho, Higinio, porque a Plutón lo han degradado de planeta y ahora es considerado un simple “planeta enano”?

Me dice:

—¿Acaso se requiere pasar la talla mínima para ser planeta? ¿No era que tienen que ser redondos y dar vueltas alrededor del Sol? ¿De qué tamaño, pues, había sabido ser el Plutón?

* * *

Su diámetro es de 2.300 kilómetros; chiquito comparado con la Tierra que tiene 12.750 kilómetros en su parte ecuatorial.

Plutón da la vuelta al Sol en 248 años, mientras que la Tierra lo hace en un año. El promedio de su órbita alrededor del Sol es de 5.900.000.000, (casi 6 billones de kilómetros), o sea 39.44 veces el tamaño de la órbita terrestre.

—Pero no es por su tamaño —un poco menor que de la Luna que tiene 2.472 kilómetros de diámetro— que lo han degradado de planeta a planeta enano. . .

—Entonces, ¿por qué lo han degradado, pues?

Le digo:

—Masque después te explico.

* * *

Higinio pregunta:

—Siendo así de chiquitito, ¿cómo pudieron descubrirlo? ¿Quiénes lo descubrieron? ¡Seguro que fueron los americanos!

Le digo:

—Fue descubierto en 1930 por el astrónomo americano Clyde William Tombaugh. Pero ha sido degradado a “planeta enano”, no por su tamaño, sino porque después se descubrió que forma parte de un cinturón de miles de asteroides formados por rocas y agua congelada, algunos casi del tamaño de Plutón. Tal cinturón de asteroides se conoce como el Cinturón de Kuiper, en memoria del astrónomo americano Gerard Kuiper.

Según la moderna ciencia astronómica, se considera a un cuerpo celeste como planeta no sólo si es redondo y gira alrededor del Sol, sino si su órbita no es compartida con asteroides.

* * *

La siguiente pregunta no se hizo esperar:

—¿Qué son pues los asteroides?

—Son “astros” chiquitos y deformes, enormes retazos de roca o de hielo que giran alrededor del Sol en la misma órbita, aunque a veces se pueden desviar de su órbita y proyectarse como pedradas y curpazos en el espacio. Muchos de ellos han caído sobre la superficie de la Tierra, y uno de ellos parece haber matado a todos los dinosaurios cuyos restos descubrimos en las excavaciones científicas.

Adivinando sus preguntas que no halla manera de expresar cuando se le paraliza la lengua, prosigo:

—Los asteroides pueden ser fragmentos de materia que no han logrado todavía cohesionarse para formar un nuevo planeta, o como piensan algunos, son restos de algún planeta que ha estallado o ha sido hecho estallar por agentes naturales o por obra y gracia de seres extraterrestres. Los terrícolas bien podríamos ahora hacer lo mismo con la Tierra, ¿sabes? ¡Con tantas bombas atómicas que han fabricado los humanos!

—¿Y cuántos asteroides hay?

Le respondo:

—¡Uf! ¡Hay como cancha! Además del cinturón de Kuiper, el Sistema Planetario Solar tiene otro cinturón de asteroides en una órbita entre Marte y Júpiter, una multitud de asteroides de entre los cuales Ceres es redondo y es considerado también como planeta enano, como Plutón. Tiene 930 kilómetros de diámetro.

—¡Ah! ¿O sea que no ha sido por ser enano que lo degradaron?

—¡Ay, Higinio! Nada tiene de malo ser enano. Además, los perfumes más valiosos siempre vienen en frascos chiquitingos.

* * *

Higinio me dice:

—De estas cosas me interesa que me hables y no del perro Pluto o del elefante Jumbo. ¿Y qué otras cosas se sabe de Plutón?

Le digo:

—La sonda espacial americana New Horizons, lanzada en el 2006, exploró Plutón de cerca en el 2015. Se temía que si chocaba en el Cinturón de Kuiper con algún asteroide del tamaño de un grano de arroz, dada las enormes velocidades a que se desplazan los asteroides, podría destruir la sonda espacial. Gracias a Dios eso no ocurrió, y la New Horizons pasó muy cerca de Pluto y tomó las primeras fotografías de su superficie —para tu información, no hay cholitas en Plutón—. Y aunque la sonda no se asentó en la superficie de Plutón, sino que se pasó de largo en su camino hacia el espacio interestelar más allá de los dominios de nuestra estrella, el Sol, rindió homenaje a su descubridor, al astrónomo americano Clyde William Tombaugh, porque llevó hasta el espacio de Plutón un puñado de sus cenizas que ahora también forman parte de los billones de asteroides que conforman el Cinturón de Kuiper.

Higinio se emociona demasiado al escuchar esto. Pero no puedo decirte que haya podido verter una sola lágrima.

10 LOS CRISTALES Y LAS POMPAS DE JABON

Así de maravilloso que es el hecho de que el abuelito Higinio comprenda los secretos del universo formado por sistemas estelares, por galaxias y por quasars, así como los recursos de los astrónomos para medir no sólo las distancias espaciales sino también el momento en que se produjo el Big Bang de la Creación por boca del Dios de Israel, no puede entender el misterio de los cristales del ventanal de su departamento en el Edificio “Galaxia”, ni el misterio de las pompas de jabón, las burbujas que se forman mientras lava la vajilla con agua y detergente.

Aunque se queda admirado de los cristales y de las pompas de jabón, prefiere dar el salto al cosmos, al universo físico, que le es igualmente misterioso y maravilloso, pero más fácil de entender.

* * *

El me ha preguntado varias veces cómo es posible que los que vemos podamos mirar a través de un cristal de un centímetro de espesor, y si acaso vemos con toda claridad.

Le respondo:

—Vemos como si no hubiera nada delante de nuestros ojos. ¡Si con sólo decirte que a veces nos damos un encontronazo contra el cristal que estaba allí y no nos dimos cuenta! Y lo mismo ocurre con las aves que son las que a cada rato se rompen el pico al chocar contra nuestras ventanas de vidrio a la gran velocidad de su vuelo. Eso mismo ocurre con los borrachitos que se rompen la cara cuando chocan con una puerta de cristal como la que hay en la entrada del edificio “Galaxia” donde vives, que debe tener un centímetro de espesor.

Me dice:

—¡Difícil de creer, ché! ¿Y de qué están hechos los cristales?

—Están hechos de algo que no cuesta nada. ¿Conoces la arena? ¿Sabes cómo es la arena?

—Por supuesto.

—Los cristales, el vidrio, se hacen de arena, de arena fundida.

* * *

En su casa él lava la vajilla después de cada comida, pero yo le proveo del detergente líquido mezclado con bastante agua de modo que le dure y no le ocasione alguna alergia a sus manos.

Cuando hago el trabajo de mezclar el detergente líquido con agua, él se para a mi lado para hacerme preguntas, y ante la mera mención de las burbujas o pompas que se forman cuando se mezcla el agua con el detergente, pregunta:

—¿Qué son las burbujas? ¿Cómo son?

Le digo:

—Son como pelotas llenas de aire, cuya superficie es de agua mezclada con un poquito de detergente. Se forman mayormente en la superficie del agua, pero también pueden ascender y flotar en el aire. Pero es tan fina su superficie, que se puede ver pero no se puede tocar, pues al simple contacto con la punta de tu dedo, y sin que lo sientas, se revientan y desaparecen sin que quede nada. Salvo en las burbujas muy grandes, digamos de un metro o más, que al reventar se reducen a una simple gotita de agua.

* * *

Le es difícil imaginar el mundo maravilloso de las pompas de agua y jabón. Yo me esfuerzo aun más para explicarle este fenómeno:

—Se forman burbujas minúsculas, que casi no se pueden ver, y tan grandes como del tamaño de un metro o más que parecen bolsas transparentes de aire, pero pronto se revientan y desaparecen sin ocasionar ningún sonido perceptible al oído humano. Aunque las pudieras ver, no las puedes sentir ni tocar. . .

Y esperando inútilmente que entienda mi explicación, le digo:

—Ya que me preguntas tanto acerca de las burbujas, permite que te lea un poema que escribí cuando era joven. Tiene como título “Pompas de Jabón”, porque “pompas” es sinónimo de “burbujas”.

Y dice así:

POMPAS DE JABON

*El amor es semejante
a las pompas de jabón:
Una chica
se acerca a una grande,
y la grande la hace reventar.*

*Una grande
se acerca a una chica
y la chica la hace estallar.*

*Una se pega con otra
y estallan juntas las dos.*

*Y a veces,
dos burbujas forman una
que refleja a perfección
toda la luz, todo el color,
todo el amor de la Creación.*

11 EL VALOR DE LAS COSAS

Evidentemente, mi suegro, don Higinio Pérez de Cuéllar, había sido el primer invidente en el mundo que logró ver, o al menos comunicarse de algún modo visual. El había sido beneficiado por la ciencia informática con un módulo electrónico. Era un aparato relativamente pequeño, pero no tanto como para ser llevado en el bolsillo de su camisa o como un minúsculo *gadjet* ajustable a su cabeza a manera de gafas.

Hasta el momento que escribo estas líneas, él era el único beneficiado con dicho aparato, el mismo que se encuentra aún en una fase de investigación, previa a su comercialización.

Dicho aparato se llegó a convertir en su chochera, y por las dimensiones y su peso, casi podía ser considerado su juguete. Para ser más exacto, tenía la apariencia de una cajita de habanos.

* * *

La novedad era tan grande, que él no resistió a la tentación de destaparlo y palparlo para descubrir qué conexión tendría con su globo ocular, también electrónico, que habían colocado en su órbita ósea y conectado con el módulo, no mediante un cordón, como en las primeras fases de la investigación, sino mediante señales electromagnéticas.

¡Grande nerviosismo me ocasionaba verle cuando sacaba el globo ocular artificial de su órbita para limpiarlo con su lengua!

Yo le decía:

—¡No hagas! —Pero él insistía en hacerlo, porque había comprobado que de algún modo le funcionaba—.

* * *

Al comienzo, el módulo electrónico le pareció perfecto, inmejorable. Pero de tanto palparlo dentro de su caja, verificó que cierta incomodidad minúscula que sentía en el globo ocular tendría relación directa con la imperfección de cierta pieza del módulo que tenía la apariencia de una pequeña uña, como la uña del dedo meñique de una guagua.

Cada vez que él rozaba dicha uña con sus dedos, se sentía con mayor intensidad la incomodidad en el globo ocular, observación que le parecía sería una valiosa contribución a la ciencia y al perfeccionamiento del módulo previo a su comercialización.

Convencido de que la incomodidad derivaba de la falta de pulimiento de la uña del módulo, le importunó a su hija Stael, que es oculista, a limarla con una lima de uñas.

Ella no le hacía caso, pues evitaba inmiscuirse en un asunto tan delicado, y vez tras vez optó por desentenderse del pedido de su padre. Entonces él, entre irritado y entristecido por la negativa de ella, acudió a vuestro servidor.

* * *

Abrió la cubierta del módulo con un brusco movimiento de su uña, recorrió las yemas de sus dedos sobre la superficie del aparato expuesto, ubicó la pequeña uña, y me dijo:

—¡La Stael no me hace caso! Yo le insisto que me lije esta pequeña uña, y ella finge no escucharme. Hazme tú el favor. . .

De buenas a primeras, yo también fingí no prestarle atención, pero al día siguiente, el 4 de agosto, en medio del bullicio de los tambores, cornetas y trombones de las bandas escolares, desfilando con motivo del día de la Independencia de Bolivia, su insistencia fue mayor y en voz alta.

De pronto me vi con el módulo expuesto en una mano, y con la lima en la otra, sin saber qué hacer para poderle satisfacer.

Impotente, coloqué el módulo sobre la mesa del comedor, imprudentemente cerca del borde de la misma. Y cuando me aparté un poquito, la vibración de los tambores y de las cornetas de guerra hizo que el aparato de deslizara de la mesa y cayera sobre el piso.

Así se echó a perder.

* * *

Grande fue mi consternación al verlo malogrado del todo, y le dije:

—¡Con razón la Stael no te quería escuchar!

Ante su silencio atormentador, añadí:

—Quizás se podrá comprar uno nuevo; ¿cuánto te ha costado? Yo lo pagaré, pues tengo ahorrados 10,000 dólares.

Y él, con desesperación evidente, exclamó:

—¡Ha costado 20 MIL MILLONES!

En mi aturdimiento, hice una pregunta absurda:

—¿De dólares o de pesos bolivianos?

Respondió:

—¿Qué importa de qué? Yo fui agraciado por la Institución Cubana que lo ha producido y perfeccionado, para usarlo y referir cada cierto tiempo cómo me servía, a fin de que los médicos de esa isla lo pudiesen perfeccionar.

* * *

Al escucharle hablar de Cuba, quedé asombrado de que él hubiera aceptado algo de ese país que él no adora.

La suma de 20,000 millones asedió mi mente con febril repetición: Veinte mil millones, veinte mil millones, veinte mil millones, veinte mil millones.

. .

Atormentado por un temor incrementado desperté de mi afiebrado sueño balbuceando la expresión bíblica: “¡Cómo escaparemos nosotros si tuviéramos en poco una salvación tan grande!”

12 EL COMENCOMIENDAS

Cuando se fundó la Confederación General de Trabajadores Fabriles de Bolivia, la CGTF, allá por el año 1965, ésta estaba formada por 18 dirigentes nacionales, uno de los cuales era Don Higinio Peña de Cuéllar.

Don Higinio Peña de Cuéllar era dirigente sindicalista de los obreros de la Figliossi, la fábrica de galletas, fideos y caramelos que daba ocupación a 400 obreros en la ciudad de La Paz. El era uno de los ocho dirigentes fabriles que representaban a esta ciudad.

* * *

La CGTF debió el incremento de su poderío político a sus congresos llevados a cabo cada año en diversas ciudades del país. Uno de los primeros, y probablemente el más importante, se llevaría a cabo en la ciudad de Cochabamba con la presencia de todos los dirigentes-congresistas a quienes Don Higinio describe como una suerte de “señores diputados de la nación”.

Don Higinio, no obstante su condición de invidente llegó a tener prestancia en esta plataforma política, hasta el punto de tener acceso al Palacio de Gobierno, llegando incluso “a palpar” al Presidente de la República Don Víctor Paz Estenssoro.

Así, pues, son las cosas, como él cuenta: “Le dije al Señor Presidente de la República, Su Excelencia, como yo no le puedo ver, permita que le toque y le palpe para conocerle mejor.”

Y las cosas ocurrieron de la manera esperada.

* * *

Don Higinio no podía faltar al Congreso de Cochabamba, y su agenda se vislumbraba bastante tupida. Por eso, le resultó muy impertinente, en los días previos a su partida de La Paz, el asedio del que fuera víctima por parte de cierto dirigente sindical de la Fábrica Figliossi, don Jaime Tordoya.

Don Jaime Tordoya tenía un hijo en Cochabamba, que en ese tiempo se encontraba prestando servicios en la SITE, la institución del Ejército donde los soldados son entrenados para ser paracaidistas. Y aprovechando del viaje de Don Higinio a esa ciudad para el Congreso de la CGTF, y dada su bien merecida fama de “cawallero a carta cabal”, don Jaime decidió mandarle a su hijo por medio de él una encomienda.

Le dijo:

—Ya que te vas a Cochabamba, me haces un favor, ché. . .

Don Higinio le preguntó:

—¿De qué se trata, pues?

—Llévale una encomienda a mi hijo que está en la SITE. El no puede salir de allí, de modo que me haces el favor de llevarle la encomienda al cuartel y se la entregas en manos propias.

Don Higinio le hizo ver:

—Mira, Jaime, a mí me es difícil movilizarme en una ciudad a la que no estoy acostumbrado. Además, nuestra agenda en el Congreso de la CGTF está repleta, y lo que me pides lamento que no va a ser posible. Mándalo nomás por medio de alguna flota de buses.

* * *

Don Jaime Tordoya insistió:

—Se la llevás después del Congreso, ché. . .

Don Higinio le dijo:

—Los dirigentes fabriles viajamos juntos, de ida y de vuelta. Separarme de ellos para ir en busca de tu hijo haría que yo tenga que regresar después a la Paz de manera independiente, lo cual me dificulta mucho las cosas.

Le dijo don Jaime:

—¡Anda, ché! Es un paquete pequeño; no te va a incomodar.

* * *

Como diez días estaba don Jaime importunándole a Don Higinio, y los mismos obreros de la Figliossi estaban hartos de presenciar tanta insistencia y abuso, especialmente sus dos compañeros invidentes que trabajaban a su lado en la Sección Papelería.

Don Higinio tuvo curiosidad de saber el contenido de la encomienda que con tanta insistencia don Jaime quería enviar sólo por su conducto. En esta vida hay que cuidarse incluso de los hermanos en Cristo, porque cualquiera de ellos te mete y te compromete con drogas. Cualquiera persona, por iniciativa personal, o como intermediario, bien podría dejar en tus manos un paquete de pasta básica de cocaína y hacerte merecedor de varios años de reposo en el cómodo penal de Chonchocoro.

* * *

Don Jaime Tordoya le mostró el paquete. Pesaba unos dos kilos, nada más, y según el testimonio de sus compañeros de sección en la Figliossi, estaba totalmente ceñido con cinta plástica de embalaje de color caca, exactamente como los paquetes de pasta básica de cocaína.

Don Higinio lo olió exhaustivamente y le dijo:

—Huele a queso. . .

—¡Claro que huele a queso! ¿Qué otra cosa más va a ser, pues? —le dijo don Jaime—.

Don Higinio le dice:

—¿Por qué tendrías que mandar quesos de La Paz a Cochabamba, si los quesos nos lo mandan de Cochabamba a La Paz? En Cochabamba hacen quesos, ricos quesos. ¿O acaso tu queso contiene algo más en su interior?

* * *

Esta última pregunta estaba de más, porque Don Higinio sabía por el olor que era solamente queso. Aunque de llevarlo en su maleta, junto con su ropa, eso le daría al Señor Diputado de La Paz un excelente aroma a queso o a guagua que está mamando.

Le devolvió el paquete y le dijo en presencia de los obreros fabriles de la Figliossi que se congregaron alrededor de ellos dos:

—En Cochabamba tu hijo puede comprar mejores quesos que éste que le quieres mandar vos. . .

Don Jaime Tordoya insistió:

—Llévalo, ché. . .

Don Higinio le dice:

—Ya sabes que no puedo. No me gusta llevar encomiendas de ninguna clase. Para mí eso es una incomodidad; es una molestia.

—Llévalo, ché. . .

—Por favor, no insistas. ¡¡¡No lo voy a llevar!!!

—Llévalo, ché. . . Ya le dije a mi hijo que tú le llevarías el queso.

Entonces le hace agarrar el queso al Higinio, y se da a la fuga.

Don Higinio se quedó con el queso en las manos, pero alcanzó a decirle;

—Tanto me insistes, que lo voy a llevar, sí. Pero te advierto que no lo voy a entregar a tu hijo, pues me lo voy a comer en el camino. . .

Todos los obreros fabriles vieron que don Jaime alcanzó a escucharle claramente antes de cerrar tras de sí la puerta del taller. Ellos estaban molestos al tener que presenciar semejante abuso contra una persona invidente.

* * *

Al día siguiente, Don Higinio y los congresistas de La Paz viajaron a Cochabamba, y el bus se detuvo en Patacamaya, para almorzar.

Miraron qué había para comer en un pequeño restaurant junto a la carretera, y no les cayó en gracia porque la comida era panza y estaba fría.

Entonces vieron junto a una pared a una cholita que se puso a vender ricos choclos sancochados directamente de una olla que estaba humeando sobre un fogón encendido.

Alguien dijo emocionado:

—¡He aquí, choclos!

Y a Don Higinio se le prendió el foquito y dijo:

—¡Y he aquí un queso de dos kilos, a nuestra entera disposición!

* * *

La cholita se quedó contentísima cuando le compramos de arranque toda la olla repleta de choclos. Y sobre un gran bloque de concreto que había cerca se repartieron de manera equitativa tajadas gigantes de queso y cinco choclos por cabeza.

Ese fue el almuerzo más delicioso que habían probado en lo que iba de ese año.

Entonces Don Higinio levantó la mirada al Cielo y dio gracias por tan grande bendición.

* * *

Cuando terminaron las actividades del Congreso de la CGTF en Cochabamba, todos los congresistas volvieron a sus respectivas ciudades, y Don Higinio y sus siete compañeros congresistas volvieron a La Paz.

Entonces se apareció don Jaime Tordoya:

—¿Y entregaste el queso a mi hijo? Mejor ni me respondas porque ya sé que ni te apareciste por el cuartel de la SITE.

Don Higinio respondió:

—Yo te dije, Jaime: “Por favor, no me lo des, porque no lo voy a llevar.”

—Entonces, ¡devuélvemelo!

—No, pues, Jaime. Como diez veces te rogué que no me lo dieras. Y la última vez, en presencia de diez testigos, te dije que si me lo dabas a la mala, yo me lo iba a comer en el camino.

—¡No me digas que te comiste en el camino un queso de dos kilos!

—Me lo comí en Patacamaya juntos con mis compañeros diputados, para acompañar una colosal olla de choclos que se nos apareció como por encanto por allí, junto a la carretera.

* * *

Como diez obreros fabriles les rodearon, y unánimemente le decían a don Jaime Tordoya:

—¡Tu estabas advertido! El te dijo que si se lo dabas a la mala, él se lo iba a comer en el camino. ¡Nosotros somos testigos!

Don Jaime Tordoya se quedó enmudecido. En ese momento no se le ocurría qué hacer. Pero ni bien se dispersó el grupo se le ocurrió qué tipo de venganza tendría a su disposición. Su venganza la pondría en práctica empezando temprano al día siguiente, cuando Don Higinio llegase temprano a la Figliossi, abriéndose camino, tanteando con el extremo de su bastón por entre las sillas desordenadas del taller.

Esa mañana don Jaime le esperó adentro y le dio la bienvenida en presencia de todos los obreros de la Figliossi, diciendo:

—¡Allí viene el Comencomiendas! ¡Hola Comencomiendas! ¡Comencomiendas! ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!

Y desde ese día ese fue el mote que se ganó Don Higinio porque al verle llegar a la Figliossi, todos gritaban lleno de regocijo: “¡Allí viene el Comencomiendas!”

Algunos musicólogos opinan que este mote bien pudo haberse inspirado en el ritmo de moda propalado por Elvis Prestley:

*¡Allí viene la Plaga!
¡Me gusta bailar!
¡Y cuando estoy comiendo queso,
soy la reina del lugar!*

13
LOS PADRINOS DE MATRIMONIO



La Novia: Molly Bottomless

Cuando nos mudamos a nuestro flamante departamento en Alto Sopocachi, un barrio residencial de la ciudad de La Paz, no pudimos traer consigo a nuestra querida Molly y la tuvimos que dejar en el condominio de Radio “La Cruz del Sur”. Además, ella estaba bien acostumbrada a los abuelitos Pil Cochabamba y Alfonso a quienes tuvimos como vecinos. De manera especial, la Molly estaba acostumbrada a Jennifer, la nieta de ellos, que parecía ser la gemela de nuestra Lili Ester. Pero siempre la visitábamos y la sacábamos a pasear al paraíso de los perros de raza: La Plaza Avaroa.

* * *

Uno de esos días, tras visitar a la Molly, Lili y yo hacemos escala en la casa del abuelito Higinio, y de puro quemasangre le digo:

—¡A que no adivinas de dónde venimos, Higinio!

El responde:

—¡No, pues, oye! ¡Otra vez que vas a venir con que vienen de visitar a ese perro hediondo y sarnoso!

Y la Lili le dice:

—¡Lo adivinaste, Higinio! ¡Felicitaciones!

Y otra vez empieza su largo sermón contra los perros y las perras.

* * *

Estas cosas le contamos a Teresita y a su hija Esther, sus maestras de piano de la Lili, quienes conocen bien a Higinio, y le tienen gran estima por su lindo carácter y magnífico sentido de humor.

Ellas se ríen con gusto, porque también tienen un perrito Cocker Spaniel llamado Pochito, un gran galán besador, al cual venimos desde hace algún tiempo echándole ojo para que sea el novio de nuestra adorada Molly. El don principal del Pochito es acribillar a la Molly con sus besos babosos.

Después de la clase de piano que Esther le ha dado a la Lili nos ponemos a conversar y nos imaginamos a la Molly y al Pochito en una romántica ceremonia nupcial que de paso sería un buen pretexto para que Lili ensayara en el piano la Marcha Nupcial. Si todos estos planes ayudaran para que ella practique bien su partitura y la interprete a la perfección, ¡pues vale la pena!

* * *

Teresita entra en el juego, y juntos con su bella hija Esther, propone:

—¡Al Pochito le vamos a poner una corbata michi de color rojo!

Pensándolo bien, Esther hace esta observación:

—Pero esa será sólo una ceremonia anticipada. La luna de miel será recién cuando mi Pochito crezca, porque ahora el Pochito todavía es un bebé. ¡Ay, mi pobre Pochito. Aunque ha crecido tanto, todavía no sabe nada de esas cosas!

Interviene la Lili y dice, simulando la voz de una bebida:

—Y para la Molly mi mamá ya tiene un pedazo de tul para hacerle su velo.

Lili se ofrece para preparar la torta de bodas con la receta que planea pedirle al Dr. Arié Waintrob. De paso, ese sería un buen pretexto para organizar un banquete. Y como en nuestros banquetes no pueden faltar los abuelitos Higinio y Olguita, a la Lili se le ocurre una idea realmente brutal:

—¡Que el Higinio y la Olguita sean los padrinos!

* * *

Yo le hago recordar que al Higinio no le gustan los perros porque le ladran en la calle porque le ven guiándose con un palo, que los perros no saben que es su bastón. Pero ella insiste con su plan:

—El banquete lo hacemos en Chasquipampa, en el Rinconcito Musical (la casa de Teresita), y al Higinio y a la Olguita les invitamos so pretexto de que voy a dar un recital de piano, después del cual vamos a tener un banquete en mi honor.

Y a mí se me ocurre conseguir un hueso grueso, y con una sierra cortarlo en tajadas, y a cada tajada hacerle un hueco en el centro. ¡Esos serían los aros, los anillos!

Entonces la Lili se dirige a mí y me dice:

—Les invitamos con la debida anticipación para que no se puedan excusar o asuman otros compromisos. Y en el auto, camino de Chasquipampa, tú le encargas al Higinio en el bolsillo de su saco la cajita con los anillos de hueso, y le pides que te haga acordar de la cajita después de mi recital. Y como él llevaría en su bolsillo la cajita de los anillos, ¡automáticamente se convertiría en el padrino de bodas de la Molly!

Y añadió:

—Pero el Higinio no tendrá que saber nada de los entretelones.

* * *

La Lili Ester continúa imaginando las cosas hasta en el último detalle:

—Higinio me escuchará tocar la Marcha Nupcial, pero no sabrá que se trata del matrimonio de la Molly con el Pochito. Y una vez en casa, después del banquete, les informaremos al Higinio y a la Olguita que acaban de tener la dicha de funcionar como padrinos de bodas de la Molly y del Pochito Vacafloor.

Le pregunto:

—¿Y qué de la música y el baile?

Y responde, horonda:

—De eso te encargas tú.

Estos detalles no pueden faltar. Comprariamos el video de las Ketchup, y nuestra casa retumbaría con la pegajosa melodía de moda, el Aserejé, que tanto le malgusta al Higinio y a la Olguita.

La ocasión se prestaría también para que yo me luciera cantando siquiera una cancioncita de Thalía. Y acto seguido me pongo a ensayar su canción:

*¡Tú y yo, vivamos el momento!
¡Tú y yo, sin arrepentimiento!
Para que estemos los dos;
para que estemos siempre,
¡siempre tú y yo!*

* * *

La idea de las bodas de la Molly y del Pochito era genial. Sólo faltaba fijar la fecha. Sería cuando la Lili regresara de su viaje a Cochabamba a donde la ha invitado Juanito Verduguez para pasar una semana de ensueño y disfrutar a sus anchas de su piscina privada, y subir a la cabeza del Cristo de la Concordia, construido por Manfred Reyes Villa, su candidato “bombón”.

Tomando en cuenta estas consideraciones, la fecha ideal sería el sábado 18 de enero del 2003. Y para darle un toque espectacular a la broma que le pensamos jugar al abuelo Higinio, me comprometí escribir esta historia con criterio profético, para que en el momento de revelarle nuestra fechoría le pudiésemos también leer la historia en un acto de sobremesa en otro banquete familiar.

¿Puedes imaginar al Higinio y a la Olguita de padrinos de una boda perruna?
Solo de imaginarnos la cara que pondría el Higinio nos matábamos de risa. Y en cuanto a la Olguita me la imaginaba apretando su alma de pura emoción y exclamando:

—¡Ay, doctor, yo sí creo! ¡Yo sí creo!

Le prometo, pues, a la Lili Ester escribir esta historia de antemano de modo que de paso sirviera para que no se nos escapara ni un solo detalle de los preparativos.

* * *

La víspera del sábado 18 de enero, repentinamente el abuelo dijo que no podría estar presente en el recital que su nietecita Lili Ester daría en el Rincón Musical. Le preguntamos si se sentía indispuesto o enfermo, y respondió:

—Nada de eso. Hoy me siento mejor que nunca.

—¿Y la Olguita? Ella sí puede asistir, ¿verdad?

Ella intervino para decirnos que si no iba su esposo, ella tampoco iría.

Le preguntamos al abuelo por qué se había desanimado de asistir, y respondió:

—Porque seguramente ustedes van a hacer alguna fiesta para ese par de perros sarnosos y hediondos. Y yo no quiero participar en esas sonseras.

* * *

Todos los maravillosos preparativos se echaron a perder en un abrir y cerrar de ojos porque no tuvimos en cuenta este hecho: El bandido del Higinio, aunque no puede ver con sus ojos físicos, puede ver con los ojos de su alma, y tiene el poder de leer los pensamientos. El lo adivinó todo y rehusó ser incluido en el juego.

Pero la Lili Ester no se da por vencida, y dice delante de su abuelo:

—No importa, papi. De todas maneras voy a ensayar bien la Marcha Nupcial, y celebramos la boda de la Molly Chávez con el Pochito Vacafior, aunque sea sin padrinos.

14 EL ABOGADO DE MI SUEGRO

Mi suegro y yo tuvimos hace tiempo una conversación muy interesante y amena.

Tú conoces, por la lectura de mi historia corta, “El Demonio de Alto Sopocachi”, que mis amigos y familiares insistían que yo contrate los servicios de un abogado que me defienda en el juicio millonario que me querían hacer los dueños de Laboratorios DELTA por haberlos denunciado ante la Municipalidad por tener su factoría en medio de condominios, por funcionar su fábrica sin filtros, sobre todo en las noches mientras dormíamos los vecinos, y por haber tenido dos explosiones en lo que va del año, provocándome una alergia mortal tipificada como “anafilaxia”, acerca de la cual trato en mi novela *Anafilaxia y el Demonio de Beberly Hills*.

Pero este consejo de mis amigos es algo que yo no podía hacer, porque no soy ningún potentado, y porque los abogados, sobre todo en Bolivia son unos corruptos y perversos. ¡Imagínate qué daño le harían a un cliente perguano, siendo que los perguanos somos tan odiados aquí!

* * *

También mi suegro insiste en que contrate un abogado, para no estar del todo desprotegido.

Me dice:

—Por lo menos para que te asesore. . .

Sugiere que contrate, a un precio módico a un “abogado cristiano”.

Yo exclamo:

—¡Justamente, en esos confío menos!

Y me responde:

—¡Tienes razón, ché! Todos los abogados son unos corrompidos, y los abogados cristianos son de lo peor, porque como son unos mediocres y nadie los contrata, cuando algún hermano evangélico cae en su red, ellos se recuperan económicamente y con creces. Así son, pues. . .

Le digo:

—Yo no creo que todos los abogados sean unos corruptos y malditos. Hay abogados buenos. A decir verdad, la abogacía vendría a ser, según la Biblia, la profesión más importante y necesaria con miras a implementar el principio del *tiqún olám* o restauración del universo.

* * *

No quise ir tan lejos como para decirle: “Porque abogado tenemos: Jesús el Mesías, el justo” (1 Juan 2:1). Pero le presenté el caso de otro pata mío.

Le digo:

—Yo conozco a un abogado realmente admirable.

—¿Quién? ¿Quién? ¡Oye!

—El Dr. Job Lawyer.

—¿Es inglés? ¡Esos sí son buenos! Pero debe cobrar mucho, ché. . . Pero a ellos no les tiente la corrupción. Con ellos de nada te sirven tus coimas. . .

—No, no es inglés.

—¡No me digas que es francés! Esos también son unos corruptos, como los españoles, como los italianos, como los venezolanos, como los bolivianos, como los peruanos y todos los latinos.

—No. No es francés. El es arameo.

—¿Arameo? ¡No me digas!

—Sí, Higinio, y tú le conoces bien. . .

—¿De dónde, pues, ché?

—Es el Job de quien habla la Biblia. ¿Sabías que de profesión él era abogado?

Dicho sea de paso, el original del libro de Job estuvo escrito en arameo, pues se nota el idioma arameo por debajo de su formulación en hebreo.

* * *

Mi suegro inquiere:

—¿Acaso Job era abogado, ché?

—Justamente, esa era su profesión. El era el mejor abogado de su tiempo. ¡Quizás el mejor abogado del mundo!

Como mi suegro es ciego, me entrega su Biblia Científica RVA y me pide que le muestre dónde dice que Job había sabido ser abogado. Y le leo hacia el final del Capítulo 29 del libro de Job:

*Yo libraba al pobre que clamaba,
y al huérfano que no tenía quien le ayude.
La bendición del moribundo caía sobre mí,
y al corazón de la viuda yo daba alegría.*

*Yo me vestía de rectitud,
y ella me vestía a mí.
Como manto y turbante
era mi justicia.*

*Yo era ojos para el ciego,
y pies para el cojo.
Era un padre para los necesitados,
e investigaba la causa que no conocía.*

* * *

Mi suegro está anonadado, sobre todo cuando escucha a Job decir: “Yo era ojos para el ciego.”

Luego de un corto silencio, exclama, henchido de emotividad:

—¡Futa! ¿Eso dijo Job?

—Sí.
El repite:

*Yo era ojos para el ciego,
y pies para el cojo.*

Y concluye:

—¡Qué lástima que esté muerto, ché! ¿Habrá abogados como él?

—¡De que los hay, los hay! Pero están distantes. . . más allá de la mediocridad.

15
MOLLY Y LA BIBLIA



“¡Este abuelo!” —dice nuestra pequeña Lili Ester— “¡Este abuelo es pura boca!
¡Nada más que boca!”

El se tapa las orejas cuando le hablamos de nuestra pequeña Molly, y no quiere escuchar de los cuidados que le prodigamos: Sus vacunas en la fecha, su baño regular, su pedicure y manicure, su corte de pelo al estilo Cocker Spaniel y su tortita de cumpleaños con su velita de carne para soplar o engullir. ¡Peor si se entera de que la Lili y yo nos hemos peleado por dormir con la perrita recién bañada y perfumada!

Cada vez que le tocamos el tema de la Molly o de cualquier otro perro, nos agobia con sus sermones, como disco rayado:

—¡Todos los perros son unos hediondos y unos sarnosos!

Y repite, enfatizando sus adjetivos:

—¡Eso es lo que son! ¡Unos sarnosos! ¡Hay que meterles cuchillo, oye!

* * *

Algunas veces llegamos de visita a su casa en El Alto (sobre los 4,000 metros de altura), y me recuesto sobre su cama para recuperar el aliento, antes de ponernos a conversar y a discutir. Entonces la Lili le dice:

—¡A que no adivinas de dónde venimos, abuelo!

Y él, a las ganadas con Olguita, su segunda esposa, se apresura a preguntar:

—¿De dónde? ¿De dónde? ¿De dónde vienen ahora?

Y la Lili le responde con melodioso estribillo quemasangre, cuya rima es pura improvisación:

*¡Venimos de visitaar!
¡A la Mollicita!
¡En su casa de la Jennifer!
¡Y de paso!
¡Hemos ido a comprarle unas limas
a la cholita Justina,
a la vuelta de la esquina!*

El responde con enojo fingido —recuerda que el Higinio es pura boca, nada más—, y dice:

—¡Otra vez me vienes con ese perro hediondo! ¡Todos los perros son unos sarnosos! ¡Eso es lo que son! ¡Unos sarnosos!

Y la Lili le dice:

—¿Y por qué, pues, nos preguntas de dónde venimos? Yo sólo he respondido a tu pregunta; no he hecho nada más.

* * *

En esos días nos habíamos mudado de casa, a un departamento en el piso más alto de un condominio, y mientras veíamos a qué lugar apropiado llevaríamos a nuestra hermosa perrita, porque no podíamos tenerla en un edificio, la dejamos unos días encargada en la casa vecina, de la Jennifer, su amiguita de nuestra pequeña Lili, que daba a un hermoso jardín y lugar de juegos y columpios, en un área privada. Es que la Molly era la delicia y el entretenimiento de todos los niños de esa bonita vecindad.

Y a propósito del abuelo, su reacción contra los perros, sobre todo contra los perros callejeros, se debe a que siendo él ciego de nacimiento, que se guía con un bastón, es a veces víctima de los ladridos amenazantes de los perros que alguna vez en su perra vida han recibido un palazo de alguien que no aguanta pulgas.

Olguita también es invidente, y habiendo perdido la vista de niña, le es muy difícil orientarse, por lo que Higinio le sirve de ojos.

Volviendo al abuelo, él llena su mundo de oscuridad con la luz de su Biblia en Braille, y cuando hace frío, él la lee con sus dedos en su cama, debajo de gruesas frazadas.

* * *

Mucho me ha costado intentar convencerle al Higinio de las bondades de los perros, pero en vano. El es incircunciso de corazón, porque si algo no está explícitamente escrito en la Biblia, aunque sea algo bueno, no da su brazo a torcer. Por eso le dije un día, de manera peregrina, sólo por provocarle:

—No sé si ya te habrás enterado de que Jesús amaba a los perros, y que de manera especial le gustaban los perros Cocker Spaniel, como nuestra Molly. . .

El hombre da un salto de su sillón y se pone de pie. Y tantea con nerviosismo una Biblia Científica Reina-Valera Actualizada (RVA) que tiene en su estante de libros, la misma que yo publiqué en Estados Unidos.

Me la entrega y dice:

—¡Ay, caray! ¡No, pues, oye! ¡Demuéstrame en la Biblia que a Jesús le gustaban los perros! ¡No, pues, oye!

El tiene su Biblia Científica RVA, para dársela a las visitas para se la lean en los textos o pasajes que quiere comentar. Pero él lee su Biblia Reina-Valera de 1960 en Braille, que ha sido publicada en 31 voluminosos tomos, que como él dice, “un burro no los podría cargar a todos juntos”. Por esta razón él atesora tantas referencias bíblicas en su memoria, que realmente causa asombro.

* * *

Yo le devuelvo su Biblia Científica RVA cerrada, lo cual él considera un gran triunfo para sí. Sé que me va a ser imposible buscarle la prueba bíblica en ese mismo instante, y solemnemente prometo buscársela en casa y leérsela en mi próxima visita. Aunque a decir verdad, no estoy tan seguro de que pueda encontrar en la Biblia algo específico acerca del aprecio o del amor a los perros, salvo el refrán de Eclesiastés 9:4, que dice: “Mejor es un perro vivo que un león muerto!”

Al Higinio no le convencen las generalidades, de que los perritos, como él mismo, son criaturas de Dios; que a ambos, a ellos y a él, Dios les ha hecho con sus manos y que los animales también tienen alma y merecen un trato digno.

El demanda pruebas bíblicas textuales y específicas, de lo contrario, se adjudicará una nueva victoria teológica, porque. . . ¡nadie puede saber más de la Biblia que él! ¡Eso es imposible!

* * *

Llego a casa, agobiado por el reto planteado, y me pongo a buscar en la Concordancia Bíblica: “Perro”, “perritos”, “perrillos”. . .

Y me choco con esta historia narrada en el Capítulo 7 del Evangelio de San Marcos:

Y levantándose, Jesús partió de allí para los territorios de Tiro y Sidón. Y entró en una casa y no quería que nadie lo supiese, pero no pudo esconderse. Más bien, en seguida oyó de él una mujer cuya hija tenía un espíritu inmundo, y vino y cayó a sus pies.

La mujer era griega, de nacionalidad sirofenicia, y le rogaba que echase el demonio fuera de su hija. Pero Jesús le dijo:

—Deja primero que se sacien los hijos, porque no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos.

Ella respondió y le dijo:

—Sí, Señor. Pero también los perritos debajo de la mesa comen de las migajas de los hijos.

Entonces él le dijo:

—Por causa de lo que has dicho, vé; el demonio ha salido de tu hija.

Y cuando ella se fue a su casa, halló a su hija acostada en la cama y que el demonio había salido.

* * *

El autor del Evangelio de Marcos tiene especial interés en referir el origen de la mujer. La llama “sirofenicia”, porque en ese tiempo Siria y Fenicia formaban una sola entidad político-territorial.

El idioma que hablaba era el griego, lo que indica que provenía de una minoría helenizada e influyente. Para el lector moderno, ella era simplemente libanesa, del Líbano, como se llama actualmente ese país.

Mateo, que habría estado presente en la escena, añade detalles conmovedores que dan a entender que la mujer tenía cierto conocimiento del judaísmo. Es de suponer que era una “temerosa de Dios”, como llamaban a las personas gentiles que simpatizaban con la fe de Israel y tenían un lugar asignado en las sinagogas.

Mateo dice, además, que ella se apareció mientras Jesús y sus discípulos iban por el camino que llega a Tiro por el lado sur, y les siguió por un largo trecho clamando por misericordia.

* * *

He aquí la historia según el Evangelio de Mateo 15:21-28:

Cuando Jesús salió de allí, se fue a las regiones de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea que había salido de aquellas regiones, clamaba diciendo:

—¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! ¡Mi hija es gravemente atormentada por un demonio! —Pero él no le respondía palabra—.

Entonces se acercaron sus discípulos y le rogaron diciendo:

—¡Despídela, pues grita tras nosotros!

Y respondiendo dijo:

—Yo no he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel.

Entonces ella vino y se postró delante de él diciéndole:

—¡Señor, socórreme!

El le respondió diciendo:

—No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos.

Y ella dijo:

—Sí, Señor. Pero aun los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños.

Entonces respondió Jesús y le dijo:

—¡Oh, mujer, grande es tu fe! Sea hecho contigo como quieres.

Y su hija quedó sana desde aquella hora.

* * *

Esta es una historia codificada y no ha sido debidamente entendida a través de dos mil años; los comentarios bíblicos no son de gran ayuda. Por ejemplo, dicen que la palabra “perros” es un término despectivo de los judíos para referirse a los gentiles.

¡Mentira! Esto no está documentado en la literatura judía, y evidentemente, tampoco esta idea pasó por la mente de Jesús. El sólo hablaba de la prioridad de alimentar a los “hijos”, y con las sobras, como se suele, a las mascotas y animales domésticos.

Pero, ¿cómo se le ocurrió a Jesús echar mano de esta analogía que de veras sería ofensiva a los libaneses, estando él mismo dentro del territorio del Líbano?

El Evangelio de Mateo refiere que la mujer le imploraba misericordia, pero Jesús fingía no hacerle caso, hasta que, evadiéndola (como dice el Evangelio de Marcos) entró a la casa de una familia judía donde tenía previsto alojarse. Esto habría hecho en un simulado intento de deshacerse de ella, mientras algunos de sus discípulos se encargaban de detenerla para que no les siguiera ni viera a dónde entraba.

Pero la mujer, inteligentemente, intuyó a dónde habría entrado Jesús, y acudió también allí. ¿Por qué? Simplemente, porque la fe es inteligente.

* * *

¿A dónde entraría Jesús?

¡A dónde más sino a la casa de una familia judía de Tiro que le era conocida!

La mujer, que conocía la casa, llegaría justo en el momento en que Jesús se disponía a almorzar en el patio, debajo de la vid o la higuera, como solían.

Los niños pequeños estarían a su lado cuando él se disponía a partir el pan. Entonces la mujer llegó agotada y cayó a los pies de Jesús, en el preciso momento en que estaban allí, debajo de la mesa, unos perritos pequeños de la familia.

Quizás la perrita Cocker Spaniel había tenido cachorritos, y Jesús mismo se estaría divirtiendo dándoles pedazos de pan en la boca. Los niños, por quienes Jesús tenía especial atención porque como es sabido era “guaguero”, se regocijaban con lo que Jesús hacía.

* * *

Al caer la mujer, habría llegado a estar a los pies de Jesús, de cuatro patas, como un perrito más. De estas circunstancias particulares habría derivado Jesús la analogía de los perritos, y usó la palabra “perritos”, porque tenía delante a esos cachorritos.

Jesús solía derivar sus enseñanzas de las cosas que ocurrían en su entorno: El sembrador arrojaba sus semillas a corta distancia, y el refiere la Parábola del Sembrador, aunque en otra ocasión refirió la misma parábola junto a la playa. Los pajaritos descendían y se comían las semillas junto al camino, justo cuando él se refería a ellos analógicamente. Y así sucesivamente.

* * *

La mujer, viéndose en cuatro patas, como los perritos, entendió el humor y el cariño de Jesús. Quizás a ti te choquen, pero para ella sus palabras no eran despectivas, como lo revela también el uso del diminutivo “perritos”. Después de todo, ella sabía que Jesús

nunca da migajas. Ella sabía que recibiría el gran banquete de la liberación de su hija que estaba confinada a la cama, y el glorioso status de “hija” de Dios.

Aquella mujer también entendió, con la inteligencia emocional que es propia de la fe, las prioridades de la agenda de Jesús, quien por el momento evitaba dedicar tiempo y esfuerzos a la gente que no eran de “las ovejas perdidas de la casa de Israel”. Este era, casualmente, el punto al cual Jesús quería conducir las cosas, para darles a sus discípulos judíos las migajas de una maravillosa lección práctica acerca de la fe y la agenda de Dios.

* * *

El Higinio me escucha maravillado, pero triunfalmente dice:

—¡No, pues, oye! Lo que me dices es pura conjetura. Te estás rebajando al mismísimo nivel de los curas, ché. . . A ver, ¿dónde está escrito, de manera explícita, que Jesús amaba a los perros?

Entonces acudo a Olguita, su mujer, en busca de apoyo, y le digo:

—Y a ti, Olguita, ¿te convence mi explicación?

Ella salta de su asiento, vibrando de emoción, y responde:

—¡Sí, doctor! ¡Yo sí creo! ¡Yo sí creo!

El Higinio siente estar perdiendo terreno, siendo que su mujer es una buena católica, y exclama:

—¡No, pues, oye! ¡Tú has prometido que me vas a mostrar en la Biblia que a Jesús le gustaban los perros y que se preocupaba por ellos!

Entonces abro la Biblia y le leo en el Salmo 136:25: “El da alimento a toda criatura, ¡porque para siempre es su misericordia!”

El viejo no da su brazo a torcer, y exclama:

—¡No, pues, oye! ¡Tú prometiste encontrarme un versículo donde dice explícitamente que “Jesús amaba a los perros Cocker Spaniel y que les daba pan en su boca con su mano”. —Y enfatiza las palabras “con su mano”.

Entonces le digo:

—En el Salmo 145:16 dice: “Abres tu mano, y satisfaces el deseo de todo ser viviente.”

Y añado triunfalmente:

—Allí tienes la palabra “mano”.

Y el viejo resabido exclama:

—Pero nada dice de los perros en general ni de los Cocker Spaniel en particular.

* * *

El viejo zorro me tiene hasta la coronilla. Si no hago algo desesperado, nuevamente va a saltar de su silla adjudicándose una nueva victoria teológica. Entonces se me ocurre decirle:

—También recordarás que Jesús le dijo al primer Papa de Roma: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Simón Pedro le respondió: “Sí, Señor, tú sabes que te amo.” Entonces Jesús le dijo: “Alimenta a mis perritos.”

El viejo hace un escándalo y dice:

—¿Dónde dice “alimenta a los perros”? Lo que dice es: “Apacienta mis ovejas.”

Y le respondo:

—¿Por qué te excitas tanto, Higinio? Perros u ovejas, da lo mismo. ¡Lo que aprendemos de su lenguaje analógico, en primer lugar, es que si amamos a Dios, tenemos que demostrarlo cuidando de los seres que él ha creado! Esta es nuestra responsabilidad ecológica.

* * *

El viejo se rasca la cabeza. No ha sido del todo convencido, porque como dije, él es incircunciso de corazón.

Siente que pierde terreno, y después de un minuto de silencio, vuelve a la carga:

—¡Futa! ¡No, pues, oye!

Olguita se pone de pie, bruscamente, y tantea el extremo de la cama para guiarse hacia el cuarto de baño.

Mientras se aleja lentamente, junta las palmas de sus manos, eleva al cielo sus ojos invidentes, y exclama con regocijo:

—¡Yo sí creo, doctor! ¡Yo sí creo!

* * *

Derrotados en la sesión de esgrima bíblica dejamos la casa del abuelo, y partimos de regreso a casa en el auto de la tía Stael.

Una sombra de tristeza envolvía el alma de la Lili y la mía, y por mucho tiempo nos quedamos callados, incomunicados, tirados cada uno a un costado del asiento trasero con nuestras caras pegadas al vidrio de la ventana y las miradas divagando.

Mientras bajamos la empinada cuesta de Pasankeri, comentamos con la tía Stael lo ocurrido y nos ponemos a soñar: ¿Qué premio le correspondería a Olguita por su amor a nuestra Molly?

Tendría que ser un premio celestial por su fe pura y espontánea y su amor por los perritos que Dios ha creado.

Entonces, Lili arguyó que también deberíamos pensar en un castigo ejemplar para el abuelo, por su dureza de corazón, porque como dije, él es incircunciso de corazón. Lástima que nuestros pensamientos no pasaran de ser nada más que fantasías en medio del silencio.

* * *

Entonces interrumpo y digo:

—Si por lo menos fuera verdad eso de la reencarnación. . .

La Lili pregunta:

—¿Qué es la reencarnación, papá?

—Es una creencia oriental de que cuando te portas mal en esta vida, en el futuro podrías volver a nacer y vivir como animal, según la gravedad de tu conducta.

La Lili pregunta:

—¿Cómo cualquier animal, papá? Por ejemplo, ¿también como un microbio?

La tía Stael interrumpe y protesta:

—¡Ah, eso no! ¡Eso de la reencarnación no está en la Biblia!

Yo les digo:

—Pero, ¿si fuera verdad la reencarnación? ¡Allí tendríamos el castigo que se merece el abuelo por la dureza de su corazón!

La Lili pregunta:

—¿De qué se reencarnaría el abuelo?

Se me brillan los ojos de contento y de perversidad propongo:

—¡A él le iría bien de perro, porque los perros son su obsesión!

La Lili propone:

—¡Mejor de perrita! ¡De hembrita le iría mejor a él! ¿Qué tal?

La tía Stael contribuye:

—¡Qué buena ideota! ¡Y mejor si se reencarna de perra faldera! ¡Así lo mantendríamos quieto, dentro de la casa! Porque mucha preocupación nos acarrea que esté andando por las calles como perro sin dueño. . .

Y Lili lo remata:

—¡Que sea de perrita chiguagua! ¿Todos de acuerdo? ¡Excelente!

Y respondemos haciendo algazara en el auto:

—¡Qué bien! ¡Se lo tiene bien merecido el abuelo!

* * *

Cuando nos acercamos a la ciudad de La Paz, ya nos habíamos olvidado del tema. Aunque la Lili seguía intrigada con eso de la reencarnación, y pregunta:

—¿Y de qué te reencarnarías vos, papá?

La tía Stael detiene el coche en un semáforo, y se vuelve hacia mí con su generosa propuesta:

—¡A vos te iría bien de lagartija! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Cuando nos acercamos a casa, nuestro vehículo parecía una fiesta a causa de las risas.

Les digo:

—¡Imagínense al abuelo de perrita faldera!

—¡Y vos de lagartija!

Les digo:

—Pero nos olvidamos del premio que se merece la Olguita. . .

Y la Lili dice, presa de emoción:

—¡Su mejor premio sería que se quedara de Olguita nomás!

* * *

Han pasado muchos años, y recién he podido entender el mensaje de la historia de los perritos en los Evangelios. Porque. . .

¿Acaso no se invirtieron los roles, y la libanesa resultó participando de las *delicatesen* de la mesa del Señor, y los que recibieron las migajas fueron sus discípulos judíos?

¿Acaso no fue ella quien captó en primer lugar esta gran lección de Misionología que Jesús quería que captasen sus discípulos, y por eso les llevó a ese escenario lleno de perritos en la lejana ciudad de Tiro?

¿Acaso no es el testimonio de su fe y de la inteligencia emocional de esta mujer lo que ha merecido ser eternizada en las páginas de la Biblia?

Sin duda, el objetivo del Señor es, en los términos de su oración a su Padre que está en los cielos: “Para que te conozcan, el Dios verdadero, y al Mesías a quien has enviado” (Juan 17:3).

16
LOS CURAS Y
LOS DIEZ MANDAMIENTOS



A continuación incluyo una pieza de conversación recurrente del abuelito Higinio sobre un tema trillado de la preferencia de la mayoría de los evangélicos, que si bien no conduce a nada a los personajes involucrados, es posible que influya en el lector de la presente antología.

La conversación deja entrever que el abuelito, que previamente fue católico él mismo, está desesperado por convertir a los católicos a su modalidad de fe evangélica que le ha sido inculcada por su mentor-discipulador, el pastor Arturo Arana. A la manera de este buen hombre de Dios, a veces actúa zahiriente, pero aunque todos le escuchan de buena o mala gana, nadie capta como él cree que captan el meollo de sus argumentos, por más veces que le escuchan repetir el mismo discurso muchas veces.

Uno de sus temas recurrentes es el tema de los Diez Mandamientos y cómo han sido supuestamente mutilados por los curas. Y nadie le ha escuchado más veces tratar al respecto que su mujer, también invidente, que de paso es una católica bien formada doctrinalmente y con quien yo hago buen equipo para refutar sus argumentos mal enfocados, aunque sin tener éxito jamás.

* * *

La última vez que volvió a intentar convencerme sobre el tema de los Diez Mandamientos y su mutilación a manos de los curas, me pongo cómodo para escucharle, y él empieza con su inveterada estrategia:

—¿Existe en la Biblia una condenación explícita para aquellos que mutilan “las palabras del libro de esta profecía”? —Y al decir, “esta profecía”, levanta en su mano su Biblia Reina-Valera Actualizada (RVA), que me ha cabido el honor de editar y a él le cabe el honor de blandir como su arma más efectiva—.

—Sí, existe —le digo—, y tú la conoces muy bien.

Lo dice de memoria:

—“Si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la santa ciudad, de los cuales se ha escrito en este libro. Apocalipsis veintidós diecinueve.”

Le digo:

—En realidad, con esas palabras se refiere el Apóstol Juan sólo a su obra, el libro de Apocalipsis, pero podemos aplicarlas a toda la Biblia si quieres. Pero, ¿a dónde quieres llegar?

Entonces dice:

—¿Y no es cierto que los curas han eliminado el Segundo Mandamiento que prohíbe la idolatría, porque estorba su jugoso negocio de la venta de imágenes? ¿Y no es cierto que para que sigan siendo Diez Mandamientos han dividido en dos el Noveno Mandamiento?

El hombre queda neutralizado y boquiabierto cuando respondo con parquedad:

—Eso no es verdad, Higinio. Eso es una mentira de los evangélicos. Ellos nunca han hecho eso que tú dices, aunque así nos enseñan nuestros misioneros y pastores. Además, el Noveno Mandamiento dice: “No dirás falso testimonio contra tu prójimo.” ¿Dónde está que se pueda dividir su texto?” En todo caso, tu argumento tendría que ver con el Décimo Mandamiento, no con el Noveno.

Interesantemente, los que han formulado este argumento, se refieren erróneamente al “Noveno Mandamiento” que de ser dividido en dos diría:

1. “No dirás falso testimonio” y
2. “Contra tu prójimo”.

* * *

El promete demostrarme la verdad de su afirmación, como lo ha hecho muchas diez veces en el pasado. Y yo prometo demostrarle que su afirmación no es correcta, como lo he hecho muchas veces en el pasado, sin éxito alguno. Pero aunque ni él, ni yo, llegamos a ninguna parte, estoy seguro que cualquiera que lea la presente historia llegará a algo más concreto y edificante.

El se pone de todos los colores y dice:

—¿Cómo se te ocurre decir eso? Tú sabes que lo que dices de ninguna manera es la verdad, y te lo voy a demostrar. . .

Se queda callado un rato. Y cuando iba a hablar, le insisto que se calmara:

—La calma y el respeto son los ingredientes de la reflexión. A simple vista las cosas parecen así como tú dices; pero si las examinamos de cerca resulta que no es así. En todo caso, como tú ya has formulado tu argumento, deja que yo exponga los míos.

* * *

Olguita, su mujer, escucha pasmada y se le va la voz.

Nadie jamás pudo conversar con el abuelo sobre este tema sin ser aplastado sin misericordia por sus contundentes argumentos que yo le decía a boca de jarro y sin pelos en la lengua que no eran válidos.

El abuelo me entrega la Biblia y me dice:

—Aquí tienes la Biblia Científica RVA que tú mismo has publicado. Abrela y léela, porque escrito está en Isaías ocho veinte: “¡A la ley y al testimonio! Los que no hablan de acuerdo con la Palabra, es porque no les ha amanecido.”

* * *

Abro la Biblia, y el abuelo me ayuda:

—Está en Exodo capítulo 20. . .

Le digo:

—Sí, lo sé, pero estoy buscando el pasaje paralelo de Deuteronomio capítulo 5. ¿Sabías que existen algunas diferencias entre Exodo 20 y Deuteronomio 5?

El abuelo exclama:

—¡No puede ser! ¡Tú estás fantasiando!

Le mostré las diferencias más superficiales:

—La diferencia principal es que el texto de Deuteronomio es posterior al texto de Exodo y refleja progresos importantes de la reflexión de los israelitas respecto de la Palabra de Dios con el paso del tiempo. De paso, esto revela que la Biblia es Palabra de Dios y es también palabra de hombres, perfectamente enmarcada en la cultura de los pueblos del antiguo Medio Oriente y en la fe israelita.

Prosigo:

—En Exodo 20:17, la formulación del último mandamiento incluye a la mujer en el patrimonio del hombre, juntamente con su asno y su buey. Esto refleja la cultura más antigua de los pueblos de Canaán, étnicamente emparentados con Israel. Pero en Deuteronomio 5:21 se excluye a la mujer de la lista de cosas que le pertenecen a su marido, y ella es considerada una persona libre. Es más, se menciona a su mujer, antes que a su patrimonio, haciendo una clara distinción entre las personas y las cosas.

El abuelo me pide leer Deuteronomio 5:21 para ver si lo que digo es verdad. Y leo:

—No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey ni su asno, ni cosa alguna que sea de tu prójimo.

* * *

Luego paso a decirle:

—En el texto hebreo de Deuteronomio 5:21 no hay las palabras “ni”, sino sólo las palabras “no”. Por tanto, puedes leer este mandamiento como que son dos y no uno solo:

1. “No codiciarás la mujer de tu prójimo.”
2. “No desearás la casa de tu prójimo, etcétera. . .”

Ante su gran asombro, remato:

—Mientras en Exodo 20:17 hay un solo verbo hebreo que se traduce “codiciarás”, en Deuteronomio 5:21 hay dos verbos, “codiciar” y “desear”. “Codiciar” se refiere a la mujer de tu prójimo, y “desear” se refiere al patrimonio de tu prójimo. Lo cual demuestra que aunque sean formulaciones breves, en realidad se trata de dos mandamientos separados. ¿Te convences?

Responde:

—¡No, pues, oye! Ya te estás rebajando al nivel de los curas. . .

* * *

El abuelo no se da por convencido de que Deuteronomio 5:21 contiene dos mandamientos, e insiste:

—Te estás rebajando al nivel de los curas, ché. Ellos han dividido el Noveno Mandamiento en dos, para poder suprimir el Segundo Mandamiento que prohíbe la adoración de las imágenes y terminar siempre con Diez Mandamientos. . .

Le pregunto:

—¿Quién te ha dicho que esta formulación del Decálogo es producto de la mala motivación de los curas? Ya viste que lo que consideras un solo mandamiento en Deuteronomio 5:21 son en realidad dos, cada uno con su verbo. Luego verás que no hay tal cosa como haber eliminado el Segundo Mandamiento.

Y responde de manera burlona:

—¡A la vista está que tú nunca has leído el libro, *Pepa y la Virgen!* ¡Allí se destapa la verdad de las cosas, sin medida ni clemencia!

* * *

El abuelo me entrega su libro, *Pepe y la Virgen*, escrito por un pastor evangélico español llamado Emilio Martínez y me dice que lea en las páginas 104 y 105.

Veo que trata de Julián, un joven evangélico español que tiene una discusión con un cura ante un grupo de viejas beatas en una vivienda en un callejón de un solo caño.

Un niño pequeño llamado Manuel acababa de lucirse en medio del Padre Ambrosio y de las viejas cucufatas al recitar impecablemente los Diez Mandamientos que había aprendido en la Escuelita Pía.

El autor del libro relata lo ocurrido:

Su madre, orgullosa de él, le dijo:

—*¡Qué hermoso! Ven, da un beso a tu madre. ¡Así! Ahora, vete a jugar al patio.*

—*No, madre. Yo me quedo —contestó el chico—.*

—*Pues siéntate y calla.*

—*Señores —dijo Julián—, ya han visto ustedes con qué soltura este niño ha dicho unos mandamientos que no son sino una sombra de los mandamientos que el Señor dio, pudiéndose llamar a éstos, mejor que Mandamientos de Dios, Mandamientos de Roma.*

—*No dice usted la verdad —interrumpió el padre Ambrosio—. La verdad. . .*

—Padre Ambrosio, no sea usted impetuoso; yo hablo verdad cuando digo que los mandamientos que el niño ha recitado, aprendidos en el Catecismo del Padre Ripalda, están mutilados; y si no, compruébese con la Biblia de usted.

—Sí, señor, se comprobarán —contestó el padre Ambrosio tomando la Biblia y abriéndola.

Julián esperó, viendo al padre Ambrosio pasar las hojas de uno a otro lado, tan pronto en los Salmos como en las profecías.

—Padre Ambrosio —dijo, por fin, Julián—, ¿no sabe dónde se encuentran los Mandamientos?

—Sí, señor, pero no tengo mucha costumbre de manejar la Biblia.

—Pues, ¿no es una vergüenza que haya sacerdotes que no lean la voluntad de Dios en su Libro y vayan a buscarla en vidas de santos, la mayor parte imaginarios? Los Mandamientos se encuentran en el libro de Exodo capítulo 20; y este libro es el segundo de los escritos por Moisés.

* * *

El padre Ambrosio encontró por fin el libro, y Julián abrió su Biblia al par que decía al niño:

—Haz el favor de decir el Primer Mandamiento.

—El primero —dijo Manolillo—, “Amar a Dios sobre todas las cosas.”

—Mi Biblia dice: “Yo soy Jehová, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí.” ¿Dice lo mismo la de usted, padre Ambrosio?

—Sí, señor, pues tan sólo en lugar de decir “Jehová” dice “Señor”, pero equivale a lo mismo; y en lugar de “casa de siervos” dice “casa de servidumbre”; eso es cuestión del traductor.

—Bien —repuso Julián—, estamos conformes. Pero, ¿es igual este mandamiento al que ha dicho el niño?

—La simplificación que de este mandamiento ha hecho la iglesia es muy sabia, pues de esta manera la aprende más fácilmente el niño.

—Pero, ¿es posible que los doctores de la Iglesia de Roma se crean más sabios que Dios mismo, como lo demuestran corrigiendo lo que él ha hecho? De esta alteración resulta una cosa, y es que este mandamiento, tal como Dios lo ha dado, manda amarle a él y prohíbe rendir culto, no tan sólo a otras divinidades, sino a ninguna criatura, como podemos verlo pasando al Segundo Mandamiento. Pero como lo enseña la Iglesia, desaparece por completo cuando se refiere al culto.

* * *

El autor continúa narrando:

Por fin, después de algún silencio, dijo el sacerdote:

—Lo que deseo es que terminemos pronto esta cuestión.

—Bueno —contestó Julián—, pero no la terminaremos sin llegar a una conclusión, porque usted siempre saca cosas nuevas y de otra índole. Vamos, Manolito —añadió, dirigiéndose al niño—, hazme el favor de decir el Segundo Mandamiento.

—El segundo —exclamó el niño—, “No jurar su santo Nombre en vano.”

—No, Manolito, no es eso. Te saltas un mandamiento.

—No, señor.

—Sí, uno que habla del culto.

—Anda, anda, pues en la Escuela Pía los damos como yo los he dicho.

—Pues, hijo —repuso Julián intencionalmente—, te engañan. Padre Ambrosio, ¿lee usted o leo yo el Segundo Mandamiento?

—Ni usted, ni yo —contestó el sacerdote—, porque ya no tengo paciencia para oír más impiedades.

—¿Impiedades? Yo veo que en mi Biblia el Segundo Mandamiento dice: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás; porque yo soy Jehová, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos, a los que me aborrecen; y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos.”

* * *

Cuando le devuelvo su libro, el abuelo me dice con aires de poderío:

—¿Qué te parece el libro?

Le digo:

—Me parece muy ameno. Pero a diferencia de lo que dice el pastor Emilio Martínez al hacer dialogar a sus personajes, debo informarte que existen tres modalidades de dividir el texto bíblico en Diez Mandamientos, y las tres se basan en enfoques hermenéuticos correctos, y de ninguna manera mal intencionados:

1. En primer lugar tenemos la modalidad judía basada en el libro del Exodo, por ser el texto original o más antiguo. En esta modalidad, lo que tú consideras el “primero” y el “segundo” mandamientos, forman uno sólo, como lo leen los católicos.

2. En segundo lugar tenemos la modalidad católica que es semejante a la modalidad judía y sólo se diferencia en que sigue el texto de Deuteronomio, que en el versículo 5:21 ve dos mandamientos: El Noveno y el Décimo. Este criterio no es de los curas, pues deriva del comentario del Decálogo por los escribas de Israel y también por San Agustín.

—¡Guan moment! —interrumpe el abuelo—. A mí no me consta que ése Agustín haya sido santo. El no tiene ninguna autoridad para mí, pues la única autoridad válida es la de la Palabra de Dios.

Le digo:

—Bueno, si no quieres que lo llame San Agustín, lo llamaré Agustín a secas; a mí me da igual.

Y prosigo:

—La tercera modalidad de dividir los Mandamientos es de San Calvino, quien escribe en sus *Instituciones de la Iglesia Cristiana*, que aunque prefiere su división, aprecia el valor hermenéutico de las otras dos, la judía y la católica. Su división es la que aprendemos en nuestras iglesias evangélicas y la que yo he hecho resaltar en la Biblia Científica RVA, para servir de base a la exégesis y a la consideración de las otras posibilidades de interpretación. Me parece que el tema de la división del texto de los Diez Mandamientos no tiene por qué ser materia de peleas y acusaciones para nada edificantes.

* * *

Ahora bien, el Primer Mandamiento no empieza con las palabras, “Yo soy Jehovah tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud”, como dicen el pastor Emilio Martínez y el pastor Arturo Arana, pues estas palabras de Exodo 20:2 son una introducción a cada uno de los Diez Mandamientos, en el sentido de que porque Jehovah sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto, ellos estaban obligados a obedecer y a cumplir cada uno de sus mandamientos.

El primer mandamiento empieza con las palabras de Exodo 20:3, “No tendrás otros dioses delante de mí”, y a la verdad, continúa hasta Exodo 20:6, porque no existe distinción entre tener otros dioses y en hacer imágenes de ellos. En los pueblos del antiguo Medio Oriente y del mundo entero, la imagen de un dios es el dios mismo, que aunque sea de piedra, de yeso, de madera o de metal, es considerada el asiento de la presencia y del poder del dios que es al mismo tiempo visible e invisible.

La interpretación católica, de que el mandamiento se refiere a imágenes de dioses y no a imágenes de santos cristianos es correcta, al margen del hecho de que el recurso a las imágenes de santos le ha sido nociva a la Iglesia Católica, porque el *populorum* concentra su confianza en las imágenes y en los santos, y pierde conexión con el motivador texto de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios.

El compartir juntos este punto de vista, como evangélicos que somos, aplaca su ira mal dirigida, porque como le digo, a mí que me importa lo que hagan otros. A mí me importa lo que hago yo o lo que hacen mis hermanos evangélicos y punto, conforme a la palabra que dice: “Yo tengo hermanos, no primos.”

* * *

Pero el hombre vuelve a la carga acusando a los católicos de haber mutilado el texto de las Escrituras para favorecer sus enseñanzas idolátricas y su negocio de vender imágenes. Entonces le digo:

—Aparte de conocer la verdad sobre estas cosas, no veo por qué te ofende tanto que el texto bíblico sea simplificado en un catecismo para niños. Sólo podrías asegurar que la Iglesia Católica ha anulado uno de los Diez Mandamientos si eso ocurriera en sus versiones de la Biblia y en la edición completa del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Lo que tú afirmas que ha ocurrido, en realidad no ha ocurrido, Higinio. Como evangélicos que somos, hay que ser honestos, y como dice el reverendo padre Carlos D. Mesa Gisbert, “al pan pan, y al vino vino”.

* * *

Se enardece su ira ante mi postura, pero yo paso a enfocar un tema asociado respecto del cual los evangélicos hemos tenido un pésimo performance.

Estamos de acuerdo de que el énfasis católico, en el sentido de que el mandamiento no se refiere al arte cristiano, ha sido nociva. Pero también es nociva la interpretación protestante que no da cabida al arte cristiano y le incita a los evangélicos a la violencia y a cometer actos iconoclastas, como patear y romper las imágenes que en realidad son propiedad de otros, como refiero en mi historia corta, “Nossa Senhora Aparecida”.

Y más nociva aun es la postura radical de los musulmanes, que prohíbe aun las fotografías de la gente. Por eso le tienen pánico a la cámara fotográfica, y a la Esfinge de Egipto le rompieron la nariz de un cañonazo. Aunque es curioso que en el país musulmán de Irak está en cada esquina y en cada hogar la imagen omnipresente de Saddam Hussein.

* * *

Cuando exponemos de manera respetuosa e inteligente la Palabra de Dios, la gente llega a conocer al Dios vivo y termina desligándose de todo tipo de imágenes idolátricas, incluidos las imágenes o los ídolos que solemos tener los evangélicos y los adventistas, tan propensos a considerar sagrados nuestros mitos, nuestras leyendas, nuestras fábulas profanas y nuestros cuentos de viejas. Esto hacemos cuando decimos que los dinosaurios nunca existieron, y que la Tierra fue creada hace 6.000 años cuando en realidad tiene 4 billones y medio de años. Los evangélicos tenemos la desfachatez de reverenciar la palabra de San Usher como si fuera la palabra del Dios de Israel.

* * *

El abuelo quiso pasar al tema de la Virgen María, si fue siempre virgen o no, y le paro en seco al decirle:

—Por favor, no perdamos tiempo hablando de eso, porque a mí no me importa la vida privada de la gente.

Pero el abuelo se ríe escandalosamente y dice:

—¡Ah, te corres, te corres! ¡Qué pena que te rebajes al mismo nivel de los curas, ché!

Como siempre, terminamos en paz y armonía, acordando continuar con nuestra reflexión teológica el próximo sábado, después de disfrutar juntos de las bondades de la tierra y de los placeres de la carne y del pescado. Y en cuanto a los curas, la persona que él más venera es un cura, el Padre Daniel Stretch, el que les casó a Olguita y a él.

ADDENDUM

El abuelito se refiere al Padre Daniel Stretch como “mi cuate”:

Mi cuate Daniel Stretch, de San Louis, Missouri, empezó en Cristo Rey. El fundó esta iglesia hasta que el clero nacional empezó a fregarle la paciencia, y él se pasó a María Reina.

El decía con respecto a Bolivia, su campo de misión: “Yo tengo que morir aquí, pues.”

El fundó dos albergues para alcohólicos, uno en Tembladerani, por Alto Sopocachi, y otro en Chuspipata, camino de los Yungas, que ahora lo dirige un cura italiano llamado Alejandro, que antes era un maleante y se convirtió al evangelio y siguió la vocación del Padre Daniel.

El Padre Daniel me decía de los alcohólicos: “Háblales, Higinio, háblales del evangelio, ojalá se conviertan.”

Wenceslao Cuéllar se llamaba el cantor que me enseñó a cantar las misas y me enseñó a que lo imitara, y me ministraba diciendo: “Higinio, no te metas con las jovencitas; ellas nada tienen que dar. Métete con viudas, porque esas, cuando llegas matan una vaca, o por lo menos un chanco gordo.”

A ratos, cuando estaba zampao, el Wenceslao Cuéllar hasta cueca le metía en la misa.

El cura de Pampagrande se llamaba Echevarría.

* * *

Y le gustaba mucho declamar la poesía “Los frailes venden”, de José Soto, un evangélico centroamericano que escribió un libro de poemas:

*Los frailes venden.
Venden medallas
y escapularios,
y otras mil cosas
que alguien inventa.*

*Plata si ríes;
si lloras, plata.
Lo mismo al vivo
y al que se mata.*

*¿Casarte quieres?
¡Paga, canalla!
Paga, y calla.*

* * *

Al Abuelito Higinio le era algo admirable reflexionar acerca de Dios como que es luz, como dice el Apóstol Juan, no obstante que no sabe qué cosa es la luz.

Me decía: “El concepto de Dios como que es amor, es más fácil de entender a partir de la experiencia humana del amor, que el concepto de Dios como que es luz.”

Pero también respecto de este segundo concepto, el Apóstol Juan parte de la experiencia humana más profunda del contraste entre la luz y las tinieblas. Sírvanos de apoyo conceptual la anécdota que refiero a continuación.

Mi suegro, Don Higinio Peña de Cuéllar, es ciego de nacimiento, y es cierto que en el plano físico él no sabe qué cosa es la luz, pero tampoco sabe qué cosa son las tinieblas.

Sin embargo, él entiende perfectamente bien el concepto de que Dios es luz, más que nosotros que vemos en el plano físico y que quizás no lo entendemos tan perfectamente como él.

¿Cómo lo entiende?

Lo entiende a partir del contraste ético que presenta el Apóstol Juan de la luz y las tinieblas cuando escribe en 1 Juan 1:5-7:

Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas. Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

17
EL TIO DEL SOCAVON



Cierto día fuimos mi esposa y yo a la sede de Tránsito en la ciudad de La Paz, para un trámite de transferencia de su automóvil que le había vendido su hermano, que a su vez lo había comprado de un amigo suyo que reside en la ciudad de Oruro.

Llevamos el documento original de la compra del auto, pero el policía a cargo de la oficina de recepción de documentos en la Sección Jurídica no lo quiso recibir. Nos dijo que no procedía el trámite si la copia del documento original de compra-venta no estaba debidamente legalizada.

Intentamos legalizarla de inmediato, pero en las notarías de La Paz nos dijeron que sólo la Notaría Rodríguez de Oruro, que emitió el documento original, podría hacer la legalización requerida. Pero Oruro está a tres horas y media de distancia de La Paz, y un viaje ida y vuelta allá tomaría un día entero.

Como mi esposa no podía dejar su oficina entre semana, yo hice el viaje el 15 de agosto, con todas las previsiones del caso.

Mi esposa, que conversaba con su papá Higinio, me pasa el teléfono, y el viejo me desea un buen viaje. Me contó que en su juventud pasó buen tiempo en Oruro, estudiando en una institución para ciegos, y se despidió diciéndome:

—No te olvides de tomar api en el mercado; es famoso. Y de paso aprovechas para visitar al Tío, ché.

—¿A quién?

—Al Tío del Socavón.

Y le dio un ataque de risa.

* * *

Partí antes de las 8 de la mañana para llegar a Oruro a las 11 para obtener la copia legalizada del documento y estar de regreso en La Paz, a más tardar a las 3 de la tarde. Pero por diversas razones el bus se demoró una hora adicional y alcancé a llegar a la notaría pocos minutos antes de las 12.

La secretaria, a quien encontré cerrando la puerta, me dijo que la notaría abriría a las 2 de la tarde, y que entonces se procedería a hacer la copia legalizada, pero la firma del notario la obtendría a las 3 de la tarde, porque a esa hora llegaba él.

Me dice:

—Mejor venga nomás un cuarto de hora antes de las 3 de la tarde. Mientras tanto, puede ir a comer en un restaurant, a pasearse en la ciudad, y a ver las chicas.

Le digo:

—Aprovechando de estar en Oruro, ¿podría visitar el Socavón?

Ella responde:

—Ay, señor, ¿qué tendrá usted que hacer en el Socavón? Además, a esta hora lo encontrará cerrado. Pero si tanto le escuece, vaya después de las 3 de la tarde, cuando ya tenga listo su documento legalizado.

* * *

La secretaria era una señora o señorita muy amable. Se encontraba en el umbral de la tercera edad, pero se podía ver detrás de las huellas del tiempo una mujer menuda, hermosa y muy agradable en su trato y en su conversación.

Me puse a conversar con ella, y me dijo que se llamaba Elsitita Vargas, que era orureña, pero que en toda su vida jamás se había acercado a la boca del Socavón, y menos, al sitio donde se encuentra sentado “el Tío”.

Cada vez que mencionaba esa palabra, “el Tío”, se deshacía en nervios y no podía ocultar su terror, y su voz parecía convertirse en llanto.

Por ella me enteré que había un museo allí al lado, el Museo Minero del Socavón. También era aconsejable visitar la Iglesia de la Virgen del Socavón.

—Son lugares muy visitados que vale la pena ver —me decía—. Pero, ¿qué tiene usted que ver con el Tío? No vaya a verlo. Sólo de pensar en su nombre, “el Tío”, ¡tiemblo de horror!

* * *

Su conversación fijó en mi mente la idea de no dejar Oruro sin visitar al Tío del Socavón, como me aconsejó en broma mi suegro.

El Socavón es la entrada tenebrosa a una antigua mina de Oruro, ciudad que está construida sobre una complicada red de túneles excavados bajo tierra para la explotación de la plata. Es la entrada de una mina agotada que ha sido condicionada ahora como museo. A su lado se ha construido la Catedral de la Virgen del Socavón, la Patrona de los mineros de Oruro, a quien son dedicadas las famosas celebraciones del Carnaval de Oruro que compiten con el Carnaval de Río.

¿Y el Tío del Socavón?

El es un personaje mítico que en la cosmovisión originaria no es exactamente el diablo, sino el espíritu de la mina, con quien hay que hacer las paces para que te vaya bien en el interior de la mina, por ejemplo, evitando derrumbes o intoxicaciones.

Es una especie de genio o de espíritu vinculado con las riquezas que encierra la mina y con el socavón que se cava para explotarlas. Quizás en tiempos antiguos, antes de los españoles, el Tío habría tenido el aspecto de un indio originario como el Evo. Pero desde tiempos de la Colonia tiene el aspecto de un español, de ojos azules; eso sí, vestido a la usanza de los indígenas de Oruro, con chullo, poncho y ojotas.

Es un muñeco de tamaño natural pero mal hecho, y en absoluto podría catalogarse como obra de arte o pieza de museo. Con todo, nadie pasaría detrás de él, sin brindar con él con Singani, sin prenderle un cigarro en la boca, sin dejarle un atado de coca, o algunos billetes, dólares especialmente.

* * *

Me despidió de Elsitita y fui en busca de un restaurant para almorzar. Pero, ¡qué ciudad tan difícil!

Oruro es una ciudad grande, y entre febrero y marzo, cuando se celebra el afamado Carnaval de Oruro, se convierte en un centro de quehacer internacional; incluso de Israel llegan los mentecatos a bailar la morenada. Pero no pude encontrar al medio día un restaurant convencional, con puerta a la calle.

Buscaba algo conocido, como decir, un Pollos Copacabana, o un Kentucky Fried Chicken, o cualquier otro restaurant con nombre propio, pero no encontré ni uno solo con puerta a la calle. Lo que había era merenderos ocultos, a los cuales se tendría que llegar tras atravesar largos callejones, y no quise adentrarme a ellos por dos razones: Por mi seguridad personal y porque no me atraían para nada los menús que se anunciaban, que seguramente eran deliciosos, pero no entendía qué cosa eran ni con qué se comen.

Un restaurant ofrecía “caldo de cardán”. Yo no sabía qué era eso, pues por primera vez escuchaba esta palabrita que suena a francés clásico, pero nada que ver. Después me enteré que es a base de testículos de toro, licuados, y que constituye un poderoso afrodisíaco; posiblemente el más poderoso de todos los viágrafos cholos.

Otro restaurant ofrecía un plato llamado “thimpu”, con su “ahogadito”. Yo lo descarté porque no sabía qué era eso de “ahogadito”. ¡Imagínate si me tendría que ahogar!

Otro restaurant ofrecía “charquecán”, que tampoco sabía qué era, y hasta hoy no sé.

* * *

Otros restaurants ofrecían platos que se entendía qué eran, pero que no despertaban ningún apetito en mi hambre. Por ejemplo, “panza”, que me imagino que es el “mondongo”, pero quizás preparado de manera diferente que en el Perú. DESCARTADO.

Otro restaurant ofrecía “ají de lengua”, que me imagino que es a base de lengua de algún animal, excepto el dinosaurio. Sólo de pensar en mi propia lengua, se me fue el apetito. DESCARTADO.

Otro restaurant ofrecía “rostro asado”, que supongo sería cabeza de carnero, porque un rostro de vaca sería demasiado grande para una persona. Pero sólo de pensar en el Jaime Paz Zamora se me fue el apetito. DESCARTADO.

* * *

Ningún restaurant ofrecía pollo a la brasa, o parrilladas, o chorizos, o pizzas, y menos había un restaurant vegetariano que me hubiera caído mejor, dadas las circunstancias. Mientras tanto, el hambre hacía sus estragos en mi ser.

Preguntando por un lugar cercano para comer, alguien me dijo:

—Vaya al mercado. Allí hay merenderos donde puede ver lo que sirven.

Fui allí, y a esa hora todos los puestos de comida estaban ocupados por obreros con su ropa de trabajo, sentados delante de los mostradores. Pero me alegré al ver que ofrecían “chairo”, una sopa que yo conocía y que es realmente deliciosa. Un platazo de chairo sería suficiente para todo el día.

* * *

Entonces vi un rinconcito muy atractivo donde ofrecían chairo, y no estaba atiborrado de gente. Tenía limpias mesitas a diferencia de los mostradores de los otros puestos, y tenía bonitas sillas de madera, pintadas de color celeste.

Muy amablemente las chicas que atendían me hicieron tomar asiento, y me sirvieron el chairo más delicioso que he probado en mi vida. Varios venían y compraban el chairo en *tapers*, para llevar a sus casas, de modo que pude disfrutar del mío sin compartir mi mesita con extraños.

Cuando acabé de comer, pagué y agradecí por el servicio, y al levantarme, me encuentro con que la silla se había pegado a mi pantalón. No hacía mucho que habían pintado esas sillas y no estaban completamente secas. Esa era la razón por que los del lugar no se sentaban en ellas.

Pude haber salido del mercado con la silla pegada a mi trasero, pero me desembaracé de ella, no sin poco afán. Y fíjate que esto les parecía gracioso a los que me veían.

Las muchachas, asustadas, no me quisieron cobrar por el chairo, pero yo insistí, e inclusive les di propina. Y mientras camino rumbo al Socavón se me ocurre que ésta habría sido la primera travesura que me hacía el Tío porque en mi alma había decidido no llevarle una ofrenda.

* * *

Como tenía planeado, y siguiendo los consejos de la Sra. Elsita Vargas, de no acercarme al Tío, fue precisamente eso lo que hice. Fui para hacer turismo en el Socavón. pero no le llevé al Tío, ni trago, ni cigarros, ni coca, ni dólares.

El tour guiado fue muy instructivo. Un atractivo especial eran los implementos artesanales que usaban los “jukus”, los rateros de minas, para robar el preciado metal. El guía nos dijo que de la palabra “jukus” deriva la palabra “jukeo” o robo, así como también la “jaqueo”, el moderno término de la informática que significa robo informático.

El guía explica: “Aun por debajo de la ciudad de Oruro se extienden los tenebrosos socavones. Pobre gente, algunos mineros no salían ni de noche, ni respiraban aire de afuera, ni veían la luz del Sol, y encima tenían que sufrir el maltrato y la explotación de los dueños de la mina.

“Ellos tenían que creer en algo, y crearon al Tío, como la personificación de la ansiada seguridad y prolongación de la vida dentro de esos socavones infernales que se convertirían en sus tumbas. La necesidad de creer en el Tío es similar a la del Ekeko, que no es un dios, ni tampoco es el diablo, sino la personificación del anhelo de satisfacer las necesidades básicas de la vida.”

* * *

Los turistas, en esta época del año mayormente bolivianos, se acercan a él en el spot iluminado con luz eléctrica, que antiguamente sólo contaba con la tenue luz de una vela en medio de las tinieblas eternas del vientre de la tierra. El está sentado a la entrada del principal socavón, como impidiendo el acceso.

El Tío tiene en la boca un cigarrillo encendido que, supongo, algún encargado reemplaza cuando se consume.

Al mirarlo, los visitantes se llenan de terror, pensando que detrás del muñeco sin duda se encuentra el poder de hacer el bien o el mal, y depositan junto a él sus ofrendas: Puñados de hojas de coca, cigarrillos, y algunas monedas y billetes, en moneda nacional y extranjera, mayormente sencillo.

Quizás yo fui el único irreverente que no puso nada en su platillo del Tío, y quizás a eso se debe todo lo que me pasó después, al salir del Socavón.

* * *

Al salir del Socavón empezó el ventarrón, y algunos decían: “¡Esto es obra del Tío!”

El ventarrón levantó tanta tierra que llegué a la notaría todo empolvado. Elsita Vargas ya se encontraba allí, y procedió a prepararme la copia legalizada, lo cual no le tomó mucho tiempo. Sólo había que esperar la firma de ley.

Mientras espero la firma del notario, le cuento a Elsita de mi visita al Tío del Socavón. También le muestro mi pote pintado de azul, y le digo que así empezaron a suceder cosas extrañas.

Ella se pone pálida, tan pálida que me dio pánico.

Me dijo, temblando:

—No debió ir usted al Socavón. No debió ir a ver al Tío. Yo soy de Oruro, y jamás en mi larga vida he ido a ese lugar, ¡ni por curiosidad!

Le digo que yo no creo en tales cosas.

Y me dice:

—¡Lo peor está por venir! Con estas cosas hay que ser muy prudentes.

* * *

Al salir de la notaría con mi documento legalizado, me abrí camino al terminal a duras penas.

Felizmente encontré un bus de Transportes Fenix que partía de inmediato a La Paz. Salimos a un cuarto para las 4, y esperábamos llegar a las 7.30 de la noche. En el terminal de La Paz me esperaba mi mujer desde las 2 de la tarde.

De pronto, cuando salíamos de Oruro, el cielo se oscureció, y amenazaba una tormenta.

Luego vino la tormenta y toda la región al norte de Oruro se convirtió en lago hasta cerca de Caracollo. Toda esta zona está sujeta a inundaciones, como pude constatar al examinar mapas técnicos.

Por razón de la lluvia, el resto del viaje a La Paz fue muy lento, en medio de un diluvio como he visto pocos, y en más de una ocasión el bus se deslizó fuera de la pista, gracias a Dios sin consecuencias.

Mi mujer, cansada de esperar en el terminal de La Paz, se volvió a nuestra casa.

* * *

Llegué a La Paz a las 9.00 de la noche, con seis horas de retraso y en medio de un diluvio tal que hizo que mis seres queridos llorasen mi partida antes de tiempo.

Me tomó tiempo conseguir un taxi cuyo chofer aceptara llevarme a Alto Sopocachi.

En casa encontré a mi mujer y a mi hija llorando. Incluso mi suegro Higinio estaba en un mar de lágrimas, pensando que algún accidente me habría ocurrido en la autopista acerca de la cual se comentaba en las noticias que él escuchaba todo el tiempo en su radio portátil. Se decía que se había convertido en un mar.

Lo primero que hice fue cambiarme toda mi ropa, y después de tomar una sopa caliente me puse a asear la casita de mi Shadow, su adorado hámster de la Lili. Y en eso se produjo el apagón general en Sopocachi, que duró hasta tarde en la mañana del día siguiente.

Ocurrió que alguien conducía a duras penas su automóvil en pleno diluvio, y su vehículo se resbaló y fue a chocar contra el poste de luz que sostiene las conexiones eléctricas para el alumbrado de todo nuestro sector.

* * *

Mientras yo limpiaba la casita de nuestro Shadow, mi pequeña hija Lili tenía a su Shadow en sus manitas y lo colmaba con besos en su boca. Y al verse de repente a oscuras, tomó su teléfono celular y encendió esa luz azul que tienen. Cuando me di cuenta que tenía en una mano a su Shadow y en otra a su celular encendido, corrí hacia ella y le hice ver que esa luz podía enceguecer los diminutos ojitos de nuestro pequeñín.

Tomé en mis manos al pequeñín para ponerlo en su jaula, y sentí que vibraba de nerviosismo, por lo cual opté por retenerlo un momento en mis manos. Pero se me escapaba con una fuerza que antes no había demostrado tener. Finalmente lo puse en su casita limpia, pero él se golpeaba por salir de la jaula.

Aquella noche del 15 de agosto me mantuve en vela para ver cómo evolucionaba el pequeñín y constaté que el nerviosismo no le dejaba a lo largo de la noche.

Lo primero que hizo fue subir a su ruedita de aerobics y hacerla girar con la vitalidad que demostró el día que vino a nuestra casa la primera vez, y quizás con mayor intensidad aun. Lo hizo girar tanto, sin hacer caso del tumor que tenía en su pechito, porque ya era viejito.

* * *

Su cuerpecito no daba indicios de poner aquietarse. Intentaba escaparse de mis manos, por lo que volví a meterlo en su casita, pero me quedé media noche observando sus movimientos. Y observé que al ver la puerta de la jaula abierta se logró calmar un poco. Logró salir de nuevo, y de nuevo lo retuve en mis manos para acariciarlo pegado a mis mejillas.

Lo dejé que correteara sobre la alfombra de la biblioteca todo lo que quisiera.

Después de un largo rato lo volví a meter en su casita, y lo sentí más calmado, pero ansioso de estar fuera de la jaula.

Lo dejé fuera, y después, cuando yo caía vencido por el sueño, sentí un ruido y observé que era él que se había metido dentro de su jaula por sí solo. Era la primera vez en su vida que entraba solo en su casita. Pero pronto salió disparado.

Lo tomé en mis manos para ponerlo en su jaula y sentí que su cuerpecito vibraba de nerviosismo. Lo retuve un momento en mis manos, pero se me escapaba con violencia. Parecería que quería vencer la gravedad de la Tierra y salirse al espacio.

* * *

Me mantuve en vela, para ver cómo evolucionaba nuestro pequeñín, y constaté que el nerviosismo no le dejaba a lo largo de toda la noche.

Subió a su ruedita de aerobics y la hizo girar con vitalidad increíble, como si estuviera corriendo a gran velocidad en el descampado. Su corazoncito no daba indicios de aquietarse, por lo que lo dejé que correteara en la sala alfombrada, en medio de la oscuridad. El correteaba y entraba a su jaula, y volvía a salir de un salto, para luego volver a entrar.

Al amanecer estaba agotado. Entonces lo tomé en mis manos, lo pegué a mi mejilla y le canté el himno que compuso Piero: “Viejo, mi querido viejo. . .”

* * *

Pasado un mes mi mujer me dice:

—¿Sabías que el documento legalizado que trajiste de Oruro no lo recibieron en Tránsito?

—¿Por qué?

—Porque dijeron que no había sido necesario. El policía que nos dijo que el trámite no procedía sin esa copia legalizada, seguramente esperaba alguna coima, pero no me dijo nada. Exigió la copia, y al ver el documento en mi mano, se asustó. Luego nos llevó a la

oficina de la Sección Jurídica y entró él solo, y al salir nos dio la respuesta de manera indirecta y nos entregó el documento debidamente firmado.

El abuelito Higinio, que estaba de visita, le dice:

—El esperaba que tú le dijese cómo se podía arreglar para que se consiga la firma del jefe de la Sección Jurídica, sin tener que ir a Oruro. Entonces se habría mostrado servicial, y hubiera hecho pasar los papeles, como quien dice, “para hacer la prueba”. Y después te hubiera dicho que sí pasó, gracias a sus servicios.

Yo le digo:

—¡Y pensar que para conseguir ese papel de porquería, casi me mato en un accidente en la autopista de Oruro!

El abuelo estalla en carcajadas, y dice:

—¡Eso te pasa por ir a verlo al Tío sin llevarle coca, ni cigarros, ni singani (aguardiente)! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Para la próxima vez. . . Total. . .



**EL TIO DEL SOCAVON BAILANDO
EN EL CARNAVAL DE ORURO**

18 EL KARATEKA PROFESIONAL

El miércoles 22 de noviembre del 2017 le llevé su almuerzo a Olguita a las 12.00 en punto, al edificio Alcázar.

Ingreso por la puerta principal, y el portero me abre la puerta que da acceso a los ascensores. Y espero el ascensor al lado de una señorita que entró marcó el piso N° 20. Yo marqué el piso N° 2.

En el ascensor venía del sótano, de los garajes, un hombre que no había marcado a qué piso iba. Sólo había llamado al ascensor marcando el botón de subida, y dentro no marcó a qué piso iría. El ascensor subió, porque la dama y yo lo llamamos desde la planta baja.

Se supone que un extraño que llega al edificio, ya sea de visita a alguna persona o por otro motivo, no ingresaría al sótano por la puerta del garaje, para de allí tomar el ascensor. El ingresaría por la portería, informando al portero a dónde iba. Los que toman el ascensor en el sótano son los residentes en el edificio que llegan en su auto porque tienen cochera.

* * *

Cuando yo salí del ascensor, con la bolsa de comida en mi mano, el hombre salió tras de mí, y me siguió de cerca, y se detuvo donde yo me detuve para abrir la puerta de Olguita con mi llave. Y al ver que la puerta se abre, me dijo:

—Disculpe, me he equivocado de piso.

Y volvió para tomar el ascensor.

Yo entro al departamento de Olguita, y le digo:

—Acabo de tener una experiencia extraña. . .

Y le refiero lo de este hombre que tras haber ingresado al ascensor por la entrada del garaje, cuya puerta se encuentra desde hace tiempo en reparación, subía en el ascensor sin rumbo fijo, y que me siguió hasta la puerta de su departamento.

Le digo:

—Me ha dado miedo. . .

Ella no me escuchó, porque sufre del oído, y su audífono le ayuda a duras penas.

* * *

Me puse a servirle su comida en la cocina, para llevársela a su mesita en la pequeña sala.

Entonces suena el teléfono, y ella responde.

Le escucho que le dice: “En el segundo piso, en el departamento K.”

Pensé que sería alguna persona invidente como ella que le quiere visitar y que estaba confirmando la dirección del departamento.

De repente, tocan el timbre, y yo voy a abrir.

Era el mismo hombre, que Olguita me presentó como que era su sobrino. Por mi mente pasó la escena de otras visitas inoportunas a esta señora cieguita, justo en la hora de almorzar. De todas maneras, mi práctica es que le sirvo su comida a ella y después me sirvo yo mismo, y me pongo a comer delante de las visitas no invitadas, porque no tengo la obligación de darles de comer a ellas también.

* * *

Olguita me presenta como que soy el esposo de la hija del Higinio.

Al percatarme de que es su sobrino, tomo confianza y le digo:

—Me dio miedo que viniendo del sótano saliera del ascensor tras de mí y me siguiera hasta la puerta de Olguita.

Entonces, Olguita, que tampoco escuchó lo que le digo, le dice a su sobrino refiriéndose a mí:

—El es mi ángel.

Así se refiere ella a mí, porque he asumido la responsabilidad de llevarle su desayuno y su almuerzo todos los días desde nuestra casa que está relativamente a corta distancia.

Y él, que me veía por primera vez, y cuya existencia yo también ignoraba, porque los familiares de Olguita, casi todos, siempre se desentienden de ella, le responde:

—¡Qué pues! ¡Un ángel miedoso!

Y yo le digo:

—Quiero que sepas que yo no le tengo miedo a nadie, porque entre otras cosas soy karateka profesional.

Me dice:

—Yo también.

Yo me doy por desentendido, y añado:

—Yo tengo miedo por Olguita, porque vive sola, y porque se ha reportado que gente extraña ingresa al edificio no por la portería sino por el sótano y deambulan en el interior del edificio.

* * *

Guié a Olguita a tomar asiento en su mesita, y le serví su rica comida que mi esposa había preparado para ella. Pero antes, le dije “manito derecha” y puse en ella su pastillita de aspirina que le han dado en la Clínica Geriátrica.

A él también lo hice sentar al lado de ella para que siguieran conversando, aunque esa mañana el oído de Olguita estaba mal, quizás porque la pila se había gastado.

* * *

Después me serví mi plato, entré a la salita, me senté en el sillón y me puse a ver las noticias en el televisor. Prendí CNN en inglés.

El hombre, cuya conversación no tenía rumbo definido, empezó a ponerse nervioso y a hacer llamadas telefónicas desde su celular. Una de las llamadas fue a su restaurant, y preguntó:

—¿Qué es lo que tienen de menú ahora? ¿Majadito? Entonces ya voy allá; manda que me sirvan un plato de majadito.

Yo seguía comiendo y viendo la tele. Me inquietaba escuchar las noticias acerca del submarino argentino Ara San Juan, que se ha perdido con 44 personas a bordo. Varios países, hasta doce, estaban empeñados en su búsqueda.

Finalmente, el hombre de la visita inoportuna, se puso más nervioso todavía, y se despidió de Olguita diciéndole:

—Mejor vuelvo mañana. . .

* * *

Hasta allí no se trataba más que de alguien más que acude a una persona invidente para pedirle plata. Fígaro, mi peluquero, dice: “Eso es normal.” Mi suegro decía: “Así, pues, tiene que ser. Los invidentes tenemos que ayudar a los videntes.” Pero el problema es que estando Olguita sola los videntes carguen con su pequeño baúl y con todos sus valores, y se salgan por el sótano, por la puerta del garaje.

Acabado nuestro almuerzo, yo lavo los platos y las cucharas, y los pongo en su lugar, y salgo para volver a casa. Y en la puerta central del edificio estaba estacionado un automóvil cuyo chofer, al verme, abre la puerta delantera derecha y muy efusivamente me invita a subir para llevarme al edificio donde vivo.

Es un hombre desconocido. Yo me acerco a la puerta abierta de su auto, pensando que quería preguntar por alguna calle o algún edificio, y al ver que no pregunta nada, yo tampoco le digo nada y continúo mi camino.

Entonces el hombre cierra la puerta de su auto y parte velozmente, maldiciéndome.

* * *

Cuando llego a casa le cuento lo sucedido a mi esposa y a mi hija, y ellas expresan su preocupación porque la escena del sobrino de Olguita tuviese conexión con la escena del auto, en vista de que mi presencia pueda haber echado a perder algún plan macabro para asaltar a nuestra querida cieguita.

De inmediato llamamos a Margot, sobrina de Olguita, el único familiar que realmente se preocupa por visitarle y atenderle.

Ella responde:

—¿De parte de quien?

Le digo:

—Moisés.

Me pregunta:

—¿Moisés qué?

Le digo:

—Moisés Chávez.

Responde:

—No le conozco.

Y cuelga.

* * *

Volvimos a llamar, y esta vez mi esposa le explicó de qué se trataba, y ella nos dijo que el día de ayer había recibido llamadas de personas desconocidas que intentaban sacarle información o de citarla a algún lugar.

Nos pidió disculpas, y acudió a nuestra casa para informarse de todo lo ocurrido en el día. Y acordamos juntos visitar a Olguita al día siguiente para explicarle las cosas que habían ocurrido, y no debía abrir su puerta a cualquier persona que tocara el timbre. Y como tiene el problema del oído, le dijimos que marcara el número telefónico de Rut, su buena vecina de al lado, para que ella viera de quién se trata. Rut conoce a todos los que atendemos diariamente a Olguita.

También acordamos insistir porque la Administración del edificio se hiciera cargo de arreglar la puerta del garaje para que no ingresen los desconocidos con propósitos desconocidos.

Pero todavía nos preocupan las palabras del sobrino de Olguita, “mejor vuelvo mañana”. En este momento que escribo esta historia, me inquieta saber si volvió, y para qué de repente le visita alguien que jamás le visitó previamente, y que se da el lujo de hablarle chanzudamente a quien le da de comer a su tía diariamente.

¡Cuánto extrañamos a Higinio! El también era invidente, pero su oído era tan poderoso, que podía oír las intenciones del corazón.

19
¡NINGUN TRIBILIN!



**Higinio, Moisés y Amandita, en un descanso
en la Marcha “Caminando por la Vida: Juntos contra el Cáncer”
La Paz-Huajchilla, Octubre del 2016**

La expresión “¡ningún Tribilín!” se ha hecho proverbial en Bolivia. Deriva del nombre del Tribilín con que es conocido en español el Goofy, el personaje mitad humano mitad perro creado por Walt Disney y que aparecen en las series cómicas formando un trío inseparable con el Ratón Mickey y con el Pato Donald.

¿Cuáles son las características de este simpático personaje, del Tribilín?

Una característica es que a diferencia del Ratón Mickey, que es realmente el cerebro del trío, y a diferencia del Pato Donald, que es un tipo de tipo medio o mediocre, el Tribilín es. . . “¡la quinta rueda del coche!”

Otra característica del Tribilín es que a pesar de la gran iniciativa que despliega el Ratón Mickey en materia de aventuras, el Pato Donald lo echa todo a perder y el Tribilín lo remata.

Otra característica del Tribilín es que a pesar de ser perro se da el lujo de tener su propio perro, el Pluto, que a diferencia de él, que tiene dos patas, tiene cuatro patas como es de esperar de un perro de verdad, y también ladra. Sin embargo, el Tribilín es más ingenuo que su perro. Con decirte nomás que un perro es por naturaleza ingenuo, inocente, pero el Tribilín es “inocentonto”.

* * *

Dejando de lado las tiras cómicas de Walt Disney y volviendo a la vida real de los seres humanos, estoy plenamente convencido, que salvo poquísimas excepciones, usted no quisiera ser un Tribilín, por más cómico que sea.

Una mujer por ejemplo, salvo rarísimas ocasiones, no escogería jamás a un Tribilín como su enamorado o como su marido. De modo que cuando alguien, digamos, un hombre, despliega una inteligencia y un valor que realmente sorprenden, sobre todo a una mujer, se dice: “¡Ese no es ningún Tribilín!” —expresión que en Argentina equivale a decir: ¡No es ningún pichiruche!”

Este es el caso de mi suegro Higinio. ¡El no era ningún Tribilín!

* * *

El Higinio quedó viudo de Amelia, su primera esposa, que era la madre de mi esposa Amanda. Era muy triste para él estar sólo, y empezó a enamorar a una mujer, invidente como él, que destacaba por su atractivo personal y por su don de la música y el canto, que él también desplegaba, aparte de ser un gran imitador.

En cierta ocasión, el Padre Daniel Stretch organizó un retiro de invidentes en Huajchilla, una aldea que queda unos quince kilómetros al sur de la ciudad de La Paz, en camino de bajada. Para que tengas una idea, Huajchilla es el destino final de las marchas “Caminando por la Vida – Juntos contra el Cáncer”, que organiza anualmente la Municipalidad de La Paz juntos con varias instituciones como el Banco Fie, El Banco Fortaleza, la Cámara de Comercio y la empresa privada y los caminantes, por no decir marchistas.

De parte del Estado y del Evo, nada de nada. Total. . .

* * *

Mi esposa Amanda, mi hija Lili Ester y yo participamos en estas marchas “Caminando por la vida” anualmente, y en la última del 2017 también participó Rodrigo, el novio de Lili.

Es una marcha de 12 kilómetros, partiendo del parque de Las Cholas, y pasando por lugares de encanto como Aranjuez, Mallaza, Jupapina, Lipari y finalmente Huajchilla, tras pasar el cementerio de Huajchilla. Pero no entramos a la aldea de Huajchilla, sino que nos desviamos al bello oasis del Club de Tenis de La Paz, un extenso parque sembrado de un tupido grass cuyas instalaciones se prestan como punto final de rehidratación y refrigerio. Allí recibimos nuestra bolsa con sándwiches y nuestra gaseosa.

* * *

Lo que más me gusta de esta actividad, aparte de su noble propósito de levantar fondos para el tratamiento de los niños con cáncer —pues se participa “poniendo”—, es ver a los perros que llevan los participantes.

Si vieras la traza de los perros, algunos de ellos a todas luces falderos por los cuales tú no apostarías ni un céntimo. Si los vieras, como gran cosa, vistiendo sus poleras de “Caminando por la Vida”, especialmente diseñadas para caninos.

No faltaría por allí un Tribilín que al verlos diría: “¡Estos perros sin duda son atletas, deportistas aprobados! ¡Guau, Guau! ¡Caminar 12 kilómetros no es poca cosa, aunque sea de bajada!” Pero esos perros engreídos no caminan ni diez metros y ya quieren ser llevados en brazos, salvo algunos perros que realmente sorprenden, como dice la palabra: “¡No son ningún Tribilín!”

* * *

Por primera vez en su vida el Higinio marcharía, o trotaría, rodeado de sus más grandes admiradores y de los más grandes objetos de su admiración, con excepción del Evo: ¡Los perros!

Lo digo en broma, porque como los perros le ladran a cualquier persona que ande con bastón, cosa que para ellos no pasa de ser un palo común y corriente, cosa que para ellos pobres les trae al corazón momentos tristes y dolorosos.

Sí, estos perros estaban allí a su lado, esta vez, por una causa común, y porque mi suegro esta vez echó mano de mi brazo, no de un bastón.

* * *

Volviendo al recuerdo de los retiros organizados por al Padre Daniel Stretch, ni Amanda ni yo conocíamos nada de la historia secreta que se revelaría un año después de la participación del Abuelito Higinio en la marcha “Caminando por la Vida” del año 2017 cuando tenía 87 años de edad. No conocíamos nada de dicha historia secreta porque se relaciona con algo que ocurrió mientras Amanda y yo vivíamos en Lima, Perú.

Resulta que mi suegro, que estaba enamorando a Olguita, la líder, la mujer que destacaba en medio de la congregación, sabiendo lo del retiro de ciegos en Huajchilla, no fue con todos ellos en los buses, sino que brilló por su ausencia.

En esos días se realizaba ese retiro dos veces al mes. Los llamaban “jornadas espirituales” y eran organizadas por la Confraternidad Cristiana de Enfermos y Discapacitados en la cual ella trabajaba como secretaria.

De repente, cuando empezaron las actividades de la jornada espiritual, quizás Olguita, remotamente pensaba que en buena hora el Higinio habría dejado de asediarla para dejarla en paz. Entonces se dio con la sorpresa de que el Higinio había caminado los 12 kilómetros desde La Paz hasta Huajchilla, para “ver” a su amada y darles una sorpresa a todos los presentes, que eran alrededor de 30 personas.

* * *

¡Cómo una persona invidente y en su tercera edad fue capaz de realizar tal hazaña, él solo, sin ningún guía, y en una autopista llena de vehículos!

¿A qué hora, pues, habrá salido de La Paz, para llegar a las 10.30 en punto?

Acto seguido se apareció al lado de su amada, sin riesgo de equivocarse de mujer, porque ella usaba en ese tiempo un perfume llamado “maderas de oriente”, que él podía reconocer al toque. Y al toque sacó de su bolsillo una bolsa de caramelos para que su

amada Olguita los repartiera entre todos los presentes, incluido el Padre Daniel Stretch, a quién él prodigaba un verdadero amor y agradecimiento por su gran amistad.

Ese día Higinio brilló como héroe y su resplandor inundó el retiro espiritual y llenó de dicha a Olguita, que desde ya pensaba aceptarle como compañero de la vida, porque al ver aquello pensó en su alma: “¡Este no es ningún Tribilín!” Y desde esa hora pensó seriamente en aceptarlo y dejar de hacerlo sufrir tanto con su rechazo y sus requiebros de mujer.

¡Ay Dios mío! ¿Por qué no hiciste más bien que la mujer sea la que conquiste al hombre, en lugar de que las cosas fueran al revés? ¡Cómo nos gustaría hacerlas sufrir y rechazarles cada vez que nos invitan al McDonald’s o al Burger King!

* * *

Huajchilla se convirtió en una especie de lugar santísimo para esta pareja que se abría paso a la vida. Por eso, en la marcha “Caminando por la Vida” de octubre del año pasado, 2017, él participó con nosotros a sus 87 años de edad, llegando hasta el puente de Lipari, que fue donde los buses “barrenderos” nos “limpiaron” y nos llevaron en el tramo final al Club de Tenis La Paz, que es una cuesta empinada.

Aquello fue una proeza que mi esposa y mi hija no dejan de admirar, pues ha dejado su recuerdo en cada hito, como el tramo donde fue corriendo con el trote de un caballo, o cuando pasamos por el Parque Recreacional Bartolina Sisa donde a sus 87 años subió al tobogán y se deslizó por el tobogán, o el lugar donde se sentó a descansar en el pretil de una tienda almacén y donde fuimos asediados por los periodistas y los camarógrafos de la televisión.

Lo que ni mi esposa, ni sus hijos sabían, y que sólo yo sé porque Olguita ha tenido la gentileza de contármelo, es que previamente él había hecho esa marcha solo, y todo por amor.

El mismo Padre Daniel Stretch los unió en los lazos del santísimo matrimonio.

En esos días Amada y yo vivíamos en Lima, y a sus hijos que vivían en La Paz, tal cosa no les hubiera llamado la atención. Total. . .

* * *

Huajchilla se convirtió en una especie de lugar santísimo para esta pareja que se abría paso a la vida. Por eso ellos dos, Olguita y el Higinio decidieron quedarse en Huajchilla juntos para siempre.

Y ahora allí está él, y le espera a ella, porque adquirieron un lugar definitivo en el Cementerio de Huajchilla. Y ella está decidida a ir a él, porque dizqué él, modestia aparte, no era ningún pichiruche, ¡no era ningún Tribilín!

Nuestra última visita al Higinio fue en el día de Todos los Santos del mismo año en que partió a la presencia del Señor. Llegamos al lugar y guiamos la mano y los dedos de Olguita para rozar su lápida con sus yemas, que para ella equivalía a tocarle a él, pues el amor todo lo convierte en realidad.

Mientras ella hacía esto, sin duda ella pensaba: “¡El Higinio no fue ningún pichiruche! ¡El no fue ningún Tribilín!



**Higinio en el tobogán a los 87 años
La chulupi que le sigue es la Lili Ester**

20
AMORES QUE MATAN

Olguita conserva innumerables recuerdos del Higinio, entre ellos su “amor” apasionado por el Evo. Y me dice:

—¡Ese Higinio! ¡Todo el santo día, desde que amanecía hasta que anochecía, e incluso entre sueños, era “el Evo, y que el Evo, y todo por culpa del Evo!” Yo le decía: “Pareciera que tú estás enamorado del Evo, porque todo el santo día, desde que amanece hasta que anochece, y entre sueños, es el Evo, y que el Evo, ¡y todo por culpa del Evo!”

Esa su obsesión o apasionamiento por el Evo hace que me acuerde, no sé por qué, de la letra del vals peruano que dice:

¡Odiame, por piedad, yo te lo pido!
¡Odiame sin medida ni clemencia!
¡Odio quiero más que “Confidencias”,
porque el rencor hiere menos
que el olvido.

Si tú me odias,
quedaré yo convencido,
de que me amaste, mujer,
con insistencia.
Pero ten presente,
de acuerdo a la experiencia,
que tan sólo se odia lo querido.

Y sigo pensando y cavilando sobre el odio y el amor, y sobre todo sobre esos amores que matan. . .

Sigo pensando que entre el odio y el amor, puede haber tan sólo un “agujero de gusano”, para utilizar la jerga astronómica a la que tanto recurría el Abuelito Higinio.

—¿Un “agujero de gusano”, ché? ¿Cón qué se come eso?

—Analógica e hipotéticamente un “agujero de gusano” es un paso corto, tan corto, que no se mide ni con el espacio ni con el tiempo. El “agujero de gusano” te permite pasar de una dimensión a otra del universo, como un agujero le permite pasar a un gusano de un extremo a otro de una manzana.

—¡Ah! Entonces se requiere siempre de una manzana engusanada. . .

—Sí Higinio; una manzana engusanada con uno o muchos agujeros de gusano.

* * *

Así como Olguita, yo también le decía, y le advertía al Higinio:

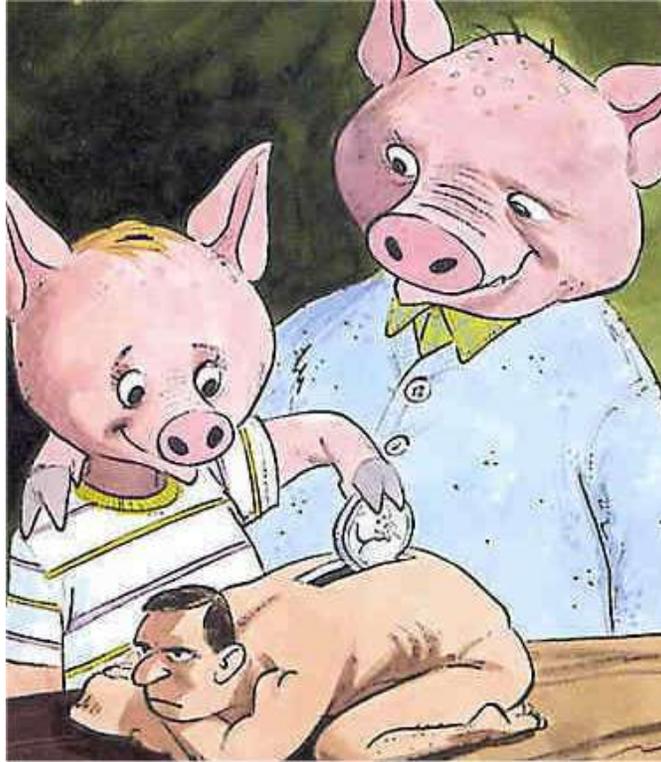
—¡Olvídate del Evo, Higinio. Tal apasionamiento te puede llegar a enfermar. Ten presente, de acuerdo a la experiencia, que tan sólo se odia lo querido. Y lo que es peor: Hay amores que matan.

—¡No me vengas ya con que tan sólo se odia lo querido! ¡Ni estando loco, ché!

Nada surtía efecto.

¡Ese Higinio! ¡Todo el santo día, desde que amanecía hasta que anochecía, e incluso entre sueños, todo era “el Evo, y que el Evo, y todo por culpa del Evo!” ¡Ya ves, hay amores que matan!

21 EL HIGINIO VISITA A OLGUITA



El Abuelito Higinio partió a la presencia del Señor el 8 de mayo del presente año, 2017. Y nos dejó de herencia a su viuda, la Olguita, respecto de quien le prometimos mi esposa Amanda y yo, que la cuidaríamos con mucho amor. A propósito, Amanda es hija del Abuelito Higinio con su primera esposa que se llamaba Amelia, que ya está en la presencia del Señor, pero cuida de Olguita como una hija. Yo, igual, cuido de ella como un hijo.

Para darle la debida atención, alquilamos para ella en el Edificio Alcázar un departamento muy pequeño, como de juguete, que se encuentra a seis cuerdas de nuestro departamento en el Edificio Alameda, de El Prado. Allí tomamos desayuno juntos, y asimismo tenemos juntos el almuerzo. En el anochecer ella se prepara algo, o disfruta un tecito con sus visitas que nunca le faltan, como la Claudita y su hijo Aarón, la Mery, la Ivone, la Trini, la Modesta, la Carmen, el Hugo (no el Pichiruche), y sobre todo sus vecinos de al lado, Rut y Enrique Urdininea, ¡que son un amor!

Ella nunca está sola, porque de manera especial le visita de vez en cuando el Higinio, quien acaricia toscamente las ollas vacías, sobre todo la olla en la cual él preparaba su delicioso arroz.

Yo lamento que nunca tuve la paciencia para que me enseñara a preparar el arroz con su estilo. No habría sido lo mismo verlo que cuando te explicaba diciendo que lo

prepara hasta que suene: “Shshshshshshshshsh! —Y este es el sonido que de vez en cuando le visita a Olguita, el mismo que se levanta de entre las ollas vacías. ¡Porque entre muchas otras cosas, el Abuelito Higinio sabía cocinar!—

* * *

La Olguita perdió la vista a los cinco años de edad. Por eso para ella siempre era más difícil orientarse que para el Higinio, quien le sirvió de ojos a lo largo de los 21 años que estuvieron casados. Por eso, aparte de sus comidas tenemos que estar pendientes de muchas otras cositas en su departamento.

Una de esas cosas que debemos controlar en su departamento es el calefón, el calentador eléctrico de agua. Si dejamos prendido el calefón todo el tiempo, su cuenta de la electricidad sube hasta las nubes. Por eso tuvimos que acostumbrarnos a la disciplina de encender el calefón cuando entramos a su departamento, y apagarlo cuando salimos.

Al comienzo fue muy difícil acostumbrarnos a atender este detalle, a causa de distintas distracciones que ocurrían desde que la saludábamos al entrar. Pero yo encontré la solución: En un rincón de nuestro departamento hallé un chanchito que le había servido de alcancía a nuestra pequeña Lili Ester. Tiene nueve centímetros desde su hocico hasta su cola que es como un rulito pegado a su potito.

Dicho sea de paso, como usted bien sabe, a los chanchitos se los ha agarrado de bajada para convertirlos en alcancías. Usted no verá un perro de alcancía, o un conejo, y menos un gato. Sólo a los chanchitos, que aquí en Bolivia se les llama “cuchicitos”, y en Celendín se los llama “cohecitos”.

* * *

Es un chanchito de yeso pintado de rosado, el color de los chanchitos de lujo en la vida real. Es una caricatura de chanco, porque es redondo como una pelota de jebe: A una pelota se le ha puesto delante un hocico pequeño y atrás una colita que de pequeños más parecen dibujados que en relieve.

Ese chanchito que estaba puesto junto al teléfono de la sala, ya sin dinero, porque Lili se lo había comido de pequeña nomás, me hacía acordarme del Abuelito Higinio, no porque él se pareciera a un chanchito, sino porque él le tenía un amor eterno a los chanchos, a quienes se refería con la palabra “cuchicito”, que viene del quechua *cuchi*, “chancho”.

Cuando el Abuelito Higinio se refería a los “cuchicitos”, se deshacía en palabras de *quasi* veneración, porque para él en la vida terrenal no había nada parecido a un “cuchicito”. ¡Qué lástima que en el cielo no hayan cuchicitos! Aunque vaya usted a saber. . .

* * *

Tomé este cuchicito que yo le llamé en mi corazón, “el Cuchicito Higinio”, y se lo llevé a la Olguita, para que sirviera para hacernos recordar de prender o de apagar el calefón. Para mí, en el fondo de mi corazón es el “Cuchicito Higinio”, pero nunca lo llamé así delante de la Olguita por respeto a su sensibilidad. Ante ella, yo lo llamaba el

“Chanchito Calefón”, y ella lo llamaba “El Chanchito Calefón Calefón”, con nombre y apellidos.

Gracias al Cuchicito Higinio o al Chanchito Calefón Calefón la cuenta de la electricidad ha bajado considerablemente, porque sólo de verlo, eso estimula nuestros jocosos comentarios y nuestra memoria para saber lo que se debe hacer al comienzo y al último de cada visita que le hacemos a la Olguita.

Al final de cada visita mía a la Olguita, me despido diciéndole: “Te dejo en compañía de tu Chanchito Calefón Calefón.” Aunque en mis adentros le digo: “Te dejo con tu Cuchicito Higinio!” —que ocupa un lugar central en su mesa-comedor—.

Ella no palpa y se muere de risa.

¡Da ganas de comérselo, de puro gracioso que es!

* * *

Un día le digo a Olguita:

—Me estoy llevando tu cuchicito a mi casa. Te estoy avisando, pues como hoy es Halloween y Todos los Santos, no te vayas a asustar cuando palpés en tu mesa y no lo encuentres a tu chanchito. No vayas a pensar que el Higinio ha venido a visitarte y de paso se ha largado llevándose tu cuchicito.

Esto no es broma. Muchas cosas espeluznantes ocurren en Halloween y Todos los Santos. Y si yo no tengo la precaución de ponerla sobreaviso, las consecuencias podrían ser de lamentar.

Pero, ¡qué atrevimiento el mío! ¡Que después de haberle regalado el chanchito, y después que ella se ha encariñado tanto con él, yo me lo lleve a mi casa!

La pobre Olguita exclama, sobre-exaltada:

—Pero, ¿para qué lo lleva usted a mi cuchicito, doctor?

Y le respondo:

—Para que la Amanda le tome su fotografía.

* * *

Efectivamente, se requería su foto del cuchicito para la cubierta del presente volumen de historias que lleva por título, *El Cuchicito Higinio*, que le hemos regalado a Olguita por Todos los Santos. Después de tomarle la foto, el Chanchito Higinio ha vuelto a hacerle compañía.

Para mañana, día de Todos los Santos, toda la familia tenemos planeado hacerle al Abuelito Higinio una visita en el Cementerio “Los Jardines del Paraíso” en Huajchilla, para deleitarnos con su presencia y sus recuerdos, y disfrutar en su honor de los placeres de la carne. Más concretamente hablando, nos deleitaremos con el “cuchicito”, que tanto le gustaba a él, y que tanto él veneraba por sobre todas las cosas.

Entonces, la Olguita exclama:

—¡Ay, no doctor! ¡Por favor, no!

Le pregunto:

—¿Por qué no, Olguita?

Y responde, con una sonrisa de oreja a oreja:

—Porque al olerlo al cuchicito, ¡¡¡el Higinio es capaz de salirse de su tumba!!!

22
EL SHEQUEL Y SU AMIGUITA
OLGUITA PASTEN



La tarde del jueves 22 de marzo del 2018, como a las 4.00 pm., alguien tocó la puerta de nuestro departamento en el Edificio Alameda de El Prado, La Paz, con el toque característico de nuestra hija Lili Ester. Pero, ¿podría ser ella a esa hora, siendo que debía estar trabajando en el Banco Mercantil cuyos horarios son tan estrictos?

Efectivamente, era ella, y la que se apresuró a abrir la puerta fue su madre, Amanda, que exclamó de manera extraña diciendo: “¡Ohhh Nooo!”

El tono de su voz me preocupó mucho, por lo que dejé mi trabajo en la computadora, en la edición de la *Biblia Decodificada*, y bajé corriendo al encuentro de ellas dos. Y resulta que en la puerta abierta no había dos, sino tres, porque Lili había puesto sobre el piso un lindo perrito que había traído en sus brazos desde su oficina en el Banco Mercantil que queda a unas diez cuadras de distancia.

* * *

Al ver al perrito, yo sabía de qué se trataba todo. No era la primera vez que ella traía a casa un perro, y yo de mi parte traje a casa a la Molly Bottomless cuando era bebita. Amanda no tiene más que reverenciar nuestro apasionamiento por los perros, y empezar a acostumbrarse a este nuevo miembro de la familia, que por el momento no tenía nombre, o no sabíamos cómo se llamaba.

Este perrito llegó a nuestra vida, y en especial a la vida de la Lili Ester, pocos días antes de su cumpleaños, por lo que ella se refiere a él como el más lindo regalo de cumpleaños que jamás haya recibido.

* * *

Pero para que entiendas lo que refiero requieres entender antes otra historia que subyace. Te la refiero brevemente recurriendo a dos anécdotas cuyo mensaje de fondo se hará evidente al final.

La primera anécdota tiene relación con los días cuando yo empecé mis estudios doctorales en la Universidad de Brandeis, en Waltham, suburbio de Boston, Estados Unidos. Como nuevo estudiante de grado, desde antes de mi llegada al campus universitario me esperaba un casillero con mi nombre para mi correspondencia con el personal de mi Facultad, Near Eastern and Judaic Studies (NEJS).

Mi casillero contenía una breve nota de bienvenida y un sobre con una llave que pertenecía a mi “apartment” en la Biblioteca de la Universidad: Un cajón grande en un amplio escritorio que yo compartiría con una muchacha de mi facultad.

Aparte de las horas de clases durante el día, cuando raras veces podías encontrarme trabajando en mi escritorio, yo pasaba allí todas las noches, ocupando con muchos libros incluso el espacio de ella. Estaba allí hasta que se cerraba la Biblioteca a la media noche y yo me iba a casa a pie, atravesando el cementerio de Waltham.

Muy pocos momentos pude compartir con ella el escritorio de día, y por un largo tiempo dejé de verla, incluso en clases, hasta que una noche, para sorpresa mía, ella se apareció, y yo le dije: “*Welcome! I was missing you!*” (¡Bienvenida! ¡Yo te estaba extrañando!)

Mis palabras produjeron en ella un evidente shock emocional. Así me di cuenta que las palabras “Te Extraño” o “Te estoy extrañando” tienen una carga o descarga hormonal con efectos muy visibles.

* * *

La segunda anécdota tiene que ver con una pareja de amigos muy conocidos en la comunidad del CEBCAR en Lima Limón.

El joven vivía en nuestra casa, y modestia aparte, tenía su *sex appeal*, y continuamente se aparecía en casa con un nuevo peluche que le había obsequiado una chica que estaba perdidamente enamorada de él.

Cierta mañana, por alguna razón abrí la puerta de su cuarto y vi sobre su cama, pulcramente tendida, uno encima de otro un montón de peluches sobre los cuales había un osito que lucía una chompita con esta inscripción en su pecho: “¡TE EXTRAÑO!” —Aunque él parecía no demostrar alguna reacción hormonal ante estas palabras mágicas, quien se lo dio sí—.

Cerré la puerta lentamente, pensando en mis adentros: ¡Qué tal suerte tienen algunos pocos seres humanos! Y mis labios pronunciaron esta oración: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué le das nueces al que no tiene muelas? ¿Por qué le das barba a quien no tiene quijada?”

* * *

Así, la llegada de este nuevo ser viviente a nuestra casa removió todo mi ser y trajo a mi corazón el recuerdo de otro perrito “que se agenció” la— Lili, aprovechando de mi estadía en Lima. Ella le puso por nombre, Qatánchik, que en hebreo popular significa “Chiquitín”. —Ella estaba estudiando la primaria en el Colegio Boliviano Israelita (CBI) de La Paz, y aprendía el hebreo con su amado profesor Ábale, el Dr. Abraham Kukierman.

Después del Qatánshik entró a nuestra vida la Molly Bottomless, una hermosa perrita Cocker Spaniel, a quien la Lili, que entonces tenía sólo siete u ocho años de edad, le cosió un lindo chalequito. Cuando la Molly se erguía sobre sus dos patitas, el chalequito parecía un atractivo sostén. Y como para más abajo no había cobertor, el pastor Juan E. Flores, *disk-jockey* de Radio “La Cruz del Sur”, le puso el poético apellido *Bottomless*, que es exactamente lo opuesto de *topless*.

—Así es, querido Calongo. ¡Cómo extrañamos a estos dos perritos, aparte de otros pets, como el Shadow International —nuestro idolatrado hámster— o mi gatita Porcel, o nuestra tortuguita Amande, cuyas historias puedes leer en la Biblioteca Inteligente MCH!

—Sin dejar de mencionarlo también a su hijo putativo, el George Frankenstein, ¿verdad, doc?

—¡El George no es ningún pet, Calongo! Además, a ése no lo extraño. A la verdad, sí lo extraño, pero, *macho meno* —“más o menos”, en mexicano—.

* * *

Volviendo al recién llegado, al verlo sobre el piso en la entrada de nuestro departamento, quedé prendado de él, y como la Lili tuvo que volver al Banco Mercantil sin siquiera pisar el umbral de la puerta, yo me lo puse al sobaco y me hice cargo de él. En la cocina empecé por darle leche. El perrito se moría de sed.

Al atardecer, y dado el caso de que la Lili llega del banco tarde en la noche, se me ocurrió ir de paseo con él a la Plaza Avaroa, a donde acuden los *snoobs* que se dan el lujo de tener perros de raza, de *pedigree*, de alcurnia. Es que yo quería tener alguna información plausible respecto de mi perro.

No tenía a la mano un arnés para ponerle una cuerda, e improvisé uno con una cuerda para amarrar maletas. Y todo prosalla hice mi ingreso al Paraíso Perdido de los Perros en la Plaza Avaroa.

Entonces me llama una pareja. Ella tenía en sus brazos a su perro, un engreído, un *spoiled dog*, como dicen los de Santa Cruz.

* * *

Mientras la mujer trata de contener a su perro que se quería comer el mío, su amante se pone a admirar a mi perro, y me dice, haciendo alarde de gran erudición canina, sin duda para impresionar a la mujer:

—¡Qué lindo perrito tiene usted! Mirándole bien la cola, que se enrosca hacia arriba en un círculo perfecto, se trata de un Pastor Inglés. Por su conducta, se nota que todavía es un bebé; debe tener dos mesecitos. Sin duda es un cachorrito y va a crecer dos tantos más, porque así crecen los perros de su raza, que son bien grandes. Y por ser de raza, debe estar costando en una tienda de mascotas, por lo menos 200 o 300 dólares.

Y como mi perro se puso a orinar en su presencia, añadió:

—Y al juzgar por su manera de orinar, sin levantar la pata izquierda al estilo del Evo y del Alvaro García Linera, no se trata de un perro sino de una perrita. ¡Le felicito joven! Es una linda perrita de raza. ¡Es un Pastor Inglés!

* * *

Cuando llegué a casa de regreso de la Plaza Avaroa, le cuento a Amanda, mi mujer, de mi conversación con el experto en materias caninas. Y ella puso el grito en el cielo cuando le digo que va a crecer dos tantos más, y que no se trata de un perrito, como nos dijo la Lili, sino de una perrita. Para aplacarla, le digo que bien podría llenar el vacío de nuestra amada Molly Bottomless, a quien tanto extrañamos.

En ese preciso momento llegó la Lili del banco, y el perrito le dio la bienvenida de una manera espectacular, que en lo sucesivo le caracterizaría: El no sólo podía pararse en dos patas, sino también caminar largo trecho erguido, al estilo qué me importa. Y al llegar a su meta, apoyaba sus dos patitas delanteras elevadas y sus manitas sobre el pecho de “su mamá”, e incluso abrazaba sus caderas.

Con la cuerda improvisada, la Lili lo llevó a un señorial paseo nocturno en la pasarela de El Prado, para que hiciera pis y caquita, antes de ir a dormir.

Esa noche el perrito durmió sobre una abrigada camita de chompas de la Lili, junto a la cama de ella.

* * *

En la mañana, mientras su mami estaba trabajando en el Banco Mercantil, su dormitorio con su puerta abierta quedó resguardado por un perro bravo que de sólo mirarle la cara te daba risa en lugar de miedo.

Pero los miedosos existen. ¡Imagínate, que la Amanda no podía pasar de largo el dormitorio de la Lili para entrar o salir del cuarto de baño, porque el perro bravo la hacía correr con sus ladridos. Y para hacer más espectacular su autoridad, el perro se había echado a lo largo de la entrada al dormitorio, con las patitas delanteras extendidas sobre el piso.

Yo tenía que acariciar al perro cuando Amanda entraba al baño y cuando salía.

A ver, dime: ¿Quién diablos lo contrató o le pagó al perro para hacer de guachimán de su dormitorio de la Lili?

* * *

En la tarde nos llamó la Lili desde el Banco Mercantil para revelarnos el nombre que había escogido para su hijito: Shequel. Le hacía acordar de los días cuando estuvo en Israel en el 2010, estudiando en el Programa de Verano de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Shequel es el nombre de la moneda en Israel, y significa “peso”. Además, su Shequel le resultó muy pesado cuando lo trajo en sus brazos desde el Banco Mercantil.

Prueba de su inteligencia es que bien pronto se acostumbró a su nuevo nombre.

En la noche, cuando la Lili llegó a casa, traía en sus manos una cama para perro, *King Size*, un chalequito de color gris, un arnés con su correa para sacarlo a pasear, y una bolsa grande de “Tiernitos”, unas ricas croquetas para su dieta balanceada ¡Viera usted la alegría que esto le ocasionó al Shequel, que ya no pensábamos en devolver a su dueño, si acaso apareciera después de los avisos y fotos que metimos en internet!

Al día siguiente la Lili lo llevó a la Veterinaria Americana, para que la Dra. Ximena Córdova Dávalos lo examinara, y vio que tenía sus ganglios algo inflamados. Y sospechando que el perrito pudo haber pasado una o más noches en la calle expuesto al frío de la ciudad de La Paz, recetó un tratamiento de dos semanas con Amoxi Plus, aplicado en su boca con una jeringa. El Shequel disfrutaba este mimo, porque el Amoxi Plus, tiene un sabor muy agradable.

* * *

Pero de pura emoción había omitido referir la manera en que el Shequel conoció a su mamá adoptiva, o viceversa.

Esa tarde ingresó al Banco Mercantil, Gabriela, una de las empleadas ejecutivas, y vio al perrito en la mitad de la gradería interna del banco, ladrando desesperadamente a todo el que entraba o salía. Para quien sabe de perros, no era un ladrido de agresión, sino un ruego por ser amado y recibir un poco de agua para calmar su sed.

Gabriela ya tiene dos perros adoptados en casa, y consultó a su esposo por celular, si estaría dispuesto a adoptar uno más. El no aceptó esta responsabilidad, y ella le refirió su preocupación a la Lili, diciéndole:

—Hay un perrito muy hermoso en la entrada del banco. Sin duda se trata de un perrito extraviado, pero me llama la atención que no tiene arnés para su correa con que lo pasease su dueño en la calle. Sólo tiene una chompita que al parecer le aprieta, porque es demasiado chiquita. ¡Lili, por favor, ayúdame! ¡No sé qué hacer!

Seguramente ella pensó que la Lili pudiera ayudarle a conseguir un hogar para el Shequel. Pero ella, al escuchar del perrito, dejó su oficina, salió corriendo a la entrada del banco, y sin tener miedo de sus ladridos lo levantó en sus brazos y lo metió al banco.

Los policías de seguridad, y el encargado de la máquina para dispensar los tiquets de turno le dijeron:

—¡El perro no puede entrar al banco!

Ella respondió con autoridad y nerviosismo:

—¡Pero este perro sí puede!

Y sin hacer más caso, entró con el perro en sus brazos, ante la vista de todo el mundo. La escena fue filmada por las cámaras de seguridad.

* * *

Pero, ¿qué hacer con el perro?

Ella lo encerró en un cuarto de baño del personal, y se dirigió a su jefe para pedirle permiso y llevarlo a su casa. Extraña petición, pero más extraña fue la amable aceptación de su jefe, gran demostración de inteligencia emocional. De otro modo, ¿cómo deshacerse de un perro bravo que asustaba a los que entraban y salían?

En esa esquina del Banco Mercantil y de la Vicepresidencia de la República es muy difícil conseguir un taxi, y lo trajo a pie; menos mal el camino es de bajada.

Ella llegó a casa jadeante y colocó el perro sobre el piso ante la puerta. Fue en ese momento que abrió Amanda y exclamó: ¡Ohhhhh Nooooo! —A la Amanda le da el tistapi cuando la Lili o yo nos aparecemos en casa con una nueva mascota—.

Por supuesto, la Lili se haría cargo de su perro temprano en la mañana y tarde en la noche, antes de ir a dormir. Durante todo el santo día y parte de la noche me haría cargo yo, de modo que te convendría conocer algo acerca de mi agenda de trabajo.

* * *

En estos meses me encuentro editando la parte final de la *Biblia Decodificada*, que es mi versión personal de la Palabra de Dios. Por eso, trabajo en la computadora, rodeado de muchos libros.

Mi biblioteca donde trabajo se encuentra al lado del dormitorio de la Lili, ahora resguardado por un perro bravo. Y abajo, en todo el primer piso, funciona una oficina de auditoría dirigida por Amanda y visitada por muchas personas, sobre todo en este mes de abril en que presentan los estados financieros del año pasado.

La única manera de que hubiera paz en la casa era meterlo al Shequel a mi biblioteca, corriendo el riesgo de que me pudiese destrozarse los libros con sus travesuras de que hacía alarde en el primer piso. Pero el Shequel nunca ocasionó ningún destrozo en esta área sagrada del mundo. El Shequel mostraba gran reverencia.

* * *

Cuando lo metí a la biblioteca, lo primero que hizo fue mirarse en un gran espejo que casi llega al piso. Yo no puse allí ese espejo; lo puso la Amanda cuando en ese ambiente estaba antes nuestro dormitorio y su tocador.

El Shequel se miraba y se remiraba en el espejo, porque es coquetón. En esto no se parece a mí, que casi nunca me miro en ese espejo, y hace tiempo que no estoy informado de mi aspecto personal, que debe ser joven, al juzgar por lo que me dicen las cholitas, mis caseritas del Mercado Rodríguez, donde semanalmente hago las compras para el hogar: “¡Gracias, joven!”. —Una de las que me dice así ni siquiera tiene 10 años de edad, y yo ya paso los 72—.

Le dije: “¡Echate!” Pero él no sabía esta palabra.

Le dije “síentate”, y él sí sabía esta palabra. No sabía la palabra “échate”, pero después de sentarse sobre sus cuatro letras, como se dice en Celendín, era seguro que también se echaría a dormir sobre el tapete que yo había colocado al pie del espejo, frente a mi mesa de trabajo, como para mirarnos las caras y podernos guñar.

Aparte de su obsesión por el espejo, sí que se parecía a mí, o intentaba imitarme en todo lo que yo hacía, como podrás ver en las siguientes siete anécdotas que he escogido para ti. . .

* * *

Uno de esos días instalaron en el vallecito del Choqueyapu, junto al edificio del Mercado Camacho, un poste altísimo para la Línea Azul del Teleférico de La Paz. Para mi asombro lo instalaron en un solo día, mediante una grúa gigantesca como nunca antes yo había visto una igual.

Como está frente al ventanal de mi biblioteca, yo vi todo el proceso de la instalación, empezando por la parte inferior; todo era impresionante. Yo me paraba junto a ventana largo rato para mirar, y cuando me cansaba volvía a mi trabajo en la computadora. Entonces el Shequel se iba al mismo lugar donde yo me paraba, se ponía en dos patitas, se apoyaba con sus dos manitas levantadas sobre la pared y se ponía a mirar él también. Pero, ¡qué piña! El pobre no alcanzaba a la ventana, ni aún parándose en puntitas de pie.

* * *

A mí me gusta ver las noticias del mundo en la tele, en mis programas favoritos en francés: TV5Monde, France 24, etc. Para eso me acomodo en mi sillón en la sala, en el primer piso.

El Shequel vio eso, y antes que yo me dirigiera a mi sillón, ya estaba él en mi lugar, bien sentadote sobre sus cuatro letras, como se dice en Celendín. Y como no sabe la palabra “bájate”, yo mismo lo bajaba con mis manos para sentarme luego a las ganadas con él.

* * *

Una mañana tomé un baño en la ducha, y el Shequel me acompañó en el cuarto de baño. Era la manera de mantenerlo callado, sin ladrar a las personas que acuden a la oficina de auditoría en el primer piso.

Pero el Shequel también quería entrar a la ducha, e insistentemente abría la cortina con su patita.

Yo le salpicaba agua con los dedos para alejarlo, pero él insistía en entrar a la chorrera, y con sus ojitos inocentes se ponía a contemplar de arriba abajo mi hermosa anatomía.

Entonces le di un empujón y él se fue a echarse junto a la puerta del baño. “¡Muy bien, muchacho”, le dije. Y continué con mi baño sin ninguna novedad.

Todo prosiguió en paz y en silencio, pero cuando corrí la cortina y salí de la ducha vi que el Shequel lo había hecho feliz al rollo de papel higiénico, y los pedacitos menudos de papel estaban regados en todo el piso.

* * *

Pues bien, una vez a la semana, al llegar del mercado Rodríguez, yo preparo Sopa de Verduras frescas, para aligerar el espacio dentro del refrigerador. Y el Shequel se encuentra a mi lado en la cocina, para ayudarme a preparar la sopa.

Cuando pelo y corto en pequeñas tajadas las zanahorias, allí está él ladrando para que le dé zanahorias, y cuando se las doy, las come con curiosidad. Lo mismo hace con las papas que yo pelo y corto en pequeños cubitos.

Ese día se alocaba ladrando para que le diera las hojas del apio que yo estaba cortando, y para que se callara, se las di. Y él comenzó a comer el apio al pie de la mesa mientras yo alistaba los demás ingredientes para la sopa.

“¡Un perro vegetariano!”, dirás. ¡Te equivocas! Porque cuando se me ocurrió ver a qué se debía su inusitado silencio en la cocina, vi debajo de la mesa, y he aquí, las zanahorias, las papas y las hojas de apio convertidas en un zafarrancho en todo el espacio alrededor de mis pies.

* * *

Cada mañana, cuando nos disponemos a tomar el desayuno, él está parado y apoyado en el borde de la mesa con una o con dos manitas, al lado de uno o al lado de otro, según la cara de generosidad y el grado de inteligencia emocional que ostente. Está siempre parado así, pidiéndole comida al uno y luego al otro. Pero conmigo hace algo distinto: Cuando le doy algo a mi derecha, de inmediato se acomoda también a mi izquierda, como quien quiere hacerme creer: “Yo soy otro perro. No soy el mismo perro al que le acabas de dar. Dame a mí también.”

¡Qué asombrosa manera de pararse en dos patitas y dar la vuelta erguido, apoyándose en el respaldo de mi silla! ¡A veces se pasa de uno a otro de nosotros, y también de regreso, caminando como un ser humano o como un extraterrestre!

Así las cosas, el Shequel se convirtió en el dueño de la casa y en el mimado de las lindas chicas que trabajan en la contabilidad con Amandita, mi mujer. El era el foco de toda conversación y de las caricias de todos cuantos llegaban a casa.

Era lindo, y él lo sabía muy bien.

* * *

Cada vez que la Lili llega del banco, el Shequel es capaz de atravesar las paredes para acudir disparado hacia ella y expresarle su tierno amor. ¡Vieras como baja las gradas como un rayo! ¡Vieras qué escenas de amor! ¡Hasta se orina de pura emoción! Como bien dice ella, a su Shequel, a su hijito, sólo le falta hablar. Pero lo compensa con ladrar y morder con ternura.

Un día, la Lili y su novio, el Rodrigo, se pusieron a bailar, así, bien pegaditos al son de una melodía de amor, y el Shequel pidió que lo incluyesen a él también en el baile. Y sin que lo inviten se metió en medio para bailar entre los dos, abrazado de la Lili.

—Esto es lo que en buen francés se llama “*menage à trois*”, ¿verdad doc?

—¡Estás en lo cierto, Calongo! Y está de más decir, que en una relación de “*menage à trois*”, el olor o el sabor del uno necesariamente se le pega al otro, y al perro, como dice el himno, “Sabor a mí”.

* * *

¿Quieres otra?

Cada mañana al encender mi computadora y al abrir el programa de la *Biblia Decodificada* en que vengo trabajando, abro mis Biblias en diversos idiomas y ediciones y las acomodo a mi alrededor. A mi mano derecha siempre está abierta mi Biblia Hebrea, escrita en caracteres hebreos, por supuesto.

Entonces, mientras oro pidiendo a Dios su dirección, se acerca el Shequel, ceremoniosamente se para en dos patitas a mi lado. El pone con cuidado sus manitas en el borde de la mesa, observa el monitor de mi computadora y acerca su cabecita a la página abierta del Texto Sagrado, y se pone a leer. ¡Es el único perro debajo del cielo que puede leer en hebreo!

Esto ha hecho varias veces el Shequel, y con el mismo despliegue devocional. Así que pensé ponerle su *kipáh*.

También se acerca a mí por debajo de la mesa, y coloca su cabecita entre mis piernas. Entonces yo la aprieto entre mis rodillas, y él se deja apretar muy feliz.

* * *

Así como el Shequel se parece tanto a mí, o al menos intentaba imitarme en todo, misteriosamente también se parecía a mi suegro en muchas cosas.

En primer lugar se parecía a mi suegro en su ladrido. No que el Higinio ladrara, sino en la manera de imponer su autoridad y su voluntad con el poder de su labia y su poderosa voz. Por algo el Higinio fue en vida, a pesar de ser invidente, un gran dirigente sindicalista y un líder de peso como para estar al lado de los presidentes de la República.

Se parecía también a él porque cuando yo iba a su casa llevando la comida para comer juntos, y alistaba la comida en los platos para el Higinio, para la Olguita y para mí, él se paraba pegadito a mí como el Shequel, agarrado de mi antebrazo, desplazándose a cada centímetro según me desplazaba yo. Y sin parar él hablaba a mis oídos los temas trillados de su demencia senil: Los curas, las monjas, los comunistas, las cholitas, los choleros, el Evo, el MNR, los platillos voladores, etc. etc. etc.

El Higinio, que murió a los 88 años de edad, combinaba sus rajes políticos con imitaciones —era un gran imitador de voces—, con poesías chistosas, y a veces con canciones de sus tiempos mozos, porque hasta el tiempo de su partida conservaba su voz de galán. Pero sus coplas del Carnaval de Valle Grande me tenían hartos.

* * *

Pero en lo que más se parecían el Shequel y el Higinio era en la *quasi* veneración que ambos le tenían a la palabra “calle”. Si le decías “calle” al Higinio, inmediatamente se iluminaba su rostro, se ponía su saco y te tomaba del antebrazo, porque la calle le atraía como si fuese la antesala del cielo.

Lo mismo ocurría cuando al Shequel yo le decía: “¿Vamos a la calle?” “¿Vamos a la Olguita?”, “¿Quieres salir a la calle a pasear?” o simplemente cuando le decía “¡Calle!” Entonces él me mostraba dónde estaba su correa para que se la pusiese.

Por eso, yo le decía a Amanda, mi mujer: “Muéstrale mucho cariño al Shequel, porque a lo mejor resulta que no es tu nieto, sino tu papá, reencarnado como perro.

¡Tanto que amaba en vida a los perros el Higinio, sobre todo a los perritos falderos como la Molly! ¡El amaba a todos los perros, incluso a los perros pedorros y hediondos, carajo!”

* * *

Una tarde las chicas que trabajan en casa, Amanda y yo, volvimos a comentar en el comedor la “cátedra canina” que me dio ese señor en la Plaza Avaroa.

Yo les digo:

—La Dra. Ximena dice que el Shequel no va a crecer mucho más.

Mi mujer exclama, mirando al cielo:

—¡Gloria a Dios!

Prosigo diciendo:

—Además, dice que no tiene dos mesecitos, como decía el señor Avaroa, sino un año dos mesecitos, al juzgar por su dentición.

La Silvia, que tiene en casa tres perros adoptados, comenta:

—De todos modos, todavía es un cachorrito. . .

Y concluyo diciendo:

—Y también dice la Dra. Ximena que no es de raza Pastor Inglés, sino que es un perrito chapi, o como ella dice, “es un chapicito”. O sea que no vale 200 o 300 dólares como dijo el señor Avaroa. A propósito, un shequel en tiempos bíblicos equivalía a 11 gramos de plata. Actualmente equivale a la cuarta parte de un dólar. O sea, cuatro shequels son un dólar. O sea que un shequel es como dos bolivianos.

Entonces la Claudia exclama:

—¡O sea que no vale ni un shequel!

Y eso provocó la carcajada de todos, con excepción de Melisa, quien realmente lo adora al Shequel, y quien me ayudó a cuidarlo todo el tiempo que él estuvo en casa con nosotros.

* * *

Así llegó el día el cumpleaños de la Lili Ester el 13 de abril. Hasta ese día nadie había llamado por teléfono para preguntarnos por el Shequel, que ya era nuestro y de nadie más.

Con este motivo el Rodrigo organizó en casa una fiesta sorpresa en la noche. Ella no debía saber de su fiesta, que de paso, sería del tipo de las “pijamadas”, o en términos generales, una fiesta infantil, con payasos y todo.

Para evitar que la Lili se enterara de su fiesta sorpresa, el Rodrigo tuvo que venir a casa en la tarde, mientras ella estaba trabajando en el banco, y trajo los gorritos, los pitos, las máscaras, los globos inflados con helio, etc.

Y cuando tocó el timbre, el Shequel salió disparado de la sala de la biblioteca para recibir a su amada con la afabilidad de siempre. Pero, ¡que piña! No era ella. Era el otro.

—Lo que nos enseña, modestia aparte, que no hay perro que sea perfecto, ¿verdad doc?

—Estás en lo cierto, Calongo. Aunque su sentido del olfato sea mil veces más desarrollado que el nuestro.

El Shequel llegó a tener fuertes celos del Rodrigo, pero no pasó mucho tiempo hasta que se dio cuenta que la Lili y el Rodrigo eran “una sola carne”, como dice la Palabra de Dios.

* * *

En la noche llegaron los payasos y las payasas muy puntuales, a su hora. Sólo faltaba llegar la agasajada, para que le griten: ¡¡¡Surprise!!!

Pero, ¿qué hacer con el Shequel? El podría armar un quilombo, un enorme zafarrancho, y echar a perder la velada.

Entonces la Amanda tuvo la genial idea de encerrarnos al Shequel y a mí en la biblioteca todo el tiempo que durase la velada.

¡Qué tarea tan difícil era mantener en calma al Shequel para que no se escapara y se aventara desde el segundo piso sobre la nutrida concurrencia, entre ellos algunos invitados del personal del Banco Mercantil! Como me llevaron una tajada de pizza, yo logré a duras penas mantenerlo en calma dándole pedacitos.

Hacia el final de la velada la Claudia subió a la biblioteca y me dijo:

—¡Le llaman a usted y al Shequel para la foto de rigor!

Yo bajé con el perro en mis brazos. ¡Cuánto me costó evitar que saltara a los brazos de su mami Lili y le echara a perder su atuendo festivo!

* * *

La noticia de la fiesta le deleitó a Olguita, la viuda de Don Higinio Peña de Cuéllar, el padre de Amandita y mi suegro. Yo le conté detalle por detalle lo de la fiesta, porque ella misma me hacía preguntas, muchas preguntas, mientras acariciaba al Shequel a quien no puede ver porque ella es invidente, como lo era su esposo, el Higinio.

Cada mañana el Shequel y yo vamos a la casa de Olguita para tomar con ella el desayuno. El Shequel ya sabe a qué hora hay que salir para ir a su casa, y me enseña su correa, para que se la ponga y salgamos juntos.

* * *

Un día después, la Lili lo llevó al Shequel a la peluquería para que lo bañen y le corten el pelo con estilo. Había que dejarlo allí por dos horas. Y cuando llamaron para informar que el galán ya estaba listo, todos en casa nos agolpamos a la puerta de la casa para ver qué aspecto tendría. ¡Y he aquí que se trataba de un dálmata, y no lo sabíamos a causa de su copiosa pelambre! Como también era mezcla de Cocker Spaniel y Poodle, tenía esa abundante cabellera blanca con manchas negras y brillaba con esplendor ante el viento, cuando lo sacaban a pasear en el auto.

El Shequel, ahora, libre de tan nutrida cabellera se sentía en su gloria. Y cuánto más cuando sabía que el fin de semana iría de paseo a la casa del Rodrigo, que tiene jardín, y retozaría con los tres perritos adoptados que tiene su familia: Mambo el machito, y Samba y Milonga las hembritas.

Como en los fines de semana, un día y una noche pasaría el Shequel de visita allí, y yo me desesperaba por verlo entrar a la casa de regreso, abriéndose camino como una bala. Pero esta vez volvió muy decaído y sin apetito.

* * *

Al siguiente día lo llevamos al consultorio de la Dra. Ximena, y ella vio necesario ponerle una inyección con analgésico para calmar el dolor que sufría en su vientre, aparte de otra para aliviar sus vómitos y prevenir cualquier brote de hepatitis. Y como no quería beber agua, nos recetó darle mediante una jeringa sobrecitos de Glucosamin 12 disueltos en agua. El Glucosamin 12 es un polvo energético y reconstituyente que contiene vitaminas y dextrosa c.s. que ayuda a superar la insuficiencia hepática.

El Shequel pareció recuperarse bien, pero no comía nada.

Al siguiente día la Dra. Ximena tuvo que aplicarle suero por su mollera, por la parte de la piel de donde las mamás levantan a sus cachorritos sin que les duela. Y en lugar de Glucosamin12 nos dijo que le diéramos Gatorade, esa bebida con que se refrescan y se reaniman los deportistas, sin pecar.

El Shequel pareció recuperarse, pero no comía nada, y tenía diarrea con bastante sangre.

* * *

Al siguiente día lo llevamos al consultorio ya no en brazos, sino en una tinita de plástico de esas en que se baña a los bebés. Ya no podía pararse ni coordinaba sus movimientos. Tampoco podía cerrar sus párpados.

La Dra. Ximena le aplicó una dosis suave de anestesia y le hizo una ecografía. Su hígado estaba muy inflamado y además tenía una bola en el estómago. Era necesario hacerlo dormir, pero ella no quiso aplicarle una inyección letal, sino que le puso una segunda dosis suave de anestesia para que no sufriera nada.

Pasó mucho tiempo para que desapareciera todo signo vital; la Dra. Ximena controlaba este proceso con una computadora. Todo ese tiempo estaba en las manos amorosas del Rodrigo, que dejaba correr sus lágrimas sobre su tierno rival.

Yo no podría jamás ver esta escena y me encontraba en la calle, caminando de arriba abajo, llorando y esperando que se apareciera Amanda con su auto para llevarlo a la Funeraria Valdivia, que tiene un Cementerio para Perritos en Villa Salomé.

* * *

Entonces nos llamó la Lili Ester desde el banco, y nos dijo que quería que fuera cremado, para que de este modo tener a su Shequel a su lado siempre.

Eso ocurrió, y al segundo día recogimos la cajita con sus cenizas, y un Certificado de Cremación que dice:

Funeraria Valdivia certifica haber realizado la cremación de la mascota:

SHEQUEL CHAVEZ PEÑA

Cuya cremación se llevó a cabo en la ciudad de La Paz

el día 18 de Abril de 2018

y las cenizas fueron entregadas posteriormente a la familia
para su correspondiente disposición final.

Es cuando certificamos para los fines consiguientes del interesado

La Paz, 19 de Abril de 2018

Sello FUNERARIA VALDIVIA

* * *

—¿Quién podría imaginar semejante experiencia de menos de un mes que estuvo el Shequel con nosotros?

—¿No sería el Shequel un extraterrestre? Porque cuándo se ha visto un perro que camine y baile tango y muestre tanto interés por la *Biblia Decodificada*.

Sin duda se trató de un perro muy especial, y el Santo Bendito Sea determinó que disfrutase sus últimos momentos en el seno de una familia que por alguna razón él considera especial. Tengo razones para decir que con nosotros sólo gozó y su agonía duró muy poco.

A pesar del enorme trabajo que significó atenderlo, yo doy gracias a Dios que no cometí ningún error, y que lo cuidé, como diría San Francisco de Asís, como a mi hermanito pequeño, porque las mismas manos divinas nos hicieron a él y a mí.

* * *

Según lo que nos dicen los expertos, se trató de “hepatitis del tipo común”, que es una inflamación hepática por la exposición del organismo a mala alimentación, a productos tóxicos y a medicamentos que pueden producir daños en el hígado, lo cual se agrava cuando no se les trata con amor e incluso se los maltrata físicamente.

Este es el tipo de hepatitis de los perros a quienes sus dueños consideran “basureros” a donde arrojar la basura. En este tipo de hepatitis los síntomas se presentan recién cuando el daño ocasionado al hígado es grave e irreversible, y el perrito puede morir en días, e incluso en horas.

Otro tipo de hepatitis que pudo haber sufrido el Shequel es la “hepatitis infecciosa”, producida por el virus Adenovirus, que se contagia por contacto con la orina de otros perros o con objetos contaminados. Este tipo es más fácil de detectar a tiempo y de controlar; pero no existe tal cosa de que un perro enfermo de hepatitis se sane.

Y un tercer tipo de hepatitis canina, más raro, es la “hepatitis autoinmune” que es una reacción del propio sistema inmunológico del perro que ataca a los hepatocitos o células sanas de su hígado al confundirlas con células dañinas y agentes patógenos.

* * *

Olguita llora la partida de su amiguito Shequel que le visitaba todas las mañanas a la hora del desayuno. Y como los ciegos pueden ver cosas que los que vemos no podemos ver, me dice:

—Yo pienso que este perrito no se perdió o se extravió, sino que su dueño lo ha llevado a la esquina del Banco Mercantil y de la Vicepresidencia de la República para abandonarlo allí.

Le pregunto:

—¿Para abandonarlo allí, para no verlo morir y evitar cualquier gasto? ¿Sabrían que estaba enfermo y que no había más remedio?

Me dice:

—Quizás ni sabían que iba a morir tan pronto, como nosotros mismos jamás sospechamos. . .

Le pregunto:

—¿Y qué te hace pensar que lo llevaron a esa esquina con el propósito de abandonarlo?

Me dice:

—Pienso así por lo que usted me cuenta: Que el perrito no tenía arnés para correa, sino sólo una chompita que le quedaba demasiado chiquita y le apretaba, y que tenía escritas las palabras: TE EXTRAÑO.

Y añade, conteniendo el llanto:

—Esa chompita no era su chompita del Shequel, ni tampoco su dueño quería dar a entender a quien pudiera rescatarlo, que extrañaba a su perrito que abandonaba a su suerte.

Le pregunto:

—¿Entonces por qué le puso esa chompita?

Me dice:

—Esa chompita era de un osito de peluche que una persona enamorada le obsequió a quien en su momento era objeto de su amor. Después del peluche vino el Shequel, cuando todo marchaba viento en popa. Pero ese amor de pareja se ha deshecho, y el que pagó el pato ha sido el Shequel, a quien le pusieron la chompita del osito de peluche en el momento de deshacerse de él. Estas cosas les ocurren no sólo a los perritos, sino también a los niños pequeños.

Así son de tristes las cosas en este mundo, porque una mañana muy temprano que pasé por El Prado vi a un niño que había pasado la noche durmiendo doblado en el piso de un cajero automático. Y otra madrugada vi a tres niños que habían dormido en el mismo cajero automático, de pie, para resguardarse de la lluvia y del frío de esta ciudad, la más alta del mundo.

* * *

Muy frecuentes son las afecciones al hígado en los perritos, debido a que por naturaleza tienen que olfatear todo, sobre todo lo de otros perros, incluidos sus potos, que en el mundo canino funcionan como fotos, o Cédulas de Identidad, o como DNI. Esto es contrarrestado en los perritos que tienen la dicha de ser mascotas amados por sus dueños y que reciben a tiempo las vacunas de refuerzo para evitar la hepatitis.

En mi ignorancia le hago muchas preguntas a la Dra. Ximena. Le digo:

—Pero, doctora, ¿qué de los perros callejeros que se alimentan de la basura y no les pasa nada. ¿Por qué ellos son tan resistentes si no tienen ninguna protección?

Y su respuesta me deprimió mucho:

—Esto que se piensa de los perros callejeros no tiene ningún asidero. Todos los perros están expuestos a las afecciones hepáticas, y los callejeros o abandonados por sus dueños y que hurgan en la basura están más expuestos aun. Un perro que ves abandonado en la calle va a morir pronto; no lo verás vagando por meses o años. A veces sólo lo verás por días. Ellos se cobijan debajo de algún puente o a la sombra de algún matorral, y se mueren. Todos los días en las grandes urbes los carros basureros recogen sus cuerpos para evitar la contaminación ambiental.

* * *

Ahora nos quedan en nuestra casa algunos recuerdos suyos que he de descartar tras escribir esta historia:

Nos queda su bolsa casi llena de “Tiernitos” a base de pollo, arroz y cereales, con Omega 3, 6 y 9, con Multivitaminas, Minerales y Nutrientes Esenciales, Industria Argentina. Esa bolsa será para el Mambo, la Samba y la Milonga.

También nos queda su botella casi llena de Gatorade, que no alcanzó a beber, y la cajita de su Amoxi Plus.

Nos hemos deshecho de su camita y de su correa, porque la Dra. Ximena nos advirtió que si fueran usados por algún otro perrito, se podría contagiar de hepatitis, por la tendencia que tienen los perritos de oler todo lo que pertenece o perteneció a otro perrito.

Sólo conservaremos su chalequito gris que le compró su mamá Lili y su pequeña chompita de color chocolate con la inscripción: TE EXTRAÑO.

* * *

Pero el recuerdo más valioso es el aporte del Shequel a la edición de la *Biblia Decodificada*.

El llegó a casa en el momento cuando yo empecé a editar el libro de 2 Crónicas de la *Biblia Decodificada*, mi versión personal de la Biblia. Me encontraba en el versículo 17 del primer capítulo, que dice del rey Salomón en la RVA: “Cada carro que importaba de Egipto costaba 600 siclos de plata; y cada caballo 150 siclos.”

Cuando la Lili le puso su nombre Shequel, se me ocurrió escribir así: “Cada carro que importaba de Egipto costaba 600 shequels de plata; y cada caballo 150 shequels.”

Acto seguido, cambié *siclos* por *shequels* desde Génesis hasta 2 Crónicas, y lo haré en el resto de la Biblia, porque su castellanización como “siclo” se confunde con “ciclo” y con “siglo”, además de no tener fundamento.

Su nombre, שֶׁקֶל en caracteres hebreos, es la unidad de cambio en Israel. Significa “peso”, porque en tiempos bíblicos no había monedas, sino que se pesaba la plata. Ese es el origen de la designación “peso” como unidad monetaria. En Bolivia se cambió de “pesos” a “bolivianos”.

* * *

Conservaré siempre tu chompita de color chocolate con leche, porque de veras llegó a ser tuya, y porque de veras, ¡TE EXTRAÑO! como te extraña tu mami Lili y tu abuelita Amandita, y todos los que gozamos de tu presencia en casa.

Damos gracias por ti y alabamos a nuestro Creador por la maravilla de tu existencia.

Así es como un Shequel enamorado y lleno de vitalidad se abrió camino a la historia de la *Biblia Decodificada*.

23

ALGO MAS SOBRE OLGUITA

El nombre completo de Olguita es María Olga Pastén Sánchez.

Ella nació en Charazani, departamento de La Paz, el 11 de febrero de 1935.

Hizo su primaria en el Hogar San José de las Hijas de la Caridad, que quedaba en Mariscal Santa Cruz, La Paz. Su profesora allí fue María Luisa Monasterios.

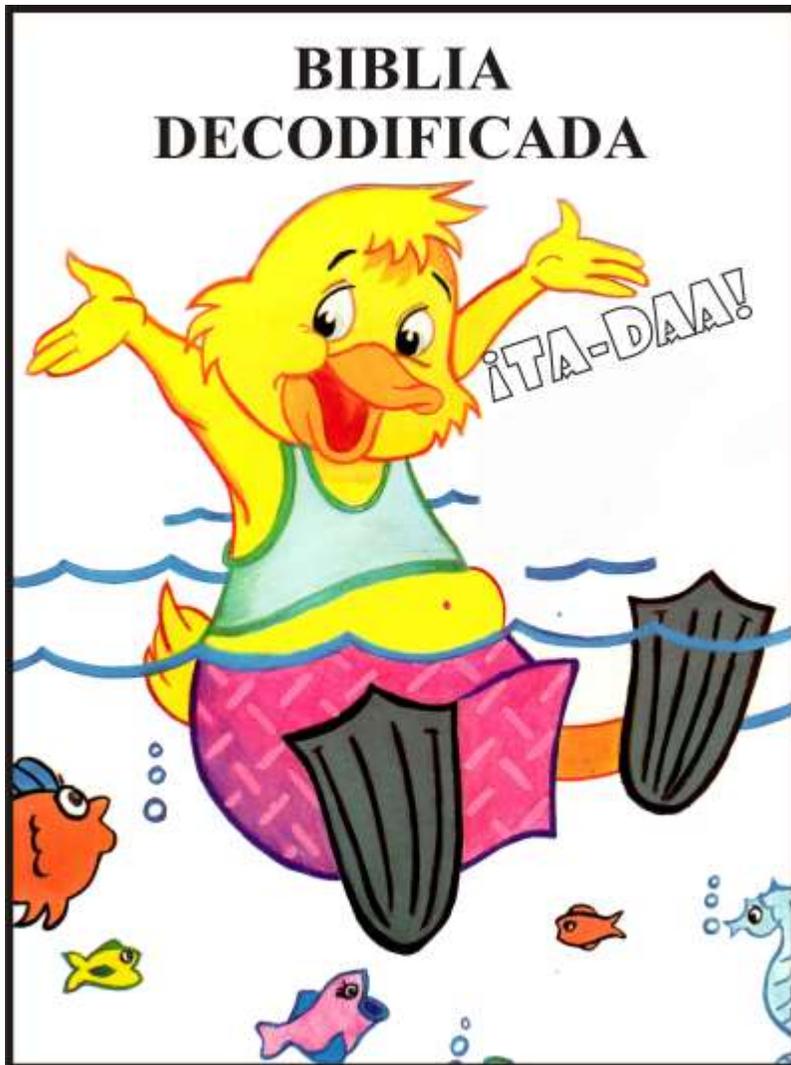
Al terminar sus estudios empezó a trabajar en la enseñanza de tejidos desde 1948 en Santa Cecilia, Escuela de Mujeres Ciegas, donde llega a dirigir el Coro Santa Cecilia, además de enseñar tejidos y Braille.

A partir de 1980 trabaja en el Instituto de la Ceguera, por primera vez recibiendo un sueldo del Estado. Este logro se debió a las gestiones de su director, Manuel Ramírez.

Ella sigue en la directiva del Coro Santa Cecilia, que fue promocionado por las damas diplomáticas de la Embajada de Alemania, bajo la dirección de la Sra. Koster.

Ella lleva siempre consigo en su cuello la medalla de la Virgen Milagrosa, o “la Medalla Milagrosa”, cuya fiesta es el 27 de noviembre.

A la partida de su esposo, Higinio, su cuidado y atención vino a estar a cargo de mi esposa Amanda y de vuestro servidor, que nos esmeramos porque este tiempo sea el más dichoso de su vida.



LA BIBLIA DECODIFICADA DEL DR. MOISES CHAVEZ



[Biblioteca Inteligente] [Biblia Decodificada] [Biblia RVA] [Separatas Académicas] [Antologías de Historias Cortas] [Estudios Universitarios] [Contacto]

BARRA AZUL DE ENLACES 

www.bibliotecainteligente.com
 PAGINA WEB DE MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP

¡UNA BIBLIOTECA GRATIS PARA TI!



Abrela escribiendo su nombre o usando el Código QR de Acceso Inmediato, y en el enlace "Inicio" diviértete con "El Changuito de la Biblioteca Inteligente" y conoce a tu Host y a su Esposa en el video-clip "Caminando por la Vida".

Luego ingresa al enlace "Biblioteca Inteligente" y disfruta el Album de Fotos Sivrallas.

Luego ingresa al enlace "Antologías de Historias Cortas" y ¡a  ¡Caminando por la Vida!

todo lo demás!
 ¡Diviértete y comparte con tus amigos y con tus enemigos!

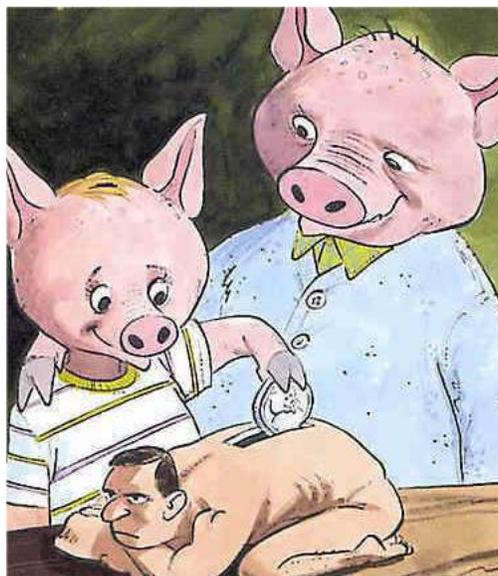


**LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
 DEL DR. MOISES CHAVEZ Y DE LA CBUP**

- 😊 Para el acceso a la Biblioteca Inteligente abra www.bibliotecainteligente.com
 Los enlaces están con letras blancas en fondo azul debajo de la foto.
- 😊 Vea el Album de Fotos Sivrallas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Vea el índice de 1.050 historias cortas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Ubique el volumen sobre Shilicología en el enlace, *Antologías de Historias Cortas*.
- 😊 Vea el índice de 165 Separatas Académicas en el enlace, *Biblioteca Inteligente*.
- 😊 Acceda a los libros de la *Biblia Decodificada* en el enlace, *Biblia Decodificada*.
- 😊 Vea la información sobre la *Biblia RVA* en el enlace, *Biblia RVA*.
- 😊 Para los Estudios Universitarios CBUP acceda al enlace correspondiente.



**VISTA PARCIAL DE LA BIBLIOTECA INTELIGENTE
Y DEL MUSEO DE LA BIBLIA DEL CEBCAR**
Al pie, empastados en color azul, están los originales de la Biblia RVA
y de la *Biblia Decodificada*





www.bibliotecainteligente.com

MISIONOLOGICAS:

Dra. Silvia Olano, cebcarcbup@gmail.com - Teléfonos: (511) 424-1916; Cel. (51) 948-186651